

EL
ABISMO
DE LA
MENTE

OLIVIA ORTIZ



OLIVIA ORTIZ

El Abismo De La Mente

El Abismo De La Mente

Autor: Olivia Ortiz

Diseño de portada: Olivia Ortiz Corrección realizada por Olivia Ortiz

Copyright © 2018

ISBN: 1976281687

ISBN13: 781976281686

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la copia parcial o total de esta obra sin la autorización del autor.

Para más información sobre la obra y el autor visita [Facebook: El Mundo De Livioli](#)

Los monstruos no nacen, es la sociedad tan decadente quien los crea.

J. Ortiz

PRIMERA PARTE

El Juicio De Odette

1

25 de mayo del año 2008 (16:00 horas) Corte del estado de Illinois

El fiscal Edward Cassidy, caminaba por todo el recinto, mientras cuestionaba:

—¿Usted sabía que Odette planeaba asesinar a sus padres?

Aquella temerosa anciana, quien había trabajado para la familia Toussaint durante muchos años, respondió:

—No, señor. Ella siempre fue una buena muchacha... yo... yo no sé qué sucedió. Pero no creo que ella... quisiera... — tartajeó.

—Es suficiente —interrumpió el fiscal.

—Limítese a responder, sí o no —terció el juez.

—No —acortó la mujer.

—Prosiga, señor fiscal —habló el juez—. ¿Tiene otra pregunta?

—Sí, su señoría —dijo, luego continuó:—¿Y no es verdad, que la habitación donde usted duerme y donde sucedieron los hechos, se encuentra a unos cuantos metros de distancia? ¿Y qué pudo escuchar los gritos de las víctimas, mientras eran asesinadas brutalmente con un hacha?

—¡Objeción, su señoría! —exclamó la defensa, luego afirmó:— El fiscal está guiando a la testigo.

—Ha lugar —dijo el juez.

—Replanteo la pregunta. ¿Escuchó usted, los gritos de las víctimas?

La mujer nerviosa, permaneció en silencio durante unos minutos, a lo que el fiscal insistió.

—Responda, Agnes. Recuerde que está bajo juramento. —Conteste a la pregunta —ordenó el juez.

—No —tajó.

—Entonces, ¿pretende usted hacernos pensar, que no escuchó nada?

—No, señor —negó una vez más.

—Vamos, ¿tiene usted problemas de sordera? —dijo con una disimulada sonrisa burlesca.

Por un instante miró por el rabillo del ojo al jurado, pero éstos permanecieron atentos al escenario.

—No, señor. Escuchó perfectamente bien, pero esa noche, no escuché nada. Y no creo que la niña Odette, fuese capaz de hacer algo así —externó

convencida de cada una de sus palabras.

—Es obvio que la testigo está protegiendo a la acusada. Usted estaba en el lugar de los hechos, ¿y pretende que creamos que Odette Toussaint apareció con un hacha en las manos, sus padres decapitados, ella bañada en sangre, por arte de magia? ¿Todo eso, mientras usted dormía plácidamente en su habitación?

—¡Objeción! —gritó la defensa—. El fiscal está haciendo conjeturas, pido que se retire la pregunta.

—Ha lugar —externó el juez—. Señor fiscal, le pido moderación en sus preguntas, o tendré que suspender la presentación del testigo.

Los murmullos en la sala se escucharon, mas pronto fueron silenciados por el juez.

—Retiro la pregunta —señaló Cassidy.

—Continúe. ¿Tiene otra pregunta? —inquirió el juez.

—No, su señoría. La fiscalía descansa.

—¿La defensa tiene alguna pregunta?

—No, su señoría —negó.

Mientras realizaba algunas anotaciones en unas hojas que tenía sobre el escritorio.

Odette Toussaint se encontraba junto a su abogado, estaba en silencio, y con el cabello cubriéndole parte del rostro.

—Tendremos un receso de quince minutos, después presentarán sus alegatos.

Tiempo después, la voz del juez Jonas Park se escuchó desde el estrado, mientras anunciaba:

—La fiscalía y la defensa presentarán en este momento sus alegatos al jurado.

—Gracias, su señoría —habló Edward Cassidy, el fiscal de distrito; quien con su elegante traje de corte inglés, se había levantado de su asiento.

—Ante ustedes, señores del jurado y honorable juez, quiero presentar la postura de la fiscalía con respecto a la acusada Marie Odette Toussaint Castellini —empezó, y continuó hablando mientras caminaba enfrente del jurado—. Esta mujer, quien se encuentra sentada frente a ustedes, podría parecerles una joven inocente con rostro angelical; pero en realidad en ella existe perversidad y maldad, lo que la convierte en una sanguinaria asesina. La noche del 14 de febrero, asesinó con toda crueldad y sin asomo alguno de piedad a sus padres. Una pareja ejemplar, conocida en la sociedad por sus

aportaciones benéficas y de gran calidad humana. Eso a Marie Odette no le importó, pues su perversidad no tuvo límites cuando sus padres se encontraban dormidos, y ella con toda premeditación ingresó a la habitación de ellos llevando en sus manos nada menos que un hacha, con la cual les asestó varios golpes hasta quitarles la vida. No conforme con ello, los decapitó, cogió las cabezas entre sus manos y las depositó sobre el vientre de sus padres respectivamente, como si las víctimas sujetaran sus propias cabezas, en un acto bárbaro y violento. Después, con toda tranquilidad, cogió una silla en esa habitación, y se sentó por un largo tiempo a contemplar su obra. Yo sé que los expertos en psiquiatría la han diagnosticado como una persona que no se encuentra en sus cabales, pero la verdad es que... todo el escenario fue planeado con una maligna inteligencia por parte de la acusada. Yo les pido a ustedes, señores del jurado, que a la hora de dar su veredicto piensen en las vidas que fueron arrancadas de forma cruel por la acusada; y que defiendan la ley y no le permitan salirse con la suya. Su veredicto por esta razón debe ser culpable, y pedir la pena máxima que el estado establece. La fiscalía descansa. Gracias, señores del jurado; gracias, su señoría —finalizó el hombre regresando a su lugar.

—Puede sentarse, señor fiscal —señaló el juez.

Odette se encontraba sentada junto a su abogado. Una mano reposaba sobre su regazo, y la otra rascaba la mesa frente a ella; miraba perdidamente sus uñas contactar con la madera. Parecía extraviada, como si no terminara de entender su lugar en esa corte. Había permanecido así, desde que se le había encontrado aquella noche con el hacha en sus manos y el cuerpo completamente desnudo.

Ninguna palabra lógica había salido de su boca desde ese entonces, simplemente repetía una y otra vez frases incongruentes; a veces susurraba cosas, pero ni siquiera George siendo su abogado, había podido entenderla. Era por eso, y por muchas otras investigaciones, que para él, ella era una completa desequilibrada mental.

—Adelante con la defensa —indicó el juez.

—Gracias, su señoría —prosiguió George Sanders.

El hombre caminó en dirección al jurado, y acompañado de ademanes comenzó a hablar.

—Señores del honorable jurado, yo quiero presentar a mi cliente, ella es Marie Odette Toussaint Castellini, una joven de veinte años de edad; excelente estudiante de psicología, y católica de gran devoción. Una joven de buenas

costumbres, pero que desafortunadamente hasta donde esta investigación nos ha llevado, y basándonos en las pruebas presentadas por la defensa, ella pudo haber sido manipulada por la presencia de alguna droga que le fuera suministrada sin que ella tuviese conocimiento alguno de eso, después de haber asistido a lo que ella pensó era una reunión sana de amigos, y que culminaría con la visita a una peligrosa secta conocida como La hermandad de Nightwalkers. Allí, influenciada por ideas contrarias a la moral que impera nuestra sociedad, se produjo en su mente un daño terrible, confirmado por los diagnósticos médicos de Marie. Ella se sintió poseída por algún tipo de entidad que le hablaba, y la cual le incitó a cometer el homicidio de sus padres, haciéndola pensar que eran seres perversos. No justificamos el homicidio, pero yo les pido, señores del jurado, que valoren el hecho de que mi cliente no lo hizo en pleno uso de sus facultades mentales. Les pido que obren con justicia y miren en sus corazones si la persona que se encuentra acusada en esta corte, es en realidad una perversa asesina que merece ser castigada, o una joven realmente enferma con serios problemas psicológicos, que debería ser tratada en un hospital. Yo les pido que le den una oportunidad más, y que la declaren inocente. — George se detuvo, humedeció sus labios, y prosiguió—: Gracias, señores del jurado; gracias, su señoría. La defensa descansa.

Los miembros del jurado se mantenían con seriedad en sus rostros; los presentes murmuraban ante tales hechos; y la fiscalía simplemente miraba por momentos el comportamiento de Odette, aunque éste no decía mucho, pues continuaba pareciendo absorta de todo.

—La corte hará un receso para la deliberación del honorable jurado —indicó el juez.

Los abogados se levantaron, y Odette fue sujeta de las esposas y llevada hasta su celda. Eran tan mecánicos sus movimientos que ni siquiera había que decirle que hiciera las cosas, simplemente seguía los pasos de quienes la guiaban.

—Adelante señores, pasen —dijo el juez mientras ingresaba a su oficina.

Seguido de él, accedieron el fiscal y la defensa, quienes aunque parecían no entenderse del todo, solían jugarse unas partidas de póker fuera de la corte.

—Bien... —empezó el juez Jonas, quien tras un suspiro continuó hablando—.

Creo que este caso es bastante complicado. Los alegatos que han presentado son válidos; y creo que han dejado en un predicamento al jurado, pues la acusada, según ha demostrado la defensa, no se encuentra bien de sus facultades mentales. La corte debe declararla inimputable. Si el jurado la declara culpable, la recluiré en una prisión psiquiátrica. Si la declaran inocente, tampoco podría dejarla ir libremente, así que les pido que lleguen a un acuerdo y me presenten su postura.

—Señoría, con todo respeto, yo creo que es responsable de sus actos. Y si la declaran culpable solicitaré la pena máxima — comentó Edward Cassidy.

—Bien, señor fiscal, sólo sea un poco condescendiente. Le recuerdo que el juez aquí soy yo, y por lo tanto yo daré el último veredicto.

—Yo creo que debe ser recluida en un hospital psiquiátrico, pero debemos llegar a un acuerdo. ¿Cuántos años le serán otorgados? —cuestionó George.

—No más de cinco años, o hasta su recuperación total.

Claramente tendrá responsabilidad médica y custodia. —Respeto su decisión, señoría, aunque yo no esté del todo acuerdo. Pero creo en cierta forma que podría ser mejor así — comentó dudoso Edward Cassidy.

—¿Está usted de acuerdo, abogado? —interrogó el juez a George, quien simplemente miraba sin decir nada.

—Sí, estaré de acuerdo si así se define.

—Bien, los veo en la sala —concluyó Jonas Park.

—La corte inicia sesión —anunció el secretario del juez.

En ese momento todos se situaron en su lugar, y entonces continuó el secretario.

—De pie todos, por favor. Preside el juez Jonas Park.

—Señores del jurado, ¿tienen su veredicto? —preguntó.

—Sí, su señoría —comentó un hombre de camisa color celeste, quien sería el encargado de hablar por todo el jurado.

—Acusada, póngase de pie —indicó el juez.

Odette se levantó junto con George, los ojos de la chica se dirigieron al suelo, y el abogado por su parte escuchó atento.

—El jurado decide: en los cargos de homicidio en primer grado contra Marie Odette Toussaint Castellini, declaramos a la acusada... inimputable.

Una serie de murmullos se desplazaron por todos los rincones del lugar, algunos parecían aliviados, pero otros se mostraban indignados ante ello.

—¡Orden en la sala! —vociferó de inmediato Jonas golpeando su martillo.

Odette parpadeó varias veces ante el ruido que emitía el objeto, y sus manos se entrelazaron como si con eso esquivara todo tipo de sonido a su alrededor.

—Gracias, señores del jurado. Se sentencia a la acusada Marie Odette Toussaint Castellini, a cumplir cinco años y no menos de tres, en reclusión hasta su total recuperación, en el Hospital Psiquiátrico Saint James en la Villa de Buffalo. Se cierra la sesión, la corte descansa.

El último golpe del martillo sonó y se dio por finalizado todo. George se acercó a Odette, y le susurró:

—Todo estará bien.

Su mano tocó el hombro de la chica, y Odette simplemente pareció mirarlo inexpresiva; era como si no entendiera nada, estaba totalmente perturbada.

2

Año 2011

Springfield, Illinois

—Bien, señor Monroe... —hizo una pausa aquel hombre de cabello oscuro, ojos azules y piel diáfana; quien con un bolígrafo escribía sobre una pequeña libreta con hojas de color crema—. No olvide como le he dicho anotar todos y cada uno de sus pensamientos en el diario. La próxima sesión lo leeremos juntos. Si siente que recae, no dude en llamarme.

—Gra... gracias... doc... doctor, me sien... me siento... me... mejor —tartamudeó un hombre regordete y calvo con anteojos redondos, quien tembloroso apretujaba una libreta entre sus gordas manos.

—Bien, quiero que esté tranquilo. Saldremos juntos adelante, cualquier cosa sólo llame. Mi asistente le dará una cita, así que usted no se preocupe por nada. Las cosas mejorarán. —Sonrió brindándole confianza al sujeto.

—Es... está... está bien... Lo ve... lo veré luego —finalizó con dificultad, se levantó del diván, y caminó hasta el psicólogo.

—Hasta luego, señor Monroe, cuídese mucho —concluyó extendiéndole la

mano al hombre.

—Con permi... con permiso —dijo y después salió del consultorio.

Tras cerrarse la puerta, Colin Sandman se acomodó en su silla, miró el interfono, y después lo presionó.

—Janet —habló el psicólogo.

—Dígame, doctor —se escuchó una agradable voz femenina.

—Otorgue una cita al señor Monroe, por favor.

—Claro que sí.

—¿Tengo algún paciente más?

—No, doctor, hasta mañana a las diez de la mañana tiene cita con la señora Keller —informó al momento que hojeaba una agenda.

—Bien, Janet, puede irse a casa.

—Gracias, doctor —pausó, y rápidamente habló—. Una cosa más, le llamó el doctor Washington, ya viene en camino.

—De acuerdo, le esperaré aquí.

—Doctor... —empezó con una risa nerviosa antes de que Colin cortara la comunicación.

—Dígame.

—Pues... yo quería pedirle... bien... —decía entre risas—. ¿Puede firmarme su libro?

Colin sonrió ante tal hecho, y después humedeció sus labios, entonces continuó:

—Claro Janet, tráigalo.

—Ya mismo voy —señaló dejando de lado el interfono.

La joven entusiasmada se levantó de aquella silla que la ubicaba en su escritorio, se arregló su largo y negro cabello con los dedos de las manos; y cogiendo un libro que se encontraba dentro su bolso, caminó hasta el consultorio.

—Aquí está —dijo la mujer una vez que abrió la puerta.

—¿Qué le gustaría que diga la dedicatoria? —averiguó Colin, mientras sujetaba el libro.

—No lo sé, lo que usted guste —comentó con una sonrisa de oreja a oreja.

Colin asintió, entonces se dirigió a la primera hoja del texto y comenzó a escribir con aquel bolígrafo de punta fina, con el cual solía hacer la mayoría de veces sus autógrafos.

«Los secretos del inconsciente» podía leerse en la portada con letras blancas, aquella que Colin Sandman había inspeccionado para que mostrase lo que

quería proyectar en su primera obra. Una especie de cabeza humana que dejaba traslucir el cerebro, con una serie de perfectos trazos dibujados por un profesional. Todo montado con exactitud sobre un fondo mezclado de diferentes tonos de color azul; desde el más pálido hasta el más oscuro.

—Espero pronto tener su siguiente libro —expresó la mujer con emoción.

—Claro, en cuando lo termine lo tendrá —respondió entregándole el libro a la mujer.

—Gracias, doctor. —Sonrió ella mientras leía la dedicatoria.

—De nada, Janet.

—Debo irme, pasaré por Michael a la guardería —comentó.

—Bien, que tenga bonita tarde.

—Gracias, igual usted —dijo, con cierto rubor en las mejillas que comenzaba a asomársele.

—Hasta luego.

Janet se dio vuelta para marcharse, y exagerando su contoneo se alejó del consultorio. Colin le miró irse con una discreta sonrisa, no podía negarse a la idea de que esa mujer en definitiva era guapa, pero tampoco le gustaba tanto como para salir con ella.

Colin Sandman regresó los ojos a su libreta, después de leer unas cuantas notas la cerró. Se dirigió a su computador, y acto seguido lo apagó.

—Toc, toc —emitió un hombre de rostro afroamericano; imitando el toque de una puerta, dio unos pequeños golpecillos a la pared del consultorio de Colin.

—Kevin, adelante —indicó Colin con una cálida sonrisa.

—Desde que tu libro se ha convertido en *Best seller*, no me has dado una sola cita —bromeó Kevin Washington, amigo desde el bachiller de Colin Sandman.

—¡Joder! —exclamó estrujándose el rostro—. Apenas he tenido tiempo de respirar. Créeme que llego a casa, duermo unos minutos, y después tengo que salir a seguir resolviendo demás asuntos.

—Entiendo. ¿Qué tal va el día? —continuó mientras se situaba en el diván.

—¿Qué te puedo decir? Lo normal, una que otra persona que viene a verme para contarme sus problemas. En la tarde tengo que ir a una entrevista para la radio de Springfield, ya sabes, quieren que les hable sobre el libro. —Hizo una pausa mientras se dirigía a su estante y cogía dos copas—. Aquí tienes.

Kevin sujetó una, mientras continuaba charlando con Colin.

—Por cierto, ¿ya has terminado el nuevo libro?

—No, aún me falta pulir unos detalles. A veces creo que la gente espera demasiado de mí.

Sandman se dirigió hacia su último cajón, y extrajo una botella de whisky donde podía leerse en la etiqueta: «Jack Daniel's».

—Bien, pero tu sueño de escribir se está cumpliendo.

—Eso sí —comentó apretando los labios contra los dientes—. De igual forma, ¿cómo te ha ido a ti?

—Bien, yo diría que trabajar con niños en verdad es gratificante. Ellos son tan diferentes, sobre todo los niños que yo veo.

—Sí, es verdad, tus niños son especiales. Siempre te gustó esa área —afirmó mientras bebía un poco de whisky.

—¿Qué te puedo decir? Con ellos todo es distinto, no hay maldad. Es como si en sus ojos pudieses percibir lo transparente y gentil que son sus almas, tan diferentes a cualquier otro individuo.

—Me imagino que sí, a veces escucho tantas cosas que me sorprende darme cuenta de la sociedad en la que vivimos.

—Y eso que no conoces todo lo que hay allí afuera, nosotros sólo vemos una parte del iceberg.

—Eso es tan cierto... —dijo quedándose pensativo por unos minutos.

—Y dime algo Colin, ¿de qué hablará el siguiente libro?

—¿Ah? —balbuceó un poco antes de seguir—. Me interesa conocer la parte oculta y oscura de la mente.

—¿Algo así como el abismo? —indagó enarcando las cejas.

—Sí, así es. Inalcanzable a veces.

—Bien... —se detuvo entrecerrando los ojos, bebió un poco de su copa, y después se aproximó hacia su amigo—. Hay un caso que podría interesarte.

—Dime —externó Colin.

—¿Recuerdas hace tres años aproximadamente? Había una chica de apellido Toussaint.

—¿La que asesinó a sus padres con un hacha?

—Esa misma.

—Creo que la condenaron, ¿no? —comentó sin darle mucha importancia.

—Se encuentra en un hospital psiquiátrico.

—¿En dónde?

—El hospital Saint James en la villa de Buffalo, está a unos treinta minutos de aquí.

—Eso parece interesante, pero ¿por qué importa ahora?

—Creo que podría serte útil para tu nuevo libro. ¿Te gustaría hablar con ella?

—preguntó incitante ante tal situación.

De alguna manera Kevin buscaba que Colin accediera, era como si quisiera hacerlo caer del precipicio de una manera demasiado agradable como para parecer cruel incluso.

—Claro que me interesaría, es un caso lo bastante bueno para ser analizado.

—Entonces hablaré con un amigo, él es el director de ese hospital. Cuando tenga noticias te haré saberlas.

—Me parece perfecto —expresó con entusiasmo.

—Bien Colin, debo irme. Tengo unas consultas antes de ir a casa, te veré luego.

—Vale, salúdame a Lily.

—Claro que sí, seguro estará encantada de que nos acompañes a cenar este fin de semana. Con el embarazo se ha vuelto sumamente cariñosa, eso para mí es ganancia.

—Vale, Kevin, gracias por haber venido —soltó acompañando de una risa su voz, pues lo que le había dicho Kevin claramente le había causado gracia.

Kevin Washington abandonó el consultorio, por otro lado Colin apuró su whisky, y después salió de la oficina.

3

Colin Sandman arrojó las llaves sobre la mesa de centro que se hallaba en la sala; el simple choque del metal con el cristal provocó un tintineo un poco molesto. Colin se dejó caer sobre el sofá, y cerró los ojos un par de minutos.

Se había acostumbrado al silencio de su apartamento; tenía años viviendo solo, así había sido desde que sus padres habían muerto. Su única compañía desde ese entonces eran aquellos *Goldfish* que se encontraban dentro una pecera que él siempre procuraba que estuviese limpia.

A sus treinta y siete años muchos se preguntaban porque no se había casado. Era un hombre exitoso y bien parecido, pero sus respuestas ante aquellas interrogativas siempre resultaban cortantes. Sus motivos de vida iban más allá de formar una familia, siempre había tenido en mente realizarse como persona antes de empezar a criar nuevos individuos, pero a veces era tan ambicioso que siempre que terminaba un logro se imponía mil más. En su vida sólo existían dos cosas importantes: su trabajo y la escritura.

Había tenido novias, pero la mayoría siempre terminaba huyéndole, puesto que ellas exigían tiempo, y él no contaba con ese tipo de tiempo.

Colin abrió los ojos. Lo que para él pareció dos horas de sueño, en realidad habían sido dos minutos.

Se sentó y llevó sus manos hacia el montón de cartas que se encontraban sobre la mesa, habían estado allí desde hacía días. Pero como siempre, las había pospuesto para revisarlas después.

—Veamos, ¿qué tenemos por aquí? —comenzó a hablar mientras leía cada sobre.

La mayoría eran cuentas por pagar, y otras tantas correos de admiradores que deseaban poder contactar con él.

Colin no solía ser la clase de hombre que escribía a sus lectores, prefería incluso que lo hiciera Janet, aunque eso claramente nadie lo sabía.

Su móvil pronto comenzó a vibrar y a emitir un sonido característico, que Colin había olvidado cuando había sido la última vez que lo había cambiado. Cogió el móvil, y abrió la llamada sin esperar más.

—¿Qué crees? —se escuchó la voz de Kevin.

—Dime.

—Ya tengo la cita para que visites a la chica en el hospital.

—Excelente, ¿para cuándo es?

—Dentro de dos días. Podrás verla a eso de las cuatro de la tarde.

—Bien, iré entonces.

—Hablarás con el médico Frank Zimmerman, él ya sabe todo, sólo dile que vas de mi parte.

—Gracias, Kevin, allí estaré.

—Espero ayudar de algo.

—Claro que sí —asintió satisfecho.

La llamada terminó. Colin se acomodó sobre el sofá y acercó su computadora portátil hasta él. Abrió la máquina, y rápidamente se dirigió al buscador, entonces tecleó: «Familia Toussaint».

Ante sus ojos se desplegó una fotografía, en la cual podía verse a un hombre de origen francés que vestía un traje sumamente elegante, a su lado una mujer bellísima con aire italiano; y en medio de ambos una joven de penetrantes ojos verdes, rostro angelical y cabello castaño cenizo.

Colin se detuvo a contemplar la fotografía, como si buscará resolver todas sus dudas con ello; aunque resultaba imposible, era indescifrable para él, saber en ese momento algo acerca de esa familia que a simple vista parecía perfecta.

—¿Por qué lo hiciste?... —susurró el hombre a la pantalla, en aquel apartamento donde todos los sonidos parecían capturarse en la mismísima

soledad de su vivienda.

4

Hospital Psiquiátrico St. James Illinois, Villa de Buffalo

—Cuéntame, Odette, ¿cómo te has sentido hoy? —preguntó, aquel hombre de cabello canoso que vestía una bata blanca y se encontraba tras un escritorio de madera, realizando unas anotaciones en lo que parecía ser un expediente.

—Bien... —respondió en voz baja y asintió con la cabeza una joven de grandes ojos verdes, que llevaba una coleta sujetando su cabello por completo.

—Has estado más tranquila estos días por lo que puedo notar. Me alegra mucho, Odette. ¿Cómo te has integrado con todos? Parece que incluso tienes amigos —quería sonar animoso, aunque la chica se mantenía un poco retraída ante él.

—Son amables conmigo... —continuó mientras llevaba su mirada a los lados, una mueca pareció asomarse por su rostro, pero no terminaba de formar una sonrisa—. He dormido bien estos días.

—Me alegra mucho, eso quiere decir que estamos progresando. Y dime algo, ¿aún escuchas las voces? —averiguó, y por un minuto dejó de lado sus anotaciones para prestar su total atención.

—¿Voces? ¿Cuáles voces? —preguntó confundida mientras sus rosados labios se humedecían.

—Bien... —pausó, entrecruzó sus dedos de ambas manos, y se aproximó a mirar de cerca a la chica—. Verás, la primera vez que ingresaste aquí, tú decías escuchar voces. Parecía ser que alguien hablaba contigo. ¿Lo recuerdas?

—Nadie habla conmigo... no recuerdo —negó.

—¿Conoces a alguien de nombre Markus?

—No... yo no... no recuerdo. —Cabeceó.

—Pues tú me hablaste de él, decías que era el espíritu de un soldado romano que hablaba contigo.

—Lo siento, no recuerdo.

—Bien, entonces dime. ¿Recuerdas haber hecho algo malo siendo influenciada por alguien, o por algo?

—No, no lo recuerdo. No escucho voces, y me he sentido muy bien. Y con respecto a hacer algo malo, en verdad tampoco lo recuerdo... Yo no sé a qué se refiera —comentó con una marcada sinceridad.

—Me alegra que te sientas mejor, Odette. Al parecer hemos avanzado mucho, parece ser que Markus se ha ido. Creo que estás olvidando algunas cosas, pero todavía tenemos que charlar de ello. No olvides decirme todo lo que te pase, ¿vale?

—Claro, doctor —dijo con una gélida sonrisa.

—Bien, Odette, eso sería todo por hoy. Cuídate mucho.

—Nos vemos —finalizó la chica levantándose de la silla.

Una vez de pie, estrechó la mano al médico, y después abandonó el consultorio.

El hombre la miró irse y cerrar la puerta. Sus ojos regresaron a las anotaciones, y cogió el bolígrafo que había rodado en dirección a una placa dorada que se encontraba sobre su escritorio donde podía leerse: «Dr. encontrada sobre su Foreman». Entonces

comenzó a escribir en aquel expediente que claramente dejaba ver el nombre de: «Marie Odette Toussaint Castellini».

Paciente femenino presenta lagunas mentales con relación a los sucesos ocurridos que la tienen recluida en el Hospital Psiquiátrico St. James. La voz de Markus ha desaparecido, entidad que la paciente había referido como responsable de manipularla para cometer tales hechos. En

estas últimas terapias, he podido ver el avance que hemos tenido con la paciente; la esquizofrenia paranoide diagnosticada ha sido controlada con el tratamiento que hemos estado llevando desde su ingreso. Poco a poco se han ido disminuyendo dosis, hasta tal punto de remover fármacos del esquema.

No hay presencia de actitud agresiva, las alucinaciones han desaparecido. Recomiendo tres meses más de tratamiento y una valoración para aprobar el alta.

Control de fármacos:

Risperidona 3mg 1 tableta cada 24 horas.

Ácido valproico 250mg 1 tableta cada 8 horas.

Retiro parcialmente de Clonazepam, se mantendrá 1 tableta de 10mg por la noche.

Observación y terapias en grupo.

Firma el Dr. Foreman No. de Cédula 14089657

Tras terminar de anotar todo lo observado, cerró la carpeta, y acto seguido la colocó debajo de los demás expedientes de todos aquellos pacientes que solía tener bajo su cargo. 5

—Una de las armas más poderosas del ser humano es la mente. Es tan compleja y estratégica que es capaz de otorgarnos una personalidad única para cada individuo, imposible de reproducir, e imposible de remplazar.

El doctor Zimmerman, especializado en el área de neuropsiquiatría, caminaba por todo el auditorio mientras hablaba en dirección a aquel público lleno de pasantes de la misma especialidad. La mayoría circulaba entre la edad de veintisiete y treinta años, posiblemente un par de años menos, o un par de años más. No importaba mucho, eran egresados de medicina, y soñaban con llegar a ser por lo menos, la mitad de lo que Zimmerman ya era.

Un hombre sumamente inteligente, reconocido por muchas personas por sus estudios realizados y aportes hechos sobre todo dirigidos a enfermedades mentales. Hablar con él era un banquete de sabiduría. Una eminencia; no había otra palabra para describirlo.

—Debo admitir que jamás estuve de acuerdo con la frase que dice: «Todos somos iguales por dentro». Pero es qué joder, ¿qué coñazo es eso? —bromeó, con su tan caracterizado sentido de humor que enseguida hizo estallar en risas al auditorio—. No creo que todos seamos iguales por dentro, y lo digo en sentido estricto de la frase, no lo somos. Cada ser tiene su propio diseño estructurado específicamente en cuando a la cadena de lo que forma el ADN, cada individuo maneja una personalidad y se rige por ideas propias. Y sobre todo, cada quien tiene su propia locura que puede llevarlo o no a la desgracia. Eso me hace recordar a Juana De Arco, ¿alguien conoce de la historia? —interrogó, y entre todos los estudiantes una joven levantó la mano.

—Claro, doctor. Según algunos datos históricos, se cree la idea de que Juana De Arco haya padecido de esquizofrenia, pues ella creía que hablaba con Dios.

—En términos propios, ¿qué significa para ti esquizofrenia? —cuestionó con amabilidad, mientras sus pies se detenían frente a la chica.

—Es una enfermedad mental, que lleva al paciente a sufrir alucinaciones tanto visuales como auditivas. Tiene varias clasificaciones, entre las cuales el paciente puede presentar delirios visuales y auditivos, o sólo auditivos; de cualquier manera resulta producto de la mente. En algunos casos resulta hereditario, o incluso alguna situación traumática puede llegar a detonarlo —explicó, mientras sus compañeros le miraban atentos, y seguramente más de uno tenía un significado más amplio para otorgar.

—Exactamente, eso mismo es la esquizofrenia. Pero yo creo que en este momento seguramente estarán en sus asientos preguntándose porque he mencionado a la señorita Juana De Arco. Bien, me parece que es un ejemplo de que no todas las alucinaciones son necesariamente macabras como muchos tendrán la idea aquí. Ella escuchaba que Dios le hablaba, y en efecto, por burdo que parezca, esa locura la llevó a salvar una nación. Pero esto no siempre resulta así... —la voz de Zimmerman cambió drásticamente de alegre a seria, tornándose incluso amenazante para algunos—. En el peor de los casos conduce a caos y muerte. Muchos pacientes llegan aquí porque resultan culpables de homicidios, violaciones, y demás cosas aberrantes que no podrían llegar siquiera a imaginar. Quiero pensar que ustedes eligieron hacer sus prácticas en este lugar porque saben que verán mucho que desearán olvidar, pero también verán cosas que les harán amar u odiar esta especialidad. No es fácil tratar con un paciente psiquiátrico, requiere de mucha paciencia, pericia, y extenso manejo de vocabulario. Deben saber que estarán hablando con personas que, aunque hablen su mismo idioma, no podrán entenderlos siempre.

Los jóvenes del auditorio por un minuto guardaron silencio, y borraron todo rastro de sonrisas de sus rostros. Zimmerman les miró una vez más, y entonces continuó:

—No planeo asustarles, pero quiero que sepan que esto no es fácil. Y no menosprecio las demás especialidades, todas tienen su complejidad. Pero psiquiatría... siempre va a llevarlos al límite de sus emociones.

Mientras el médico continuaba su discurso para preparar a los próximos especialistas de la materia, Colin Sandman se coló por el auditorio, se deslizó sin ser visto hasta una de las sillas del fondo, y se sentó a escuchar atentamente mientras miraba su reloj de mano.

—Quiero estar seguro de que ustedes esto quieren. El que no, puede irse, o incluso podrá pedir su cambio a otro hospital; pero les aseguro que a donde quiera que vayan, tarde o temprano tendrán que lidiar con casos bastante fuertes que podrían hacerles quebrantar. Aquí saldrán preparados para las cosas que les esperan allá afuera. Cada uno decidirá qué hacer más adelante, pero este lugar les hará obtener experiencia como ningún otro.

—Doctor, yo creo que si hemos llegado hasta aquí, es porque estamos convencidos de que esta es nuestra vocación — opinó un joven que se encontraba justo al frente.

—Bien, entonces bienvenidos. Pueden dirigirse al área de administración, allí les recibirá el doctor Alexander, él les guiará para que conozcan las instalaciones, él mismo les acomodará en sus respectivas áreas. Sólo me queda desearles éxito —concluyó con una sonrisa.

Los médicos se levantaron de los asientos, y poco a poco fueron abandonando el auditorio.

Zimmerman se acercó a un escritorio donde mantenía el ordenador abierto que se conectaba al proyector para pasar las imágenes en grande de sus diapositivas; y cerró todas las pestañas del computador.

—Doctor... —habló Colin Sandman mientras se aproximaba al sujeto.

—Buenas tardes, ¿ustedes es...? —continuó mientras extendía su mano a Colin, quien enseguida la cogió.

—Mi nombre es Colin Sandman, soy psicólogo —dijo con una amistosa sonrisa.

—Un gusto, ¿y qué lo trae por acá? —indagó con curiosidad mientras cogía su ordenador dispuesto a abandonar el aula.

—Bien. Me ha enviado el doctor Kevin Washington, es amigo mío, él me explicó que yo podría hablar con usted — prosiguió humedeciendo sus labios un poco nervioso.

Colin no entendía por qué, pero se sentía intimidado; no sabía si era porque conocería a la protagonista de lo que podría ser su siguiente libro, o por la presencia de un hombre que no inspiraba otra cosa más que respeto como lo era el caso de Zimmerman.

—¡Oh! —exclamó en un chispazo de recuerdo—. Ya. Él ha hablado conmigo. El caso de Odette Toussaint.

—Ese mismo, me intriga un poco. Quisiera ver si existe la posibilidad de conversar con ella. Me he informado un poco sobre eso.

—Un caso bastante complejo, pero vaya que interesante. Hubo tantas cosas alrededor de ese asunto que ni yo terminé de entenderlo todo.

—Sí, demasiado extraño.

—Bien, acompáñeme a mi oficina, podemos ir charlando sobre esto —señaló mientras comenzaba a avanzar.

—Claro que sí —asintió.

—Usted es escritor, ¿no? —indagó curioso.

—Sí, hace poco publiqué un libro, y estoy en proceso de otro.

—Déjeme adivinar, ¿la señorita Odette es parte de otro éxito literario? —comentó entrecerrando los ojos.

Colin pensó una respuesta corta y afirmativa, pero no quería escucharse como un tipo ambicioso y egoísta que se estuviese aprovechando de aquel caso que había conmocionado al estado durante un tiempo. Simplemente balbuceó un poco hasta poder responder.

—No precisamente, lo hago más bien confines de investigación.

—Vamos, señor Sandman, no tiene que mentir —dijo entre risas—. En realidad no lo juzgo, de no ser porque yo administro este hospital y no puedo dar a conocer datos personales de los pacientes, escribiría infinidad de libros basados únicamente en las historias de todos aquellos que pisan este lugar. Si las paredes pudiesen hablar, le apuesto a que tendría usted en sus manos sus próximos éxitos sin necesidad de esforzarse un pelo.

—¡Vaya! —expresó con una carcajada silenciosa—. No creo tener el temperamento que se requiere para escuchar todas esas historias, en realidad sólo me interesa una.

—Ya —asintió—. La de Odette. Bien, por tratarse de que usted viene por parte de un buen amigo como lo es Kevin Washington, le daré un pase para que pueda entrar y salir sin problema. Pero le pido una cosa, mucha cautela con la forma en la que desarrolla el libro, no quiero problemas con la prensa o los familiares de la chica. Aquel caso fue algo muy delicado para todos, no quiero que el hospital se manche por algún asunto mal interpretado —advirtió.

—Le aseguro, doctor, que no haré nada que pueda dañar el nombre del hospital.

—Eso espero. La familia Toussaint, todavía tiene un gran poder en nuestra sociedad, creo que usted ha leído acerca de ellos —dijo antes de que su mano abriese la oficina, a la cual habían llegado ya.

—Francamente, he leído poco sobre ellos.

Zimmerman le miró por el rabillo del ojo, y dijo:

—Le recomiendo que lea más sobre ellos.

Colin asintió sin dar respuesta, al momento que apretaba los labios nerviosamente. El médico ingresó al consultorio, y tras de él, entró el psicólogo.

Zimmerman se dirigió a un cajón, y de allí extrajo un papel que después le entregó a Sandman.

—Aquí tiene. Sólo déjeme hablar con el doctor Foreman para que pueda él saber que usted estará entrevistando a su paciente.

—Bien. Gracias, doctor.

Zimmerman levantó la bocina del teléfono, y presionó el número que lo llevaba a la línea de Foreman.

—Jamie, dile por favor al doctor Foreman que necesito que se presente en mi oficina.

—Claro que sí, doctor —afirmó la voz de una mujer que acto seguido terminó la llamada.

—Ya debe venir. Con él arreglará cualquier situación que se presente con Odette Toussaint. Es su médico tratante, la joven ha estado muy tranquila, no creo que tenga problemas con ella.

Parecía seguro, y esa seguridad a Colin le hacía dudar; sin embargo la curiosidad, se acrecentaba cada vez más.

SEGUNDA PARTE

La Fiesta Y Los Nightwalkers

1

Septiembre del año 1997 Springfield, Illinois

Aquella casona de color blanco se levantaba a lo alto como si fuese una antigua construcción; la pintura se veía recién retocada, y el aroma a pasto se sentía por todo el jardín del sitio. Una cinta roja se encontraba sobre el marco de la entrada principal, y en ella podía leerse: «Iglesia San Martin: Reunión anual para obras de caridad».

Una *Lincoln* de color negro brillante se había estacionado justamente a unos costados de la iglesia. De la puerta del piloto bajó un hombre de traje, que después se dirigió a la puerta del pasajero para próximamente abrirla.

Del vehículo pronto descendió un sujeto vestido con un traje de sastre y un *Rolex* en la mano derecha, que podía valorarse incluso en diez mil dólares; su aspecto imponía elegancia y pulcritud, era atractivo y de eso no había duda. A éste le seguía una mujer hermosa con mucho porte al momento de caminar; llevaba un vestido rojo que se entallaba a su esbelto cuerpo, su cabello castaño caía en ondas sobre sus hombros; y sus tacones hacían resonar el suelo que pisaba. Por último, una pequeña con una mirada tan intensa que seguramente había heredado a su padre; aquel color verde sobresalía de sus ojos, y su dulce rostro se acompañaba de unos labios carnosos y rosados que parecían curvarse como un corazón en la parte superior. Era una muñeca, una fría muñeca, pues era tan blanca y seria que incluso se podía percibir que ella era el mismísimo invierno.

—Señor Toussaint, es un honor tenerle aquí en esta su casa —expresó con cortesía un hombre que vestía con una sotana.

—Gracias, padre Julian, para mí es un placer acompañarles en esta comida —mencionó aquel elegante hombre, que hacía unos minutos atrás había bajado del vehículo con su esposa e hija.

—Bien, pues la mesa está reservada en el salón del fondo — indicó.

—Gracias —respondió.

El señor Toussaint y su hermosa esposa Florencia avanzaron junto con su pequeña hija por aquel verde y cuidado césped, que se extendía por todo el jardín de la iglesia hasta llegar a los salones de fiestas que se hallaban al fondo.

—¡André! —exclamó un sujeto que llevaba una copa en la mano, con alguna bebida que posiblemente sería champagne.

El señor Toussaint había respondido al nombre vociferado, por lo que enseguida había ingresado con su familia a aquel enorme salón de fiestas, donde los meseros les recibían otorgándoles bocadillos antes de servir la comida.

—Hola, Robert, ¿cómo has estado? —preguntó cordialmente el señor Toussaint mientras se acercaba al hombre de la copa.

—Bien, es un gusto verles por aquí. Últimamente no hemos podido reunirnos, sospecho que tiene que ver con tu trabajo.

—Sí, las empresas me tienen un poco ocupado, pero siempre hay tiempo para las fiestas de caridad.

—Ya veo que sí —respondió con alegría, a lo que después miró a la esposa de André—. Señora Toussaint, usted siempre tan radiante.

—Dime Florencia. Lo de señora me hace sentir mucho mayor —bromeó un poco la mujer.

—Bien, Florencia —asintió con una sonrisa—. ¿Y esta linda niña? ¿Cuántos años ya tiene? —indagó en referencia a la pequeña que se escondía tras su madre.

—Cumplirá diez en enero —respondió Florencia.

—Crecen rápido. Espero te unas a jugar con los demás, están en el área de columpios —dijo acercándose a la niña, a lo que ésta de inmediato miró hacia abajo.

—Es un poco retraída, le cuesta hacer amigos —explicó su madre.

—Ya se acostumbrará, es normal, yo era así a su edad —expresó Robert—. De igual forma, dime, André, ¿esperaremos generosos donativos esta ocasión?

—Claro que sí, ya traigo el cheque conmigo —afirmó el hombre.

—Bien, entonces vayamos adentro—indicó Robert.

—Claro, ahora te seguimos... —pausó André, y entonces se dirigió a su mujer—. Lleva a la niña a jugar con los demás.

—Ahora vuelvo —señaló Florencia alejándose con la pequeña.

La mujer no tardó más de un par de minutos en llegar al área de juegos. Varios niños corrían de un lado a otro, algunos se deslizaban por los toboganes, y

otros se mecían sobre los columpios.

Florencia se inclinó un poco para mirar a su hija, y entonces comentó:

—Odette, no puedes estar con nosotros todo el tiempo, tienes que hacerte de amigos. ¿Entendido?

La chiquilla sin mirarle al rostro, simplemente asintió con la cabeza.

—Bien. Odette, ve a jugar, te veremos en un rato.

Florencia se retiró de la zona. Y Odette se quedó de pie sin saber hacia dónde moverse.

Dentro el salón de fiestas, se encontraba la pareja Toussaint en una mesa exclusiva para ellos. André ya había comenzado a comerse unos bocadillos, y el Obispo Christopher se encontraba en el escenario agradeciendo a los invitados.

—Quiero mencionar honoríficamente a la familia Toussaint, pues con sus generosas donaciones hemos podido ir mejorando la iglesia. Además de que siempre aportan a la casa hogar de San Miguel. Como ya saben muchos de aquí, nosotros tenemos un convenio que consta en mandar donaciones a los niños del orfanatorio, y la familia Toussaint en verdad nos ha ayudado mucho con ello. Este año, el señor André Toussaint y su esposa Florencia Castellini nos han dado la generosa donación por cincuenta mil dólares. Les pido un aplauso fuerte para ellos — dijo mientras sus palmas comenzaban a emitir sonidos de aprobación.

Los aplausos se escucharon por todo el salón mientras los invitados festejaban a la perfecta familia Toussaint.

Las ovaciones se podían percibir incluso en el área de juegos, donde Odette se encontraba meciéndose en un columpio apartado de todos.

Por ratos la niña parecía mirar hacia los ventanales del salón en el cual sus padres se encontraban, no podía ver mucho lo que se hacía dentro, pero sí podía sentir el aroma de la comida saliendo de allí.

—Odette, ¿por qué no juegas con los demás? —interrogó el padre Julian mientras se acercaba a la pequeña.

Con el pie derecho, Odette detuvo el columpio dejando que su zapato barrierá la tierra, y entonces observó al padre sin decir nada.

—Debes sentirte orgullosa de tus padres —nuevamente habló el hombre.

—Supongo —musitó.

—¿Cómo? ¿Acaso no te sientes orgullosa de ellos? — preguntó con extrañeza.

—¿Debería? —Plegó la frente.

—Claro, linda, tus padres son unas buenas personas. Imagino que te tratan

bien, te cuidan, y te compran muchas cosas.

—Sí, me compran muchas cosas —expresó con una mirada que incluso el padre Julian no pudo descifrar—. Padre... — empezó no muy segura.

—Dime.

—¿Debo obedecerlos en todo lo que me pidan?

—Claro, son tus padres.

—¿Y qué pasa si no los obedezco?

—¿Por qué no habrías de hacerlo?

—Sólo dígame, si no los obedezco, ¿qué pasa?

—Pues, Odette, los niños que no se comportan como debe de ser, Dios no los quiere; y Satanás los engaña.

—Entonces... ¿debo obedecerles?

—Para que Dios te quiera, sí.

—¿Para que Dios me quiera? ¿Y cómo sé que me quiere?

—¡Cielos! —exclamó tratando de reírse—. Odette, mejor ve a jugar un poco.

El padre Julian se dio vuelta y se marchó, la pequeña miró nuevamente al salón de fiestas, y después se viró para observar a los demás niños corriendo.

Dentro el salón, el señor Toussaint se encontraba con una copa entre los dedos, se mostraba orgulloso y alegre ante los aplausos y agradecimientos.

—Les podría decir muchas cosas, amigos, pero no terminaría hoy. Este año nos ha ido bien a mi familia y a mí, el brindar apoyo a los que menos tienen en el mundo es una forma de dar gracias a Dios por todo lo que nos ha dado. Nos ha llenado de bendiciones y me siento un hombre afortunado al tener una hermosa mujer a mi lado... —pausó a mirar a Florencia, quien con una tierna mirada le saludó—. Pues gracias a ella pude tener a mi preciosa hija Odette, el regalo más grande que la vida me ha dado. Gracias, y brindo para que... — se detuvo, pues antes de siquiera terminar, un grito ensordeció a todo el lugar.

Las personas, sin pensarlo más, corrieron al área de juegos. Florencia se había adelantado a llegar, su esposo André había llegado unos segundos después; entonces fue cuando pudieron ver a Odette, quien se encontraba con el vestido sucio y los zapatos enlodados.

—¿Qué ha sucedido? —interrogó enseguida Florencia mientras corría preocupada hasta su hija.

—No lo entiendo, André, Elisa ha acusado a tu hija — informó el padre Julian

mientras con vergüenza se acercaba a la familia.

—¡Elisa! —gritó Robert al momento que corría hacia su hija.

—Pero... ¿Qué es lo que pasó? —preguntó André.

—Estaban jugando, y... bien, Odette... ella dijo... — tartajeó.

—Por el amor de Dios, padre, dígame lo que pasó —insistió André desesperado.

—Es que me da horror repetirlo —expresó con angustia.

—¿Qué puede ser tan grave? —intervino Florencia.

—Ella me dijo que... ella dijo que me bajara las bragas para que todos me usaran como su puta —señaló Elisa con una voz infantil, que aunque poco sabía de lo que había escuchado, parecía sentir mucha vergüenza.

—¡Odette! ¿Eso has dicho? —cuestionó Florencia mirando a su hija.

—Ella miente... —soltó Odette con calma y frialdad.

—Odette, no puede ser... —dijo André incrédulo—. Lo lamento tanto, Robert, en verdad discúlpame por lo sucedido. Creo que Odette no se siente bien hoy.

—No hay problema, André, yo entiendo. A veces los niños no miden sus palabras.

—No, Odette no es así. No sé qué le sucede hoy.

—Bien, no pasa nada —continuó Robert para calmar la situación.

Elisa con inocencia, se aproximó a Odette, y después de abrazarla dijo:

—Te perdono, amiga.

—Gracias, corazón, estoy segura de que Odette no ha querido ofenderte — justificó Florencia.

Odette observó unos segundos a Elisa, y después sonrió con dulzura, se acercó a ella y besó su mejilla izquierda. Sin separarse aún, le susurró al oído:

—Eres una maldita perra, espero que te follen tan duro que te salga sangre hasta por la nariz.

Odette se alejó de ella, Elisa no pudo siquiera moverse; en lo poco que había logrado comprender, se había paralizado del horror.

2

Hospital Psiquiátrico St. James Illinois, Villa de Buffalo

—Odette es una persona muy tranquila, al menos estos últimos meses lo ha estado. Sin embargo, si por algún motivo algo llegara a ocurrir, me gustaría que me lo haga saber —explicó Foreman mientras guiaba a Colin hacia la habitación de Odette Toussaint.

—Claro que sí, doctor —asintió Colin sin dejar de mover los pies.

Los corredores no eran tan largos, incluso podía decirse que en cada pasillo se encontraban a lo mucho siete habitaciones, las cuales eran divididas con tres a cada lado y una al final.

La sala era conformada por un pequeño televisor al frente, y varios sillones de tela que permitían a los pacientes sentarse a verlo por las tardes.

Una mujer con pijama quirúrgica azul limpiaba todo el lugar con un pulidor de pisos. Una enfermera se encargaba de la recepción, y otros más de los pacientes.

Colin no podía evitar pasear la mirada por todos lados, hablaba con Foreman, pero sus ojos no le miraban a él. Posiblemente se debía a ese espíritu que todo psicólogo solía tener (analizar todo su entorno para familiarizarse y extraer algo de éste).

—En verdad espero tenga éxito en su entrevista. Odette es una joven muy reservada, incluso llevando aquí mucho tiempo, ella aún no termina de abrirse por completo —comentó Foreman mientras se detenía frente a la puerta del final del pasillo número cinco.

—Espero lograr obtener algo de ella —sinceró Colin. —Bien —concluyó, y abrió la puerta sin más.

Sobre aquella cama individual con cubierta blanca, se encontraba sentada una chica con un pantalón de felpa gris y una remera blanca que parecía ser dos tallas más grande que la suya. Era delgada (demasiado, de hecho), no parecía enferma, pero sus brazos se podían notar estrechos. Su cabello se encontraba suelto, se veía tan suave y fino, como si nunca lo hubiese teñido en su vida.

Colin la observó unos minutos sin decir nada, por algún insólito motivo su boca se había secado, parecía sorprendido. Y aunque no se lo explicaba, quizá se debía a que él se la había imaginado de manera distinta.

Antes de llegar a aquel lugar, Colin había visto unas

fotografías de la familia Toussaint. Sabía que la chica era bonita (aunque extraña), pero en aquel momento ella parecía una persona completamente normal; y no es que la idea de Colin se centrara en encontrar una desquiciada, pero al menos esperaba ver a alguien con aspecto diferente, algo así como un recuerdo de lo que Odette había sido.

—Hola, Odette —habló Foreman.

La chica volteó a mirarlos, pues sus ojos por un momento parecieron fijos en el suelo. Estaba pensativa, y nadie más que ella podía saber de las ideas que atravesaban por su cabeza.

—Doctor, hola —respondió en voz baja la joven. —Te presento a Colin Sandman, él es psicólogo —señaló Foreman dando paso al hombre, quien tímidamente se había acercado.

Odetteladeó la cabeza un poco y observó con seriedad a Colin.

Lo primero que Colin Sandman había podido percibir de Odette Toussaint, era eso mismo que él había escrito en sus libros durante años. Algo que afirmaba rotundamente sin que alguien pudiese explicárselo.

Por alguna razón Colin tenía la idea de que los ojos podían ser capaces de hablar por sí solos, era como si pudiesen contar las historias de sus dueños; aunque éstos incluso callaran todo. Con los homicidas algo ocurría, la mirada cambiaba, las puertas de su alma se cerraban, y Colin lo sentía en Odette. Ella era hermosa, pero como una princesa de hielo, convertía en invierno todo a su alrededor. Sus ojos eran fríos, vacíos, y nada expresivos; no decían nada, mostraban una oscuridad inhumana.

—Señor Sandman... —le llamó Foreman una vez más, puesto que las dos veces anteriores parecía no haberle escuchado.

—Lo siento. —Sacudió un poco la cabeza para mirar a Foreman. Colin aún se sentía desconcertado, no podía evitarlo.

—Los dejaré a solas, cualquier cosa que necesite estaré en el pasillo número cuatro —informó susurrándole al oído.

—Gracias, doctor.

—Bien, suerte... —pausó, luego miró a Odette y dijo:—. Lo que necesites sólo dime.

—Gracias —asintió la chica con suavidad.

—Con permiso —finalizó Foreman saliendo del cuarto.

Colin se aproximó hacia una mesa con dos sillas que se encontraba justamente en medio de la habitación. Era pequeño el cuarto, y únicamente se hallaba ocupado por una cama que pegaba contra la pared, unos cuantos cajones con ropa, y una pequeña figura del niño Dios adherida junto a la cama.

—Odette, que bonito nombre. Es de origen... —comenzó, mas ella le interrumpió.

—Francés —continuó mientras subía las piernas sobre la cama presionando las rodillas contra su pecho.

—¿Tus padres eran franceses? —interrogó sentándose en aquella silla junto a la mesa.

—Mi padre... mi madre era italiana —acortó.

—Interesante... —pausó unos segundos, buscaba desesperadamente un tema para iniciar, quería hacerle entrar en confianza; jamás le había costado tanto trabajo lograr algo así—. Mi padre era de Escocia, y mi madre era judía. Yo diría que también soy una mezcla de razas —comentó sonriendo.

Odette no respondió, sólo continuó mirándolo atentamente. Colin analizó la habitación por un momento, y después volvió a hablar.

—Y dime, Odette, ¿cómo te tratan aquí?

—Bien, pero... —se detuvo, se levantó de la cama y avanzó hacia la silla que se encontraba vacía frente a Colin—. No estás aquí por eso, ¿o sí?

—No, de hecho tengo otros motivos para estar aquí.

—¿Cuáles? —Sus ojos se abrieron, parecían devorar los de Colin.

—Pues... —pausó, aspiró profundamente, y después prosiguió—. Bien, Odette, me gustaría ser tu amigo. Quizá con el tiempo logremos formar un vínculo, tener confianza el uno con el otro. Después de todo, planeo venir constantemente. ¿Qué piensas acerca de ello? ¿Te gustaría que fuéramos amigos? —indagó, pero sólo podía verle los parpados a la joven, puesto que ella miraba hacia sus manos.

Su piel parecía transparentarse; en sus parpados se notaban unas pequeñas telarañas azuladas, que Colin entrelazó mentalmente.

—Desde que llegué aquí, he hablado con distintos psicólogos. ¿Qué te hace especial a ti?

Colin suspiró profundamente, sonrió con sutileza, luego dijo:

—Yo no quiero que seas mi paciente. Quiero ser tu amigo. Aunque... creo que eso ya te lo he dicho. —Se inclinó ligeramente hacia ella.

—¿Por qué quieres ser mi amigo? Seguramente hay algo más, ¿no es así? —preguntó sin demora alguna.

Los ojos de ambos pudieron hablar por un instante, los de ella parecieron leer los de él como una carta expuesta. Mientras éste, intentaba esconder sus secretos, siéndole imposible de lograr.

—¿Por qué no crees que quiero ser tu amigo?

—Nadie quiere ser amigo de alguien sin algún motivo específico. Muchos lo son por conveniencia, otros por soledad o apariencias... otros simplemente porque buscan un igual. ¿Tú que buscas en mí?

—Odette, yo no busco algo en ti. Sólo pienso que podríamos intentar ser

amigos, todos necesitamos de un buen amigo. ¿No quieres ser mi amiga?

La chica entornó la mirada con una divertida sonrisa, entonces externó:

—Está bien. Supongo que después de estar atrapada en estas cuatro paredes. Todos necesitamos de un amigo. —Se mordió los labios.

—Cuéntame algo sobre ti.

—¿Qué quieres saber?

—¿Qué te gusta hacer en tus ratos libres? Podríamos empezar por eso —curioseó, mientras extraía una pequeña grabadora de su portafolio.

—¿Vas a grabar? —interrogó enseguida.

—¿Te molesta que lo haga?

—No entiendo porque necesitas hacerlo.

—Eh... en realidad me gustaría conservar nuestras conversaciones, quizá podrían sernos de utilidad.

—Ajá... —expresó con una mueca—. No le veo mucho el sentido.

—¿Te molesta que grabe? —averiguó antes de proceder a encender el aparato.

—No, sólo me gustaría saber el verdadero motivo.

—Bien... —pausó, dejó de lado el objeto, se rascó la cabeza y siguió—. Soy psicólogo y escritor. Creo que lo mejor será sincerarme contigo, así que lo haré. Quiero escribir un libro, no será precisamente sobre ti o sobre aspectos relacionados a tu vida... simplemente.

—¿De qué tratará? —interrumpió intrigada.

—Sobre la mente, quiero algo que revele todos aquellos monstruos que nos atormentan. Y pienso que sería enriquecedor conversar contigo, y conocerte mejor.

—Supongo que estás aquí, para saber cómo asesiné a mis padres.

—No —negó—. Estoy aquí, para saber como ves el mundo.

Odette abrió los ojos en grande y observó fijamente a Colin; siendo que había sentido, que por primera vez podía asomarse de las cuatro paredes que la atrapaban.

—¿Y cuál es la diferencia con la manera en la que tú lo ves?

—Sería interesante que lo descubriéramos juntos, ¿no te parece?

Odette permaneció en silencio durante un momento, entonces comentó:

—¿Eres casado, Colin? No te veo ninguna argolla. Y tampoco tienes la apariencia de un veinteaño.

Colin pasó saliva, recordando la previa conversación que había tenido con Foreman. Ella no parecía ser la chica que tanto habían descrito los médicos, por un momento; se creyó la idea de tener a otra Odette frente a él.

—No, no soy casado. Y tampoco tengo veinte años.

—¿Por qué? —preguntó, y entonces apoyó el mentón sobre su mano.

—No lo sé, quizá por el momento no es una prioridad.

—Qué extraño. —Echó la cabeza hacia atrás—. Eres un hombre atractivo, supongo que no faltarán mujeres en tu vida.

Colin rio ante tal comentario, ella era natural con sus palabras, ni siquiera se ruborizaba al decirlas. Pero sin darle más importancia, él siguió.

—Gracias por el cumplido. Háblame sobre ti, ¿qué edad tienes?

—Veintitrés, parte de mi vida se ha encerrado aquí.

—Lo sé, lamento lo sucedido. —Enserió.

—No tienes que disculparte, no ha sido tan mala la estancia... supongo que después de los años, ya me he acostumbrado. Pero estoy ansiosa por irme.

—¿Y te ha venido a visitar alguien? —inquirió Colin.

—No —acortó.

—¿Amigos? ¿Familia?

—Nadie, no tengo amigos... ni familia. Para el mundo, yo sólo soy una asesina. Nadie pretende que vuelva a la sociedad.

—¿Qué piensas al respecto?

—No lo sé... —se detuvo, y apartó la mirada sin poder continuar.

—El futuro es incierto, ¿no? —averiguó con calma.

—Incluso estando fuera de aquí, el futuro siempre es incierto. Quizá las paredes sólo amortiguan el dolor... al menos, me preparan para lo que viene.

Colin la observó detenidamente, y cada segundo se percataba de lo grande que era su curiosidad por conocerla.

—¿Tienes miedo de lo que se avecina?

—No. —Le vio fijamente—. Le he perdido el miedo a todo.

—¿Cómo era la relación con tus padres, Odette? —se atrevió a preguntar.

—¿Eso importa?

—Sólo me gustaría conocerte mejor.

—Era una buena relación —afirmó sin más.

—¿Cómo eran ellos?

—¿Cómo eran los tuyos? —inquirió sin responder lo anterior.

Colin se acomodó en el asiento, luego habló.

—Mi padre reparaba relojes, mi madre era maestra. Ambos eran muy buenos conmigo —contó con un rastro de seriedad, que lo había llevado a escarbar entre sus recuerdos.

—¿Ya murieron? —inquirió.

—Sí. Yo tenía siete años cuando fallecieron.

—¿Cómo murieron? —curioseó.

—Pues. —Se llevó el pulgar a la boca—. Fue un accidente automovilístico. No lo recuerdo muy bien.

—¿Estabas presente?

—Sí, lamentablemente sí.

—¿Qué sentiste cuando murieron? —Movió los hombros.

—Fue algo muy trágico, cuando uno es pequeño quizá ve las cosas de diferente forma. Muchas veces te confunden los sentimientos, no hay uno en específico que yo pueda utilizar para describirlo.

—Ya veo. —Su espalda cayó sobre el respaldo de la silla.

—Odette, ¿qué solías hacer con tus padres?

—Tengo hambre —respondió tajante.

Colin asintió, Odette lo estaba haciendo dudar con el aire de misterio que le rodeaba; al menos ella parecía conocerlo más a él en ese momento que él a ella.

—¿Quieres ir a la cafetería? Puedo pedir permiso para comer juntos.

—Me gusta comer sola —afirmó.

—Bien —asintió—. Supongo que por hoy hemos terminado.

—¿Vendrás mañana? —preguntó moviendo la cabeza instintivamente.

—¿Te gustaría que vuelva? —indagó mientras se levantaba de la silla.

—Supongo que no me disgustaría.

—Entonces vendré —señaló con una sonrisa.

—Adiós, Colin.

—Nos vemos, Odette. —Extendió la mano.

La chica no respondió a la despedida, sus manos se mantuvieron pegadas a sus costados. Colin intentó no prestar mucha atención ante tal acción, se dio vuelta, y se dirigió hacia la puerta.

—Colin —le llamó.

El hombre volteó una vez más, su mano ya había tocado la perilla.

—Dime.

—Me la he pasado bien hoy. —El rastro de una sonrisa dio la impresión de asomarse, pero no terminó de formarse.

—Yo también —concluyó, y después abandonó la habitación.

3

Springfield, Illinois

Las navajas del rastrillo se deslizaban por el rostro de Colin mientras éste se observaba por el espejo. Aunque sus ojos apuntaban a mirarse, en realidad no lo hacían, no por completo, pues su mente se encontraba siendo arrastrada por sus recuerdos.

Era ese en especial el que tanto le había costado superar, uno que se escondía en lo más profundo de su mente y que no se decidía a abandonarle.

La muerte de sus padres era algo que le había afectado demasiado, no solía hablar de ello con nadie, pero por alguna razón Odette le había hecho recordarlos una vez más.

Mientras sus ojos se mantenían atentos en su reflejo, lentamente el pelo de su rostro caía sobre el lavamanos. Aquella escena había pensamientos, imborrable.

comenzado a dibujarse dentro de sus

como si alguien la marcara con una tinta

«Quiero una hamburguesa» repetía una voz dentro de su mente, una voz infantil que él reconocía como la suya a los siete años (chillona y mandona, así había sido en esa época).

«No Colin, no me gusta que comas comida chatarra» replicó su padre, tan exagerado como siempre.

«¡Quiero una hamburguesa!» gritó con más furia (y la cabeza de Colin sólo estallaba).

«Ya te he dicho que no» reprendió una vez más, pero aquella sería la última vez.

Y entonces ocurrió. Aquel enorme remolque se atravesó como si fuese la mismísima muerte con paso elegante robándose la vida de los padres de Colin Sandman.

El modesto vehículo en el cual iban los Sandman se había quedado atrapado bajo los retorcidos fierros del enorme camión; los cuerpos de los padres de Colin habían sido lanzados hacia atrás. Por lo cual, ante los ojos del pequeño niño, éstos habían sido acomodados macabramente con la espalda completamente doblada; con los ojos a punto de estallarles por la presión, y con la sangre embarrando sus rostros, dejando únicamente ante él el peor de

los recuerdos.

Colin lo inmortalizaría perfectamente (una maldita hora había estado allí dentro, antes de ser rescatado), y era algo que jamás olvidaría; lo arrastraría por el resto de su vida tal vez. Y posiblemente nunca se lo perdonaría, y es que él no podía evitar sentir la culpa carcomiéndole por dentro. Era ese capricho, algo que de niño quizá no había podido llegar a razonar; pues era esa misma razón por la cual su padre le había volteado a mirar, para después no notar el remolque que los terminaría matando a su esposa y a él.

Los dientes del hombre presionaron con fuerza su labio inferior, mientras a su nariz llegaba un aroma penetrante de sangre que alguna vez había pertenecido a sus padres. Apartó el rastrillo de su rostro y se aferró a él, tanto que su pulgar se clavó contra el filo que de inmediato le hizo despertar de sus recuerdos.

—¡Mierda! —exclamó ante la sangre que enseguida comenzó a brotarle.

Cogió una toalla que se hallaba en un cajón del baño, y rápidamente envolvió su mano para frenar el sangrado. Ardía, dolía, era una cortada un poco grande, aunque no lo suficiente como para necesitar de emergencias.

Colin descubrió la herida y se detuvo a mirarla un momento, cogió una pequeña cinta adhesiva, y después cubrió su pulgar.

Tras salir del baño caminó en dirección a la sala, cogió una carpeta que se encontraba sobre la mesita de centro y le echó un vistazo. En ella se hallaban unos papeles que él había recolectado en su investigación. De Odette no había obtenido mucho todavía, y seguramente pasarían semanas para que ella pudiese decirle más.

Con notas de colores, había marcado ciertas páginas donde se encontraba información que él consideraba de importancia, la declaración de los testigos, algunas fotografías que Kevin había podido conseguirle, y entre las más relevantes notas, se hallaba la dirección de la antigua residencia Toussaint.

Colin leyó atentamente, y después necesario, abandonó su apartamento residencia.

de recoger todo lo para ir rumbo a la

Condujo al menos veinte minutos para llegar a su destino. En aquel lugar las casas medían aproximadamente diez metros de alto. Se levantaban como grandes mansiones que se expandían a varios metros cuadrados. Colin no

recordaba haber visto casas tan elegantes y ostentosas, pero aquello lo hacía interesarse aún más en la vida de Odette Toussaint. Quería saberlo todo, quería entrar a ese mundo y desenmascarar los secretos más oscuros que se guardaban en el antiguo hogar de la joven.

El vehículo se detuvo justamente en la ubicación a la cual lo había llevado el GPS. Colin Sandman se quedó mirando unos segundos la casona que todavía mantenía el color marrón en sus paredes. Una serie de grandes arbustos la cubrían (ya podían notarse un poco reseca las hojas de éstos) y una enorme reja negra, que terminaba con lanzas hasta lo más alto, evitaba el acceso a todo aquel que deseara entrar a husmear.

Colin bajó de su auto y caminó hacia la casa. Con las manos dentro los bolsillos intentó mirar hacia adentro, mas le resultó imposible ver más allá de la fachada.

—Marie Odette a sus padres mató, con un hacha las cabezas cortó, en las manos se las dejó, a observarlos ella se sentó... — unos cantos provinieron de un grupo de niños que habían pasado caminando justamente frente a la casa y a un lado de Colin.

El más grande de ellos sujetaba un balón de basquetbol, y la más pequeña brincaba mientras continuaba el final de la canción.

—Marie Odette a sus padres mató, con un hacha las cabezas cortó, en las manos se las dejó, a observarlos ella se sentó... — repitieron nuevamente al unísono.

Los ojos de Colin se desviaron a mirarlos, juntó el entrecejo, y continuó escuchando atento.

—Marie Odette a sus padres mató... —empezó el chico del balón, mas fue interrumpido por un hombre que había salido de la casa de alado.

—¡Joder! ¡Cállense! ¡Dejen de asustar a las personas! —gritó un anciano mientras los amenazaba con el puño.

Al verlo, los chiquillos corrieron entre risas en dirección opuesta, Colin sólo los miró alejarse.

—Esos chicos son unos verdaderos capullos, lo lamento — dijo el anciano mientras se aproximaba a Colin.

—No hay problema —comentó.

—¿En verdad no le han molestado? —averiguó preocupado.

—No, en absoluto. Aunque me ha llamado la atención la canción. ¿Qué cantaban exactamente? —preguntó con curiosidad.

—Se han inventado esa estúpida canción a raíz del homicidio de los Toussaint.

La canción habla sobre la chica, la joven Odette.

—Ya veo... —pausó—. ¿Usted sabe algo de ellos?

—¡Oh, no! —expresó en negativa—. No joven, yo sinceramente desconozco lo que sucedió esa noche. Las casas aquí son tan grandes que difícilmente alguien logra escuchar algo, uno puede ser asesinado en su propia casa y nadie lo notaría.

—Pero ¿sabía algo de Odette?

—No tanto, la habré visto unas cinco veces quizás. Era una familia muy ocupada, todo el tiempo estaban fuera de aquí. Viajando, en cenas de caridad y demás. La joven solía quedarse con su niñera.

—¿Niñera? —inquirió enseguida, sus ojos se fijaron más. Quería saberlo todo.

—Sí, tenía una niñera.

—¿Recuerda el nombre? —Frunció el ceño.

—Eh... —balbuceó, después continuó:—. Era Agnes Harmony. Agnes Harmony, una mujer como de sesenta años.

—¿Sabe dónde está ahora? —interrogó al momento que anotaba el nombre de la mujer en un pequeño cuaderno.

—No, joven, no tengo idea de a dónde se haya ido. La mujer dejó la casa cuando sucedió todo esto. Creo que se mudó al norte de la ciudad, pero de igual forma no estoy muy seguro de eso.

—Muchas gracias, creo que me servirá lo que usted ha dicho.

—Disculpe que meta las narices donde no que llaman, pero... ¿Qué es usted de la familia Toussaint? —indagó.

—Soy escritor, me he interesado por el caso.

—¿Ha hablado con la niña Odette?

El anciano por un momento pareció querer averiguar más, pues al igual que toda la comunidad tenía la misma curiosidad.

—En realidad prefiero no responder a eso. Estoy tratando el caso con mucha delicadeza. Disculpe —informó con cortesía. —No se preocupe, yo entiendo —asintió.

—Bien, debo marcharme. Creo que hoy no podré entrar a la casa.

—Supongo que podrían otorgarle algún permiso especial.

—Esperemos que sí. Gracias, señor. —Extendió la mano mientras el anciano con ciertos temblores se la sujetaba.

—Hasta luego.

Colin se dio la vuelta y alejó del lugar. Después se dirigió a su vehículo, abrió

la puerta, y próximamente entró. Sin demora alguna cogió su móvil y marcó el número de Kevin Washington.

—¿Cómo vas con el caso? —curioseó Kevin apenas había abierto la llamada.

—Algo difícil, sobre todo porque Odette no parece ser del tipo de persona expresiva.

—Entiendo... —meditó.

—Pero no te hablo por esa razón. En realidad quería pedirte otro favor —expuso.

—Dime.

—Quisiera que me ayudaras a localizar a una mujer. Era la niñera de la familia.

—¿Niñera?

—Sí, he leído todo sobre el caso, y no he encontrado mucho sobre ella. Investigar más requiere de conexiones con la policía, mientras tanto dudo me quieran otorgar información.

—Bien, veré que puedo investigar. ¿Cuál es el nombre?

—Agnes Harmony —dijo Colin.

—De acuerdo, averiguaré lo pueda.

—Gracias, Kevin, gracias por todo.

—No hay problema —contestó con calidez.

La llamada finalizó, Colin reposó unos segundos sobre el volante, y después dio marcha al vehículo.

4

Hospital Psiquiátrico St. James Illinois, Villa de Buffalo

Una tenue música podía sentirse proviniendo de la habitación de Odette. Colin Sandman la había relacionado con una ópera que de niño había escuchado; recordaba con perfección cada detalle de aquel día.

Era verano, y su padre estaba ansioso por ir a la ópera, a Colin no le entusiasmaba la idea, pero al menos parecía un buen regalo de cumpleaños para papá, y bien valía la pena el aburrimiento que sentiría. La relación con sus padres había sido armoniosa, o al menos eso podía recordar de aquel entonces.

Colin se aproximó a la habitación de Odette, golpeó un par de veces, mas nadie atendió. Entonces se atrevió a abrir. Empujó la puerta, y lo primero que

pudo ver, fue a Odette recostada sobre la cama; su antebrazo se apoyaba sobre su frente, mientras los dedos de su mano se movían junto al sonido de la música. La joven mantenía los ojos entrecerrados, meneando lentamente sus descalzos pies lado a lado.

Colin la observó en silencio durante unos segundos, no podía negarse a la idea de que ella era hermosa; pero tenía ese algo que siempre terminaba por inquietarle.

El hombre humedeció sus labios antes de proceder a hablar, pasó saliva y endureció la mandíbula.

—Hola, ¿interrumpo? —preguntó.

Odette despegó lentamente los ojos, y luego se incorporó en la cama.

—No.

—¿Te gusta la opera? —curioseó.

—Sí, ésta es mi favorita —señaló, y apagó el reproductor que se encontraba junto a su cama—. ¿La conoces?

—Sí —asintió con una sonrisa—. Es *Vesti la giubba*.

—De la opera *Pagliaccio* de *Ruggero Leoncavallo* —completó.

—La conozco, es muy buena. Cuando niño mis padres me llevaron a verla —contó.

—Mis padres todo el tiempo me llevaban a la ópera, pero solía quedarme dormida —comentó sin importancia.

—Sí, solía pasarme lo mismo —bromeó un poco.

—Sólo esa canción me gustaba... —continuó mientras se levantaba de la cama.

Colin ya había avanzado hacia la mesa, no faltó mucho para que se situara en una de las dos sillas.

—Es trágica —externó Colin.

—Me trae muchos recuerdos... —meditó la chica dejando un silencio marcado.

—¿De tus padres? —indagó ladeando la cabeza.

—¿Qué traes allí? —inquirió esquivando la anterior pregunta.

Colin colocó sobre la mesa una caja que había llevado consigo; en la tapa podía leerse con letras rojas y burbujeantes: «*Guess who?*».

—Es un juego de mesa —señaló.

—¿Qué juego es?

—*Guess Who?* ¿Lo has jugado?

—Sí, alguna vez.

—¿Te gustaría jugarlo? —averiguó.

—¿Acaso quieres investigar más sobre mí? —interrogó mientras se sentaba frente a Colin.

La ceja de Odette se había arqueado, y sus ojos se mantenían fijos en los de Colin Sandman.

—Me gustaría saber más sobre ti, pero podemos conseguirlo jugando —explicó con una sonrisa.

—Me parece justo el trato. También quiero saber más de ti. —Sonrió, aunque no de una manera inocente, era más que eso (era difícil definirlo).

—Bien, entonces empecemos el juego —indicó.

Colin extrajo los dos tableros que venían dentro la caja; uno azul y otro de color rojo. Los colocó frente a Odette, y con cortesía preguntó:

—¿Cuál te gustaría utilizar?

La chica sin responder, llevó su mano hacia el tablero rojo y lo cogió. Para Colin esa elección significaba mucho, mas sólo la analizó y la mantuvo en su memoria para después anotarla.

—Tienes que elegir un personaje, el que tú gustes escoger.

—Lo sé, Colin. He dicho que he jugado antes esto. —Entornó los ojos con cierto fastidio.

Colin miró entre todas las figuras, y se detuvo un poco a elegir su personaje (Elizabeth: una mujer que venía con una prenda roja que daba la idea de ser un vestido, con un collar de perlas, ojos castaños y cabello rubio en ondas).

Odette había elegido mucho más rápido que Colin, a diferencia de él, ella no se había detenido a pensar tanto (Joe: un hombre de cabello oscuro, ojos verdes y con un elegante traje).

—¿Lista? —averiguó Colin.

Odette le miró de reojo, y nuevamente echó un vistazo a su tabla roja.

—Sí —asintió la chica.

—¿Tu persona es hombre? —empezó Sandman.

—Sí —acortó.

Colin bajó todas sus imágenes que mostraban mujeres. Odette sólo le miró hacerlo.

—¿Lleva anteojos? —cuestionó Odette.

—No. —Movió la cabeza.

Odette guardó sus imágenes que mostraban personajes con anteojos, e incluso

uno que llevaba unos lentes oscuros; pues inmediatamente lo había descartado.

—¿Tu persona tiene bigote? —siguió Colin.

—No —negó.

Colin procedió a guardar las figuras que mostraran hombres con bigote.

—¿Tu persona tiene cabello rubio? —preguntó Odette.

—Sí.

—Bien. —Sonrió la chica ocultando todas las figuras que no correspondieran al cabello rubio.

—¿Tiene sombrero? —dijo Colin.

—No —tajó, y de inmediato preguntó:—. ¿Tiene ojos azules?

—No —dijo, luego siguió—. ¿Tiene cabello oscuro?

—Sí —respondió Odette con cierta seriedad, a lo que Colin bajó sus figuras.

—¿Tiene accesorios? —averiguó ella.

—Sí —asintió el hombre.

Odette observó atenta cada uno de los personajes que le quedaban en el tablero, entonces esperó la siguiente pregunta de Colin.

—¿Tiene ojos verdes?

—Sí —.Pasó saliva.

Colin humedeció sus labios y sonrió con la victoria casi en las manos, estaba a una pregunta de saberlo.

—¿Tiene una prenda roja? —indagó maliciosa.

—Sí.

—¿Tu persona es Joe? —confirmó.

—¿Y el tuyo es una puta? —soltó con una cínica sonrisa y la ceja enarcada.

Colin acostó todas las figuras, y apartando el tablero, la vio fijamente; la chica le sostuvo la mirada mientras se cruzaba de brazos.

—¿Por qué has dicho eso? —interrogó con seriedad.

—Sólo se me ocurrió —dijo sin más—. Y sí, mi personaje era Joe. Ganaste.

—No era mi intención ganar —negó.

—No te disculpes, no esperaba que me dejaras ganar. Me habría disgustado si lo hubieras hecho.

—¿No te molesta perder?

—No, al menos creo que eres más sincero que otras personas.

—Eso intento, quiero ser tu amigo, y me gustaría que confíes en mí.

—Lo estás logrando, Colin. Puedes estar tranquilo.

—Quiero escuchar más de ti.

—¿Cómo qué? —Se levantó de la silla y avanzó hacia su cama, para después

sentarse en ella.

—Háblame de tus padres —pidió mientras guardaba los tableros.

—Eran una pareja con mucho dinero, caritativos. Ellos me criaron en enseñanza católica. Viajaban mucho... eran prácticamente la pareja perfecta.

Un vacío se apoderó de todo el entorno, como si abrazara a ambos amarrándolos a una especie de neblina extraña, que parecía no tener una razón para estar presente.

—Mi padre era un hombre muy atractivo... y mi madre una mujer hermosa —siguió la chica.

—¿Te pareces a ella? —continuó Colin con tranquilidad.

La mirada de Odette cambió, se cargó de una oscuridad imposible de descifrar, y entonces miró con cierto rechazo a Colin.

—No. Yo me parezco a él.

—¿He dicho algo que te disgustó?

—¿Y tú? ¿Amabas a tus padres?

—Claro, ¿acaso tú no amabas a los tuyos?

—No lo sé. —Tragó saliva.

—¿Recuerdas que sucedió con ellos?

—Sólo sé que están muertos, pero no recuerdo nada. Es como una oscuridad en mi mente, como si no existiese ese día.

—¿Sabes porque estás aquí?

—Sí, dicen que yo los maté.

—¿Y tú qué piensas?

—No recuerdo nada —negó mirando hacia abajo.

—¿Quieres que te ayude a recordar?

—¿De qué me serviría? —Movié los hombros.

—Tal vez podrías estar más tranquila y saber que sucedió realmente.

—¿Y cómo me ayudarías?

—Si tú quieres, podría hipnotizarte —señaló.

—¿Hipnotizarme? —bufó—. ¿Cómo un mago?

—Más bien es una terapia. Podríamos hacer una retrospectiva.

—¿Y si lo que recuerdo no me gusta?

—Haré que no te afecte.

—Bien —accedió—. Estoy cansada, dormiré un poco —finalizó con un bostezo.

—Entiendo, te veré mañana —concluyó.

Odette se recostó sobre la cama, y nuevamente encendió su reproductor, donde

Vesti la giubba enseguida se escuchó.

—Descansa —dijo Colin, y salió de la habitación. 5

Agosto del año 2007

Springfield, Illinois. University of Illinois

Odette Toussaint pasaba las hojas de aquel libro que siempre solía llevar consigo, mientras se encontraba sentada en un escalón de la entrada principal a la universidad. Lo había leído unas cien veces ya, pero no le importaba mucho; parecía querer aprenderlo de memoria, o quizás era porque cada vez que lo abría nuevamente y se metía en sus cambiaba para ella.

—¿Qué tal? —se escuchó un característico acento británico.
hojas, el significado voz masculina con

Odette volteó un poco, levantó la mirada, y recorrió al joven de pies a cabeza. A aquel chico, lo recordaba porque lo había visto un par de veces en las reuniones de caridad. Su familia había venido de Inglaterra (o al menos eso era lo que ella sabía). Era un joven de cabello cobrizo, ojos pequeños y castaños; su piel siempre lucía blanca, aunque con ciertas pecas que recorrían su rostro. Y sus mejillas, se acentuaban en un tono rojo que parecía natural en él. Algunas chicas solían encontrarle parecido con el *Príncipe Harry*, a Odette esa idea le resultaba simplemente estúpida.

—Hola, creo que no me has escuchado —continuó el chico tratando de parecer agradable.

—He escuchado perfectamente bien —respondió tajante.

—Bien, soy Lewis. Aunque creo que eso ya lo sabes — pareció sonar arrogante mientras se sentaba junto a ella.

Odette continuó mirándolo con cierto fastidio.

—¿Por qué piensas que lo sé? —cuestionó.

—Eh... no lo sé —balbuceó un poco llevándose una mano al cabello—. Sólo pensé que tal vez lo sabrías, la mayoría aquí me conoce. Además yo te he visto muchas veces.

Odette permaneció en silencio como si poco le importara toda palabra emitida del joven. Él continuaba mirándola, era como si esa fuese su arma de seducción.

—¿Qué lees? —preguntó fingiendo interés.

—Un libro —señaló con obviedad, mientras colocaba el separador entre las

páginas.

Era un ejemplar de primera edición, y claramente podía leerse: «La histeria, Sigmund Freud».

—Sí, ya veo. —Rio—. ¿Pero qué libro es?

La chica continuó sin hablar, y sólo le mostró la portada.

—¡Ah! Ya veo —asintió el chico.

—¿Lo has leído?

—Realmente no.

—Lo imaginé.

—¡Oye! Me he leído otros libros —habló enseguida.

—Claro, por supuesto —opinó con cierto tono de burla.

—¿Siempre eres así de agradable? —preguntó con sarcasmo.

—Depende, con los gilipollas sí.

—Ni siquiera me conoces y ya me estás ofendiendo. — Enarcó la ceja.

—Da igual, no tengo el más mínimo interés en conocerte. Es más, sinceramente lo considero una pérdida de tiempo.

—Bien, supongo que no tengo esperanza siquiera de ser tu amigo.

Odette sonrió, movió la cabeza como si no pudiese creer lo que escuchaba, y entonces habló una vez más.

—¡Vaya! No eres tan tonto como pensé, lo has entendido a la primera.

Odette se aproximó un poco hacia el chico. El penetrante color verde de sus ojos, le resultaba a Lewis una mezcla de encanto y desafío. Y su voz, era algo que acariciaba antes de soltar un latigazo.

—Bien. Odette, ese es tu nombre, ¿no? Lo he escuchado un par de veces, eres hija de André Toussaint, y a mi parecer también eres de las jóvenes más hermosas de esta universidad.

—Sigue intentando, Lewis, de igual forma no te va a funcionar conmigo. No necesito que una criatura como tú, se detenga a decirme algo que claramente ya sé.

Lewis relamió sus labios ocultando una sonrisa, se levantó del escalón, y dio un paso hacia arriba.

—¿Segura que no va a funcionar? —dijo mirándola por última vez.

—¿Ya puedo leer mi libro en paz? —preguntó cortando de tajo todo.

—Claro que sí —asintió guiñándole el ojo.

Lewis se alejó de la chica, Odette abrió su libro y continuó leyendo.

El chico se acercó a sus amigos que le esperaban justamente a la entrada de la universidad. Uno de ellos que llevaba encima un gorro de tela de un tono

grisáceo, habló enseguida.

—La rara no quiso salir contigo, ¿verdad?

—No importa, muchas se han resistido y terminan en mi cama.

—No creo que esta vez sea así, esa chica es muy extraña. No habla con nadie, y siempre es demasiado hostil. Seguramente se mete hierba o qué sé yo — comentó un chico de baja estatura.

Lewis se viró una vez más, y observó desde lejos a Odette.

—Tengo muchos planes con ella.

—¿Cómo cuáles? —indagó el chico del gorro.

—Eso no importa ahora. —Sonrió sin dejar de verla. 6

Springfield, Illinois

Colin Sandman bajó de aquel *Ford F150* que siempre llevaba consigo, de su bolsillo extrajo un pequeño papel doblado y después lo desplegó. Entonces leyó la misma dirección, que horas antes Kevin Washington le había proporcionado.

Frente a sus ojos estaba una casa un tanto avejentada, pertenecía a Agnes Harmony, y de eso no había duda.

Los pies de Colin se dirigieron a la entrada de aquella residencia, se lo pensó unos minutos, mas se decidió a tocar la puerta. Colin mordió sus labios y continuó esperando, así que volvió nuevamente a tocar.

En sólo cuestión de minutos, una anciana abrió la puerta. Colin la observó antes de poder decir algo; tenía una apariencia cansada, su cuerpo se veía esquelético, y sus manos estaban tan delgadas, que fácilmente se podían contar los huesos que conformaban su muñeca. Su cabello era blanco, y su rostro estaba repleto de arrugas.

—¿Dígame? —preguntó la vieja con voz ronca.

—Buenas tardes, señora. ¿Agnes Harmony?

—¿Quién es usted? —interrogó con desconfianza (aún no se atrevía a salir de la casa).

—Soy Colin Sandman. —Extendió la mano, pero la mujer le ignoró.

—Dígame qué quiere.

—Me gustaría hablar un poco sobre Odette Toussaint Castellini. Soy su psicólogo —explicó.

—¿Qué sucede con Odette? ¿Ha pasado algo?

—No, en realidad no ocurre nada. Sólo quiero ayudarla, y creo que usted puede saber de ella.

—Se equivoca, yo no sé nada. Hace mucho dejé de trabajar con la familia Toussaint —soltó nerviosa.

—Por favor, señora Harmony, le pido su ayuda.

La anciana le miró a él, y después observó a su alrededor con cierta paranoia.

—Bien, adelante.

Colin ingresó a la casa, e inmediatamente la anciana cerró la puerta. El joven psicólogo curioseó un poco el entorno, y después la anciana le ofreció sentarse; a lo que Colin se dejó caer sobre un sillón.

—¿Desea beber algo? ¿Agua, café...? —preguntó la mujer.

—No gracias. En realidad no planeo robarle mucho tiempo, yo sólo quiero saber unas cosas.

—Dígame. —Se sentó frente a él.

—¿Podría hablarme de Odette? ¿Cómo era ella cuando niña? ¿Qué le gustaba hacer? ¿Tenía amigos? —interrogó, ahora más que nunca estaba atento a todo.

—Ella... —pausó, pasó saliva, siguió—. Ella siempre fue una niña muy buena, muy dulce... y demasiado sensible. Los señores Toussaint me pagaban bien, no puedo quejarme.

—¿Usted notó algo extraño en ella los últimos días?

La mujer se mantuvo en silencio por unos segundos, sus labios temblaban, y sus manos sudaban frío. Colin podía sentir su miedo, podía incluso respirarlo.

—Dígame, señora Harmony, ¿usted notó algo extraño en Odette? —insistió.

—Yo... —tartajó—. Yo la adoraba, ella era mi luz... verá señor Sandman, yo nunca tuve hijos, no podía. A los veinte años me dijeron que era estéril, mi esposo se marchó cuando lo supo, él deseaba formar una familia; pero yo... yo estaba marchita, y jamás iba a poder darle un hijo. —Sorbió sus mocos, mientras sus ojos se tornaron llorosos—. Por mucho tiempo lo sufrí, hasta que supe que la familia Toussaint necesitaba de una niñera, yo sabía lo importante que eran ellos; la gran familia Toussaint. Muchas personas deseaban trabajar para ellos. Pero cuando yo obtuve el puesto, todo mejoró. Odette le dio alegría a mi vida, era una niña preciosa, con esos ojos llenos de luz... tan fuerte, tan especial. Pero algo pasó... —se detuvo, su mirada parecía un cristal que en cualquier momento se rompería.

Colin oprimió los labios, e intentó no decir nada y esperar.

—A veces creo que le afectó mucho la muerte de su pequeña hermana.

—¿Hermana? ¿Tenía una hermana? —interrumpió con cierta sorpresa.

Sandman no recordaba haber leído nada sobre eso en los periódicos ni en ningún otro lugar. Para la sociedad era como si Odette hubiese sido la única hija del matrimonio Toussaint. No existían rastros de alguien más, simplemente no lo había.

—Odette tenía una hermana —afirmó nerviosa.

—Disculpe, yo no recuerdo haber leído algo sobre ello — negó Colin.

—La niña murió a los cuatro meses de nacida, prácticamente sólo la familia supo de ella, jamás se presentó a la sociedad.

—¿De qué falleció? —inquirió con interés.

—No lo sé, señor... la familia Toussaint se guardaba muchas cosas, entre ellas fue la muerte de aquella pequeña.

Colin plegó la frente, y luego preguntó:

—¿Qué edad tenía Odette cuando ocurrió?

—Recién había cumplido los once años. —Una pequeña sonrisa la llevó al pasado, como si en su memoria aún permaneciera el rostro de Odette Toussaint.

—¿Cómo fue ella después de eso?

—Distinta, pero había más... habían cosas peores, cosas terribles. —El terror se reflejó en sus ojos como una oscuridad que pareció encerrarla cada vez más.

—¿Qué cosas?

—Debe irse ya —cortó mientras se levantaba del sofá.

—En verdad quiero ayudarle —dijo.

—No, usted no puede. Váyase ya, sólo olvide lo que ha pasado, es lo mejor.

Colin se levantó y caminó hacia la salida resignado. La anciana temblorosa había comenzado a balbucear en voz baja:

—Debí protegerla.

—¿De qué habla? —Volteó Colin.

—Nada, váyase ya.

—¿Proteger a quién? ¿De qué iba a protegerla?

—Usted no lo entiende y jamás podrá entenderlo. Es algo que me quema, que está en lo profundo de mis recuerdos. Pero no se va... jamás se irá.

Los ojos del hombre se movieron incomprensivos ante lo que escuchaba, arqueó la ceja, pero no tuvo otra opción más que la de marcharse del lugar.

La anciana cerró la puerta, y al percatarse de que Colin Sandman se había marchado, subió a su habitación. Colocó el seguro, cogió una silla y la dejó justamente bajo su viejo ventilador de techo.

Cogió una soga de un cajón, la llevó consigo, subió a la silla, deslizó la soga por el ventilador; y después apretó fuertemente con sus huesudas manos para conseguir un nudo resistente.

La mirada de la anciana parecía extraviada. Su cuerpo estaba presente, pero su mente se encontraba reviviendo una y otra vez los recuerdos. Sus acciones ya no las pensaba; lo único que quería era acabar con ese dolor, con esas perturbadoras frases que Odette una vez le había dicho, con ese miedo que todas las noches sentía al irse a dormir; con esa culpa que no la dejaba vivir; y en especial, con esos gritos que siempre se repetían golpeando su cráneo hasta hacerlo reventar.

La mujer cerró los ojos mientras una lágrima le escurrió por la mejilla, se llevó la soga alrededor del cuello, suspiró, y emitió una última frase:

—Perdóname, mi niña. Lo lamento tanto.

Luego la silla cayó a un lado, y los pies de la anciana descendieron al vacío. Su cuello crujió, la sangre se agolpó en su cerebro, el oxígeno dejó de fluir por sus pulmones; los dientes le presionaron con fuerza la lengua, y su cuerpo comenzó a convulsionar de manera grotesca.

Así permaneció por un instante hasta que dejó de moverse. Alrededor sólo pudo verse la muerte dibujada en la pared desgastada, como la sombra de una mujer colgada meciéndose lentamente.

7

Junio del año 2001

Springfield, Illinois. Casa de la familia Carson

—Chicos, vamos a divertirnos un poco —dijo Elisa mientras agitaba una botella con la mano derecha.

—¿Segura? Nuestros padres están afuera —comentó uno de los chicos que se encontraba sentado sobre la cama.

—No seas miedoso, Leon —externó otro de los muchachos.

Siete jovencitos de trece años en su mayoría, se encontraban dentro la habitación de Elisa Carson, hija de Robert y amiga de la infancia de Odette.

La reunión de caridad había sido en la residencia Carson, por lo cual muchos de los miembros de la iglesia, habían acudido con sus familias. Pero los chicos siempre solían aburrirse en cenas de ese tipo. Elisa se había encargado de distraerlos, pues en general eran amigos suyos.

—Odette, ¿tú qué dices? ¿Quieres jugar? —preguntó Elisa al momento que

dejaba la botella sobre la alfombra de su alcoba.

—¿Cómo se juega? —cuestionó Odette aproximándose al lugar.

—Fácil. Todos acérquense —indicó la chica.

Los jóvenes se sentaron alrededor de la botella, reían traviesamente, pues ya sabían a qué iba aquel famoso juego.

—Pondré un poco de música para que el ambiente mejore —soltó con picardía una chica de cabello rojizo que había caminado en dirección al reproductor.

—Lo que sea, pero por favor no a los *Backstreet Boys* — bromeó un chico de cabello rubio, quien parecía ser el más joven de todos.

—¡No seas idiota, Austin! Yo los amo —expresó la pelirroja. —Lucinda, no digas malas palabras —reprendió Elisa. Odette solamente entornó los ojos hacia todos los presentes.

—Listo, ya está la música —indicó Lucinda mientras se reproducía *Waiting For Tonight* de *Jennifer Lopez*.

El volumen de la canción se mantenía bajo, pues lo que menos querían todos, era llamar la atención de sus padres que se encontraban en la planta baja de la casa.

—Odette, el juego es muy sencillo. La botella gira, cuando se detenga, las dos personas que queden señaladas tendrán que darse un beso —explicó Elisa con una sonrisa.

—¿Con lengua? —preguntó entre risas Austin.

—¡Jug! ¡Qué asco! —Frunció la nariz Lucinda.

—Bien, ya he entendido —asintió Odette mientras se sentaba frente a Elisa.

—Entonces vamos a comenzar.

—Yo no estoy seguro de querer jugar, me da miedo — comentó Leon.

—Pues no juegues, ve a chillarle a tu mamita —bufó Austin.

—Déjalo en paz —intervino Elisa—. No pasará nada, Leon, descuida.

—Bien —aceptó el chico.

—Me toca primero —anunció Elisa.

La mano de la chica tocó la botella de cristal, y después de mirar a todos sus amigos, giró el objeto. Por unos segundos éste dio vueltas, mientras los presentes observaban nerviosos, esperando a que se detuviera la botella.

—¡Ja! —Rio en alto Austin—. Le ha tocado a Odette y a Elisa, me encantará ver ese beso.

—No seas tonto, Austin, así no cuenta —indicó Lucinda.

—Me toca besarte, son las reglas —opinó Odette.

—Bueno, me parece que sigamos las reglas —comentó con gracia Elisa, mientras inocentemente ofrecía su mejilla.

Odette sonrió, se colocó de rodillas y avanzó un poco hacia Elisa. La chica había colocado su rostro de lado para esperar el beso de su amiga, sin embargo; cuando Odette llegó hasta Elisa, la sujetó del cabello y la miró fijamente.

—¿Quieres jugar, perra? —susurró Odette, única y exclusivamente para la chica.

Los ojos de Elisa saltaron del susto, pero sin darle tiempo de siquiera hablar, Odette la besó con brusquedad en los labios.

La boca de Odette devoró la de Elisa, sus dientes se aferraron a los labios de ésta. Mientras Elisa luchaba por separarse, la mano de Odette se enredó más en el cabello de su amiga, lo que le hizo gemir de dolor; su intento por gritar fue capturado en sólo cuestión de segundos por la boca de Odette.

—¡Eso es! ¡Qué beso más sexy! —gritó Austin emocionado.

—¡Cállate, idiota! —exclamó Lucinda.

Elisa apartó de un empujón a Odette, a lo que ella de inmediato sonrió con malicia mientras se relamía los labios.

Elisa se llevó la mano a la boca para notar ciertos rastros de sangre que las mordidas de Odette le habían dejado, una mirada de horror se impregnó en el rostro de la jovencita, pues no podía creérselo aún.

—¿Qué? ¿Te has excitado? —preguntó Odette con perversidad.

Los chicos la miraron con extrañeza y temor, mas Elisa no dijo nada, solamente se contuvo de llorar.

—Eres una maldita loca —escupió Lucinda.

—Mejor me voy... —continuó Leon levantándose de la alfombra.

Odette mantuvo esa sonrisa que parecía ser dirigida a Elisa. Encarceló el terror de la chica, y saboreó cada una de sus lágrimas, aquellas lágrimas que recorrían el rostro de la jovencita.

8

Springfield, Illinois

En una de las mesas de la cafetería Sandy's, se encontraba Colin Sandman revisando unos papeles. Junto a él estaba su portátil abierta; y en entre la información que se hallaba en el buscador, aparecían únicamente fotografías de los Toussaint.

El hombre apretó los ojos un minuto, con su mano masajeó un poco su mentón, y después cogió una de las carpetas que se encontraba a su derecha. La abrió, y ante sus ojos leyó aquella lista que nombra a cada uno de los testigos que la policía había entrevistado ante el homicidio de André y su esposa Florencia.

Entre los algunos otros nombres pudo notar el

eran familiares, y otros de Agnes Harmony; pocos, amigos muy

cercanos. Colin continuó leyendo, y entonces llegó a un nombre que enseguida atrajo su atención: «Lewis Carlton Beckham». —Lewis Carlton Beckham... —repitió en voz baja.

Sin demora alguna, llevó sus manos al portátil y tecleó aquel nombre en el buscador (puesto que le parecía haberlo escuchado de alguna parte). Lo primero que pudo observar, eran fotografías y algunos artículos escritos (dirigidos especialmente a los negocios del señor Beckham, quien Colin dedujo, sería el padre del muchacho. Y a quien él había conocido tiempo atrás, en una entrevista realizada por uno de sus compañeros de psicología empresarial).

La familia Beckham, era una Inglaterra. Habían emigrado a de las más poderosas de Illinois por cuestiones empresariales. Eran conocidos ante los demás, por poseer un título nobiliario. Y por lo que podía apreciarse, Lewis era el tipo de persona que parecía tenerlo todo con tan sólo pedirlo.

Colin dejó de lado el portátil, y una vez más regresó a los papeles; entonces comenzó a leer la declaración de Lewis Beckham. En ésta claramente se dejaba entrever, que había sido compañero de Odette en la universidad; y que la conocía, porque ambos pertenecían a la misma comunidad religiosa. Ambos, con familias que siempre participan en eventos caritativos.

Todo parecía perfecto a simple vista, era por esa razón, que Colin no terminaba de comprender, como en un sitio rodeado de fe y generosidad; podía existir un crimen de esa magnitud.

—Aquí tiene su café —señaló aquella mesera que se había acercado con una taza.

Colin cogió el café y lo colocó a un lado, por unos segundos apreció la pequeña taza; y sus recuerdos aterrizaron como si se conectarán con los objetos a su alrededor. Últimamente, desde la visita a Odette, su infancia

parecía estar regresando a él.

Una mañana de verano, su padre bebía un poco de café mientras leía el periódico en la sección de deportes. Colin nunca había entendido porque compraba el periódico si únicamente leía ese apartado, lo único que sabía; era que al menos su padre siempre terminaba por darle los comics de *Garfield* que venían justo debajo.

Los dedos de Colin recorrieron la taza suavemente, como si con eso acariciara una vez más a su padre. Pero él no estaba allí, y jamás volvería a estarlo.

El móvil comenzó a vibrar desde el interior de su chaqueta, Colin metió la mano y extrajo el teléfono.

—¿Qué sucede, Kevin? —preguntó el hombre.

—Colin, ¿qué sucedió ayer con Agnes Harmony? —interrogó nervioso.

—Sólo hablamos durante veinte minutos... —se detuvo, podía sentir cierto temor por parte de su colega—. ¿Por qué?

—Ella se suicidó, todavía no sé la información completa, pero al parecer se ahorcó.

—¿Qué...? —soltó dejando un silencio oscuro y frío.

—Lo lamento, Colin... en verdad creo que la mujer ya estaba muy dañada —comentó.

—Juro que no le dije nada... no sé qué pasó.

—No es tu culpa.

Los labios de Colin Sandman quedaron entreabiertos, Kevin continuaba en línea, pero su compañero había dejado de responder.

—¿Estás bien? —preguntó Kevin pero no obtuvo respuesta.

Colin desvió la mirada y la centró en uno de los papeles que parecía pertenecer al informe psiquiátrico de Odette; entonces fue capaz de leer por primera vez aquel nombre que quedaría marcado en su memoria por mucho tiempo: «Markus». 9

23 de mayo del año 2008 Corte del estado de Illinois

—¿Cuál era su relación con Odette Toussaint? —cuestionó George Sanders.

Lewis Beckham se encontraba sentado en el estrado. Llevaba aquel traje de corte italiano, que su padre le había comprado en uno de sus tantos viajes a Roma. El chico, endureció la mandíbula ante la pregunta, y juiciosamente

observó a Odette.

—Sólo éramos amigos —afirmó.

—Bien... —pausó, y caminando de un lado a otro continuó—. ¿Alguna vez, Odette le dijo lo que planeaba hacer? O ¿Usted notó algo en particular, que le hiciera deducir lo que sucedería?

—No, señor.

—Sé por testigos, que en más de una ocasión, usted y la señorita Toussaint se vieron fuera de la universidad. En una de esas oportunidades, acudieron a una fiesta de cierta hermandad conocida por ser «Los Nightwalkers», ¿usted pertenece a esa hermandad?

—Sí, señor —asintió con seriedad.

La mirada de Lewis no podía evitar desviarse hacia donde Odette se encontraba sentada.

—Entonces, señor Beckham, ¿no es verdad... que en dicha hermandad, se utilizan sustancias ilícitas?

—No lo sé, señor. Desconozco de ello. —Respiró profundamente.

—¿Conoce las anfetaminas, señor Beckham?

—Sí, señor. Las he visto.

—¿Y las ha consumido alguna vez?

Lewis observó a su padre, quien se encontraba sentado hasta el final de la corte. El hombre miraba a su hijo con el ceño fruncido, mientras a éste comenzaban a sudarle las manos.

—Le repetiré la pregunta una vez más, ¿ha consumido usted alguna de esas sustancias? Recuerde que está bajo juramento, señor Beckham.

—No, señor. Jamás en la vida las he probado —afirmó con una seguridad que a muchos les pareció una verdadera mentira.

—¿Y qué hay de la señorita Odette Toussaint? ¿Por qué acudió con usted a esa fiesta? ¿Pertenece ella a la hermandad?

—No, señor. Yo la invité.

—Y durante esa fiesta, ¿hay la posibilidad de que Odette tuviese contacto con alguna sustancia, mejor conocida como anfetaminas?

—No lo sé, señor.

—Testigos afirman, que durante la fiesta la señorita huyó después de golpearlo. Esto sucedió, en un acto que muchos consideraron extraño, pues de repente ella simplemente adoptó esa actitud. ¿Sabe usted qué sucedió?

—No, señor. Ella simplemente enloqueció.

—¿Y cabe la posibilidad de que usted, en un afán de mantener relaciones sexuales con ella, haya sido capaz de inducirle alguna sustancia?

—No pienso responder a esa estupidez —externó con enfado el chico.

—¡Objeción! —exclamó el fiscal Edward Cassidy—. La defensa está conduciendo al testigo.

Los presentes pronto comenzaron a mostrar su rechazo ante la situación que Lewis estaba protagonizando; entre ellos se presenció la opinión de su padre. A lo que sin dar más, se escuchó la voz del juez.

—Ha lugar. Abogado, por favor, que sus preguntas sean concretas.

—Disculpe, su señoría. Bien... —siguió Sanders—. No más preguntas —finalizó sin más.

George Sanders regresó a ocupar su lugar en la corte. Por otro lado, Lewis barrió con la mirada a Odette, quien aunque parecía ignorarlo; muy en el fondo, estaba escuchándolo y a su vez recordando.

10

Hospital Psiquiátrico St. James Illinois, Villa de Buffalo

—Odette... —la apacible voz de Colin atravesaba los oídos de la chica, mientras su pecho se elevaba y baja al instante que suavemente respiraba—. En este momento regresaremos en el tiempo, quiero que vayas a un lugar; ve a ese día que tanto te gusta. Visita ese lugar que tan buenos recuerdos te trae... deja que tu mente viaje.

Los labios del hombre se despegaban, y las palabras salían pausadas. Lentamente cada frase se formaba.

Había conseguido con éxito el permiso para practicar una hipnosis a Odette. Ahora la tenía en la misma cama de esa habitación, donde ella había estado durmiendo los últimos meses desde su ingreso al hospital. Parecía tranquila, y Colin se notaba un poco ansioso; no era la primera vez que realizaba una sesión de hipnotismo, sin embargo algo se marcaba en el ambiente cuando Odette estaba presente. Era algo inusual, como si la acompañara un aura de oscuridad y misterio.

—Veo nieve... —susurró la chica.

—Bien, Odette, ¿qué más hay? —preguntó Colin mientras la observaba atentamente.

Un reloj se mecía en su mano, el mismo que había utilizado para hipnotizarla.

Las risas resonaban dentro los recuerdos de Odette, una niña corriendo delante suyo parecía volar entre la nieve como un ángel blanco (pero no era ella; era Elisa).

—Una cabaña... —pausó la joven mientras sus parpados temblaban un poco—. Es la cabaña de mi padre, la que tiene en las montañas.

—¿Cómo es la cabaña? —Sus cejas se unieron.

Odette llevaba un enorme abrigo de color arena que le cubría hasta las rodillas, veía a Elisa corriendo a lo lejos; y ella se había detenido a mirar hacia la cabaña. Era tal y como la recordaba; acogedora, cálida, y con ese olor a caoba que impregnaba siempre sus ropas. A su alrededor estaban presentes los enorme pinos, incluso aquel que ella y Elisa habían marcado con sus iniciales.

El fino cabello de Odette, se agitó bajo aquel gorro de tela que su madre le había comprado en París. La nieve bajo sus pies se veía tan suave, tan real.

—Es grande... muy grande, tiene una piscina... pero está vacía —indicó.

—¿Quiénes están contigo?

—Mi padre. —Pasó saliva—. Mi madre, el señor Carson y su esposa... también está Elisa.

—¿Quién es Elisa?

—Una amiga de la infancia.

—¿Qué hace Elisa?

—Corre alegremente... siempre está feliz. —Sus dientes presionaban sus labios tan fuerte que dolían.

Colin frunció el ceño ante aquella acción, se aproximó un poco más a Odette, y nuevamente preguntó:

—¿Te enoja algo de Elisa?

—No... es sólo que... ella no entiende.

—¿Qué no entiende, Odette?

—Ella no sabe... —se detuvo—. Ella no sabe —repitió.

—¿Qué edad tienes, Odette? —averiguó.

—Diez.

—Bien. Odette, ahora, ¿qué estás haciendo?

Los parpados de Odette se apretaron, sus labios se movieron sin decir nada.

Odette caminó en dirección a Elisa, quien se encontraba de pie haciendo un muñeco de nieve; sus guantes le cubrían las manos, y su bufanda era agitada por el viento.

—Un muñeco de nieve —emitió Odette.

—¿Qué más sucede?

—La señora Carson quiere que entremos, la temperatura descenderá más.

—Bien, Odette. Avancemos un poco más en el tiempo. Ahora tienes veinte años, estás en casa... y es el mes de febrero.

El cuerpo de Odette tembló, sus manos pronto se pusieron rígidas, y sus parpados se apretaron con más fuerza.

—Tranquila, Odette, ten calma. Dime que es lo que ves — pidió.

—Oscuridad... —musitó con temor.

—¿Oscuridad? ¿Qué ves en la oscuridad?

La nieve se desplazó como si simplemente se destruyera. Un silencio abrazó el escenario, y la misma oscuridad ocupó su lugar protagónico.

—Hay alguien... —afirmó.

—¿Logras ver quién es?

—No... —negó temblorosa—. Me da miedo.

—Odette, no temas... puedes controlarlo. ¿Quién es?

—No... —negó moviendo la cabeza sin poder reaccionar—. No puedo.

—Odette, calma.

—¡Cállate, perra! —gritó con una voz que pareció diferente a la suya—. Si no te callas te castigaré —amenazó.

Los ojos de Colin se abrieron desmesuradamente, su ceja izquierda se arqueó, y entonces se distanció con cierta reserva.

—¿Odette? ¿Qué sucede, Odette? —insistió.

—Ella no está aquí —continuó hablando con esa misma voz, algo que parecía gutural, como un sonido salido de la boca de su estómago.

—¿Quién eres? —preguntó con extrañeza y recelo.

—¿Quién eres tú?

—Colin Sandman, ¿y tú?

—Markus. —Sonrió perversamente, como si la inocencia de Odette se ocultará tras de ella misma.

—¿Por qué no dejas de que Odette hable?

—Porque es una perra —escupió con enfado.

—¿Dónde estás Markus? ¿Por qué no habías aparecido antes?

—Estoy en la oscuridad... con tus jodidos padres.

—¿Disculpa? —inquirió.

—Tus padres están conmigo... están aquí... gritando, suplicando.

—Bien, déjame hablar con ellos.

—No se les permite salir.

—Entonces, Markus, ¿quién eres exactamente?

—Soy el que castigó al que ustedes llaman Cristo —dijo con gozo.

—Entiendo, ¿cómo lo castigaste? —preguntó aproximándose nuevamente a Odette.

—Le di cincuenta azotes en la espalda.

—¿Eres un soldado romano? —Entrecerró los ojos.

—Sí, lo soy —asintió lamiéndose los labios.

—Entonces debes saber mucho. ¿Están mis padres allí?

Una risa brotó de la garganta de Odette, su cuerpo se sacudió un poco, y luego externó macabramente:

—lam led sonarbil y noicatnet ne reac sejed son on nednefo son euq sol a somanodrep sortoson omoc isa sasnefo sartseun. —La mirada de Colin se llenó de miedo, pero se negó a creerlo, se levantó de su asiento; y continuó escuchando—. Anodrep aid adac ed nap otrseun yoh sonad oleic le ne omoc arreit al ne isa datnulov us esagah onier us sortoson agnev erbmon ut aes odacifitnas oleic le ne satse euq ortseun erdap.

El cuerpo de Odette se agitó con mayor fuerza, sus piernas parecieron encogerse de temor; y Colin presionó el grabador de voz que había encendido desde un inicio.

—Vamos, Odette, regresa. Odette, cuando cuente hasta tres despertarás.

Unos ruidos extraños comenzaron a salir de la boca de la chica, como si algo estuviese estrujando su garganta.

—Uno... —empezó Sandman—. Dos... ¡Tres!

Los ojos de Odette se abrieron de par en par. Su cuerpo sudaba y sus extremidades estaban entumecidas.

—¿Qué pasó? —preguntó confundida la chica.

—¿Cómo te sientes? —cuestionó mientras colocaba su mano sobre el hombro de ella.

—Un poco mareada... —comentó incorporándose en la cama.

—Todo está bien, no te preocupes.

—¿Tú estás bien? —Tragó saliva.

—Sí, he estado mejor —bromeó el hombre.

—Te ves pálido. Espero no haber dicho algo inapropiado. —Sonrió.

—No realmente —finalizó mordiéndose la mejilla por dentro, guardó su grabador y su reloj.

Tras terminar la sesión de hipnosis, Colin Sandman abandonó la habitación de

Odette; ésta por su parte ya se había quedado dormida.

Colin cerró la puerta para dirigirse por el pasillo, se detuvo a mirar pensativo el reloj que había utilizado con Odette, no podía comprender que era exactamente lo que había ocurrido. Pero Colin era tan escéptico que se negaba a creer en algo sobrenatural.

Guardó nuevamente el reloj, se dio vuelta pensando si volver a la habitación de Odette o no; mas cuando retomó su camino, un brinco de espanto llegó de imprevisto al momento que Foreman le habló de frente.

—Señor Sandman —saludó sonriente.

—Doctor Foreman... —dijo con la boca seca.

—Parece que ha visto un fantasma. ¿Se encuentra bien? —Eh... —balbuceó

—. Claro, estoy bien. He terminado la

sesión con Odette.

—Para serle franco, no entiendo del todo lo de la hipnosis.

Pero me parece muy bien que lo haya hecho, espero eso ayude aún más a Odette.

—Seguro que sí.

—¿Cómo va todo con ella? —curioseó.

—Bien, ha cooperado mucho conmigo.

—Me alegra. Bien, señor Sandman, debó ir a ver a los pacientes, justamente venía para revisar los medicamentos de Odette —indicó.

—Claro, nos vemos, doctor —finalizó siguiendo su camino. Foreman se colocó frente a la habitación de Odette, mas antes de abrir, Colin interrumpió.

—Doctor —habló.

—Dígame.

—¿Conoció usted a Agnes Harmony?

—No... —dudó un poco—. No realmente, Odette la mencionó en ocasiones. Según sé, era la niñera de la familia.

¿Por qué?

—Por nada. ¿Sabe algo de Markus?

—Claro, Markus al parecer es la otra personalidad de Odette.

Ella cree que está poseída por él, o al menos eso es a lo que se

llegó.

—Usted... ¿usted no piensa que pueda tratarse tal vez de una posesión?

Foreman rio en bajo, se rascó la cabeza, y próximamente dijo:

—Me temo que no, no creo en las posesiones. Me gusta ver la lógica ante todo, pienso que muchas situaciones tienen una explicación si realmente se analizan. En el caso de Odette, hemos llegado a la conclusión de que todo fue provocado por alguna sustancia previamente consumida; ella creía que estaba poseída por una entidad. No sabemos cómo reaccionan ciertos químicos en el organismo, somos diferentes, quizás algunas sustancias a usted no le afecten; pero a otros sí.

—Gracias, doctor. —Se dio vuelta para marcharse. —De cualquier forma...

—continuó, y Colin se viró—. Si

quiere saber sobre posesiones, yo le diría que visite una iglesia, quizá puede saber más por ese lado. El que yo no crea en eso, no quiere decir en definitiva que no sea posible.

Colin asintió, y después se alejó hasta desaparecer del pasillo. En su mente existía la coherencia, pero algo lo estaba haciendo flaquear; algo a lo que no se había enfrentado en sus años de psicología, o quizás era el hecho de que estaba involucrándose demás.

Después de todo, era escritor, y los escritores; siempre suelen dejar su alma entre las páginas de sus libros.

11

Marzo del año 2003 Springfield, Illinois

Aquella tarde de primavera, Odette Toussaint y Elisa Carson se encontraban en aquel parque cercano a la residencia Carson. Ambas se habían sentado en la misma banca, donde solían hacerlo cuando esperaban a que sus padres terminaran su reunión con el Padre Julian.

Elisa llevaba consigo a Pepper, aquel perro Schnauzer que su padre le había obsequiado en su cumpleaños número quince. Odette por su parte le lanzaba una rama que había recogido bajo un árbol, el animal movía la cola y se

emocionaba cada vez que ella lo hacía.

—¿A dónde planeas ir con tus padres durante las vacaciones? —preguntó Elisa con una sonrisa.

—No lo sé, no es algo que me importe —respondió Odette lanzando la rama una vez más.

—Siempre eres tan seria... —comentó la chica al momento que cogía una de las flores que crecían en un Lapacho, que se encontraba por encima de ellas.

Odette movió los hombros como si le importara poco lo que Elisa decía.

—¿Quieres escuchar música? —sugirió con intención de sacar su *iPod*.

—No, tu música no me gusta, es absurda.

—Como quieras —dijo Elisa con cierta molestia.

Pepper regresó con la varilla en el hocico, y después la dejó bajo los pies de Odette.

—¡Mira! —exclamó Elisa—. ¿Quieres un helado? —Miró a Odette.

—Está bien —respondió sin importancia.

—Ahora vuelvo —señaló la chica levantándose de la banca.

Elisa caminó en dirección a un hombre que se encontraba con un carrito de helados. Odette simplemente la observó, le irritaba su presencia, era como si la odiara; y no había una razón exacta, simplemente la despreciaba. Aborrecía la idea de tener que convivir con ella casi todos los días, pues los padres de Elisa también realizaban donaciones a la iglesia.

Elisa para muchos podía resultar agradable, incluso un poco tonta. Siempre vestía con colores pasteles, y su peso nunca era el mismo; a veces engordaba tanto que tenía que comprar ropa nueva porque la anterior comenzaba a apretarle. Sus padres la adoraban, y poco les importaba si ella no lucía como el resto de las jovencitas de su edad.

Odette recogió la vara que Pepper le había entregado prácticamente en sus manos, y miró hacia donde se encontraba Elisa esperando los helados (el suyo parecía ser más grande que el que le daría a Odette).

La chica regresó la mirada al perro, quien movía la cola esperando a que nuevamente le arrojaran la rama. Odette sonrió perversamente, y después vio en dirección a la carretera que dividía a la residencial del parque. Era una de las avenidas principales, y por esa razón se convertía en una calle sumamente transitada.

Odette se levantó de la banca, y sin más espera lanzó la vara justamente en medio de la carretera. El perro con excitación corrió a buscarla. Odette sonrió

esperando el gran suceso. Elisa se dio vuelta para regresar con su amiga, llevaba los dos helados consigo, incluso uno de ellos comenzaba a derretirse (por lo que le había dado una lamida).

Pepper cruzó la avenida con inocencia, la misma inocencia que siempre suelen tener los animales confiando plenamente en los humanos.

Los ojos de Odette brillaron, y las ruedas de un auto chirriaron, cuando el frío metal golpeó al can. Éste al momento quedó atrapado entre las llantas del vehículo sin tener oportunidad de salir. El conductor de aquel *Chevy*, pudo incluso sentir como su auto se sacudía, mientras pasaba por encima del cachorro, destrozándole los huesos uno por uno.

Los crujidos del animal se hicieron sordos; la sonrisa de Odette se amplió, y los gritos de Elisa se escaparon mientras los helados caían sobre sus zapatos.

El conductor del vehículo nunca frenó, simplemente aceleró huyendo del lugar; y lo último que visualizó Elisa, fue el color rojo manchando el pavimento (como si se hubiese reventado una de esas bolsas que suelen verse en los hospitales repletas de sangre).

Pepper estaba desmembrado por completo, y su piel había quedado adherida a la carretera. Una especie de humo estaba siendo emanada por ésta, mismo humo que había provocado la fricción del vehículo y el can.

12

Springfield, Illinois

Aquel chico pelirrojo que Odette recordaba por pretensioso y soberbio, se encontraba bajando los escalones de la universidad, con una mano dentro el bolsillo de su chaqueta de cuero. Se dirigía a la parada de autobuses. Siempre había odiado tener que abordar uno, sin embargo, aquel día su vehículo había ingresado al taller mecánico, y todavía no recibía repuesta sobre cuánto tiempo duraría allí.

Por otro lado, Colin Sandman había descendido de su auto; el vapor que escapaba de su boca había quedado atrapado dentro de éste, tanto que los cristales se habían empañado. La temperatura comenzaba a bajar para esas fechas, aún no nevaba pero el frío se hacía presente cada segundo del día.

El cielo estaba gris como si una gran nube cubriese el sol, el viento soplaba arrastrando las hojas por doquier, la helada neblina formaba parte del escenario, y los pasos de Sandman avanzaban conforme los del pelirrojo lo

hacían.

—¡Hey! —gritó Colin, al momento que su boca desprendía vapor (dejándolo así, como un fantasma de el mismo danzando en el viento).

El chico volteó enseguida, a unos pasos de la parada de autobuses.

—Eres Lewis Beckham, ¿no? —interrogó el hombre.

—¿Quién cojones eres tú? —cuestionó sin acercarse.

—Disculpa que aparezca de la nada... —pausó—. Soy Colin Sandman, psicólogo.

—Ajá —emitió—. ¿Y?

—Quiero hablar contigo sobre Odette Toussaint, sé que eran amigos.

—¡Joder! —exclamó—. Ya he dado mi versión en la corte, lo hice hace tiempo. Pensé que era todo lo que querían, no sé más de lo que dije en ese entonces.

—Lo sé, es por eso que he venido a verte.

—¿Qué quieres? No entiendo.

—¿Tienes unos minutos? —averiguó.

—Supongo. —Entornó los ojos—. Pero que sea algo rápido, el frío es una mierda.

—Vale. Sentémonos —señaló.

En una de las bancas de la parada de autobuses, Colin Sandman se sentó; el toque con el metal enseguida le erizó los vellos del cuerpo, pero eso era lo que menos le importaba en aquel momento. Por su parte, Lewis había preferido quedarse de pie.

—¿Y bien? ¿Qué es lo que quieres saber? —preguntó.

Las mejillas de Lewis estaban rojas, sus labios un tanto hinchados, y el gorro de tela parecía no cubrirle del todo.

—¿Qué sabes de Odette? —soltó sin más.

—Pues... en realidad es más de lo mismo que he dicho ya. No éramos novios si eso piensas.

—¿Eran amigos?

—¡Joder! La tía estaba loca, ni siquiera sé si llegamos en algún momento a ser amigos.

—¿Por qué lo dices? —Frunció el ceño.

—Mató a sus padres, ¿quieres más razón para pensar que está loca?

—Al parecer una sustancia pudo hacerla actuar de esa manera. ¿Tú sabes si

ella consumía drogas? —Mojó sus labios (estaban resecos).

Lewis suspiró, llevó su mano al bolsillo de su pantalón y extrajo una caja de cigarrillos.

—Hay muchas cosas que no sabía de ella. Era extraña, no parecía ir en la misma dirección que todos los demás.

Hizo una mueca como si no terminara de comprender, encendió el cigarrillo con una cerilla que después arrojó al basurero.

—Nunca la entendí —externó.

—¿Alguna vez conversaron? No lo sé, tú aparecías en la lista de testigos.

—Llegamos a salir. —Escapó el humo de entre sus labios, Colin arrugó la nariz ante el olor a tabaco—. Nada serio, simplemente fuimos a una fiesta.

—¿Y qué ocurrió en esa fiesta?

—¿Te refieres a si follé con ella? —dijo entre risas.

Colin endureció la mandíbula y únicamente prosiguió.

—No precisamente.

—Bien, unos días antes había ido conmigo a una reunión. Nosotros la llamamos la hermandad de los Nightwalkers, es una especie de... —se detuvo.

—¿Secta? —dijo interrumpiendo.

—¿De dónde sacas eso?

—No soy tan ajeno al caso, Lewis. Sé algunas cosas.

—Bien, llámala secta entonces. Odette fue conmigo, yo siempre supe que era extraña, pero esa noche, vaya que se volvió loca.

—¿Por qué?

Lewis movió la cabeza en negativa, aspiró el cigarrillo y luego dijo:

—Fue como si se aterrara por algo, estaba temblando asustada. No le gustaba el lugar; el color rojo le irritaba o qué sé yo. La hermandad tiene ciertos artefactos que la hicieron enloquecer.

—¿Qué tipo de artefactos?

—No lo sé, es decoración oscura, algo macabra si quieres verlo así. Pero ¡Joder! No es real, todo es de utilería. Un amigo miembro de la hermandad, es hijo de un cineasta, le regalan cosas; pero era únicamente eso. Todo es falso, hasta la sangre.

—¿Te dijo algo? ¿Por qué se aterró?

—No dijo nada, salió corriendo. Un mes después me llamó, era de noche, entonces fue la fiesta en la playa. —Lewis humedeció sus labios—. Esa noche me sedujo, se me insinuó, y no te lo negaré, yo quería tener sexo con ella. Está guapa, pero después no quiso seguir, se puso como una jodida traumada y huyó

de nuevo.

Los ojos de Colin se movieron como péndulos mientras analizaba cada palabra, no buscaba como continuar; pero tenía tantas dudas que se arremolinaban en su cabeza desesperadas por salir.

—Y después mató a sus padres... —meditó en voz baja.

Lewis sólo le miró.

—Y dime algo, ¿te la has follado ya? ¿O porque tanto interés en ella? —preguntó el pelirrojo con una sonrisa perversa.

Colin negó con la cabeza sin mover los ojos del suelo, y luego se levantó de la banca.

—Vale, gracias por los minutos —finalizó y comenzó a alejarse de Lewis.

—¡Oye! —vociferó el muchacho.

Colin se dio vuelta una vez más y escuchó a Lewis.

—Podrías preguntarle a su niñera, quizás ella sepa más al respecto.

Colin relamió sus labios, e ignorando al chico se alejó de éste. Mientras Lewis sonreía burlescamente con discreción. Pues claro estaba, que la noticia acerca de la muerte de Agnes era algo que ya se sabía entre toda la comunidad.

13

Springfield, Illinois

Un hombre de aspecto afroamericano había entrado a la sala de espera, donde los pacientes de Colin Sandman solían quedarse hasta que llegase su turno de pasar.

Justamente en la puerta del consultorio de Colin, podía leerse en una plaquilla de color oro: «Psicólogo. Colin Marshall Sandman».

—Doctor Washington, le espera el doctor Sandman — comentó Janet mientras continuaba escribiendo en una agenda.

—Gracias, Janet, ¿no está en consulta ahora? —preguntó el hombre que recientemente había ingresado.

—No, ha cancelado hoy.

—Bien, entraré entonces —señaló Kevin.

Con una mano giró la perilla, abrió la puerta y después se introdujo.

—Hola, Colin, me llamaste. Dijiste que querías darme algo.

—Sí, Kevin, gracias por venir —continuó un poco nervioso.

—¿Te encuentras bien? —indagó mientras se situaba frente a su colega.

—Algo cansado. —Se frotó las manos.

—¿Y cómo va el caso?

—Realicé una sesión de hipnosis con Odette.

—¿Y qué sucedió? —preguntó con intriga.

—Bien, pues... —comenzó, lamió la comisura derecha de sus labios y siguió hablando—. Al inicio todo parecía normal, me habló sobre su infancia, recuerdos un poco vagos de ella. Nieve, frío, una cabaña y únicamente eso.

—¿Y qué más sucedió? —Su cuerpo se inclinó hacia adelante, mientras sus manos descansaban sobre el escritorio. —Le dije que regresara al día de los homicidios.

—¡Demonios! ¿Eso hiciste? Es muy pronto. Me parece que te precipitaste un poco.

—Tuve mis dudas al hacerlo, pero creí que tal vez podría obtener algo.

—¿Y? —Sus cejas se curvaron esperando respuestas.

—Algo cambió, la voz de ella sonó distinta, en un tono gutural... algo realmente extraño. Entonces yo pregunté a esa persona que hablaba, le pregunté que quién era. Me dijo que se llamaba Markus.

—¿Quién es Markus? —Ladeó la cabeza—. ¿Es una doble personalidad?

—Eso pensé, pero luego habló en una especie de idioma extraño, decía cosas que no tenían sentido. Me dijo que era un soldado romano que había participado en la flagelación de Cristo.

—¿Y habías escuchado de Markus? ¿Sabías quién era?

—Sí, en base al expediente de Odette había leído sobre Markus. Al parecer él fue quien la incitó a asesinar a sus padres.

—¿Y tú qué piensas al respecto?

—No lo sé... —negó, arremangó la manga de su camisa para poder mirar el reloj de mano que llevaba consigo (pronto anochecería) —. Kevin, tú sabes que no me permito creer en fenómenos paranormales. No va conmigo, sin embargo... ¡Joder! —Se levantó de la silla, dio vuelta hacia la ventana, y se mantuvo allí por varios minutos—. No quiero dudar de lo que sé.

—Colin, yo no soy creyente de ese tipo de cosas. Y aunque mi familia tiene una gran fe, yo no la tengo. Pero prometo ayudarte en lo que pueda.

—No sé qué creer. La ciencia me dice algo, pero las personas dicen otras cosas.

—Pero los hechos son los que nos darán las pruebas ante cualquier situación —afirmó.

—Espero que mis hechos me conduzcan a lo que es realmente.

—Si me permites opinar, creo que quizá te estás sugestionando... ¿hay algo más? —Plegó la frente.

Colin se detuvo a pensarlo por unos segundos, Kevin le conocía mejor que nadie; y aunque Colin quisiera ocultar sus preocupaciones, éstas siempre terminaban por ganarle.

—¿Qué habría? —cuestionó volteándose a mirar a su colega.

—No lo sé, incluso como psicólogos, no dejamos de ser humanos. En ocasiones, nos encontramos con casos que nos hacen recordar algo que en su momento quisimos olvidar.

La infancia de Colin se estaba remontando en su presente, aun cuando había decido enterrarla hacía años atrás.

—No me lo parece, no es este el caso —externó Sandman.

—Bien, entonces, ¿qué querías darme? —inquirió.

Colin suspiró, se dirigió a su cajón y extrajo su grabador de voz.

—Quiero que lo escuches, dime en qué idioma está por favor.

—Bien, veré que puedo hacer. Conozco un profesor de lenguas, él podría decirnos el idioma.

—Gracias.

—Te llamaré cuando tenga noticias.

—Te debo una. —Intentó sonreír.

—Me debes más de una —bromeó levantándose de la silla.

—Te lo recompensaré, lo prometo.

—La mejor forma de compensarlo, es simplemente teniendo cuidado. No dejes que nadie juegue con tu mente —concluyó.

Colin asintió, y luego vio a Kevin salir de la oficina. El silencio se hizo tan notorio apenas éste abandono el lugar.

Algo estaba ocurriendo en la cabeza de Sandman, algo que ni el mismo podía explicarse. Sus años de profesional estaban siendo quebrantados, y cada segundo se sentía más débil y humano; pues sus propios demonios, parecían ansiosos por salir de cacería.

14

31 de Octubre del año 2007 Springfield, Illinois

—No esperaba que accedieras a venir. Pensé que terminarías por decir que no —comentó Lewis.

Y justo en ese momento, aparcó el vehículo frente a una casona, de la cual sólo podían notarse luces rojas alumbrando el jardín.

No había ninguna otra casa cerca, sólo les rodeaba el frío y oscuro bosque. A unos costados de ellos, se encontraban algunos vehículos estacionados que claramente eran propiedad de los que ya se hallaban dentro la fiesta.

—Mis padres dijeron que saliera a divertirme —comentó no muy segura.

—Ya verás que te va a encantar. —Sonrió al momento que se aproximaba a la chica, para retirarle el cinturón de seguridad.

Odette no dio respuesta, simplemente abrió la puertezuela del auto y bajó de éste. Un poco nerviosa esperó a que Lewis hiciera lo mismo.

—Necesito colocarte esto —indicó el chico mientras la rodeaba con intenciones de ponerle encima una túnica de color rojo tinto.

—¿Por qué? —preguntó nerviosa al momento que se apartaba de él.

—Tranquila, no te haré nada que no quieras —soltó con una sonrisa que denotaba picardía, luego señaló:—. Es necesaria, si no, no nos dejarán entrar. También me pondré una.

Odette asintió. Lewis nuevamente se aproximó a ella y dejó caer sobre la espalda de la chica, la suave manta.

—Parece haber sido creada especialmente para ti —susurró Lewis mientras sus labios se entreabrían a sólo unos centímetros de Odette.

El chico agarró la capucha de la túnica, y con delicadeza cubrió la cabeza de Odette.

—Me recuerdas a la inocente Caperucita roja —externó relamiéndose los labios.

Odette le miró de reojo, y bajó la cabeza nerviosamente. Por primera vez se sentía fuera de su zona de confort; y ante Lewis, se veía a sí misma, como una pequeña indefensa criatura frente al gran lobo feroz.

Odette Toussaint temblaba, sus manos sudaban, y por alguna razón se sentía sumamente insegura. Lewis parecía divertido, se había colocado su túnica ya, y lo siguiente era ingresar al lugar.

—Vamos —indicó el chico, y ella le siguió.

This Is The New Shit de Marilyn Manson se había apoderado del ambiente; incluso estando fuera de la casa, podía escucharse el escándalo que abarcaba a la distancia del sitio.

Odette sentía su corazón saltando, como si la vibración de la música estuviese por dentro de ella, las bocinas rezumbaban y sus pies también lo hacían. Lewis se había adelantado, caminaba seguro de sí mismo, alardeando como siempre.

—¡Lewis! —gritó un joven de cabello castaño que también llevaba una túnica y aguardaba en la entrada.

—¿Cómo estás, Fletcher? —habló Lewis.

—Me ha tocado cuidar de la entrada.

—Eso veo.

—¿La has traído? ¿Por qué? No parece pertenecer a este tipo de ambiente —murmuró aproximándose al oído de Lewis.

—Yo creo que una vez que entre, le gustará —dijo entre risas al momento que miraba a Odette.

—Seguramente —respondió con sarcasmo.

—Bien, entonces te veré adentro.

—En unos minutos estaré allí, sólo esperaré a que lleguen los demás.

—Vale —asintió el chico.

Lewis regresó con Odette, pues ella esperaba apartada de la entrada. Los ojos de la chica por ratos se dirigían hacia la luna llena que alumbraba por encima de todo, pues más allá de eso, el bosque era oscuridad absoluta, de no ser por las luces rojas de aquella casona, posiblemente la noche hubiese consumido todo a su paso.

—Odette, pierde el miedo por una vez en tu vida y arriésgate a hacer cosas malas —susurró a la chica, ella le miró y prefirió ignorarlo.

Lewis entrelazó sus dedos con los de Odette y juntos entraron a la casona.

Por dentro la música estaba tan fuerte que Odette podía sentir como sus oídos parecían reventar, dándole una sensación de dolor. Las luces rojas aumentaban y la cegaban poco a poco.

En algunos sillones, se encontraban unas cuantas parejas besándose hasta perder el control. Otras estaban bañadas en sudor mientras bailaban, y por medio de besos se pasaban éxtasis (las cuales se dibujaban como pequeños botones de colores en la punta de sus lenguas).

Tras de un par de cortinas de gasa, se escondían dos hombres completamente desnudos teniendo sexo anal, y del otro lado (justamente en el suelo) una pareja ya había empezado a copular.

Los ojos de Odette se abrieron de par en par, preguntándose dónde demonios estaba parada. Lewis solamente se reía como un idiota.

—El padre de Fletcher es cineasta, participa en películas porno, es por eso que Fletcher tiene acceso a esta casa. Digamos que su padre se la presta — explicó Lewis inclinándose un poco hacia Odette.

—¿Qué demonios? ¿Su padre sabe de esto? —indagó sorprendida.

—¡Joder! Yo creo que le da lo mismo. Si él se folla a todas las actrices, Fletcher tiene el mismo derecho de follar, ¿no crees? —bufó el chico.

—¿Y por qué las túnicas?

—Es parte del ritual, ahora eres un miembro más de la hermandad Nightwalkers.

—¿Y...? ¿Me invitarán a todas sus orgías? —Arqueó la ceja.

—Odette, deja de ser tan antipática, diviértete un poco — expresó con fastidio.

—Mejor me voy de aquí... —indicó dándose la vuelta.

Lewis la sujetó del brazo deteniéndola enseguida.

—No me harás quedar mal —dijo entre dientes—. Te he traído aquí cuando es difícil que acepten personas nuevas. Sin embargo, hice muchas cosas para que ingresaras.

—No me gusta este lugar.

—Eso podemos solucionarlo, ¿no? —continuó mientras se aproximaba a ella con un claro intento de seducción.

—No —atajó apartándolo con una mano—. Quiero irme ya mismo.

—¡En verdad que estás loca! —exclamó furioso, aunque con la música todo sonido parecía perderse—. Pero como quieras, te llevaré a casa. Sólo deja que les diga a los demás.

Odette asintió y Lewis enojado se alejó de ella. El chico hacía ademanes al caminar, mientras mascullaba maldiciones.

La mirada de Odette se desvió un poco, y lo primero que pudo notar a su alrededor, fueron aquellos dildos que formaban parte de la decoración del sitio. Algunos estaban colgando del cielo raso, y otros junto a la barra de bebidas. Eran de colores oscuros; unos negros, y otros tantos de un rojo intenso. De diferentes formas y materiales, tanto de cristal como de silicón, con ondulaciones y sin ellas.

Odette pasó saliva, la música comenzaba a marearla, las luces estaban a punto de hacerla vomitar; y al moverse, no pudo evitar tropezar con unas bolas chinas halladas justo por encima su cabeza.

Algunos azotadores se encontraban pegados contra la pared, como un extintor que se necesita en casos de emergencia. Esposas rojas también acompañaban a

todos esos elementos. Sin embargo, su perdición de Odette estaba por presentarse frente a ella. Una máscara de piel con mordaza (aquella máscara de la cual no se había percatado hasta ese segundo) que traía colocada una de las extrañas estatuas que abundaban en el lugar (aquella parecía ser una especie de gárgola bastante siniestra hecha de piedra).

Odette retrocedió asustada; sus labios temblaban sin poder emitir ruido alguno, su cuerpo se había quedado rígido, y sus manos estaban completamente heladas.

—Ya he dicho que te llevaré a casa —comentó Lewis a las espaldas de la chica.

Odette no respondió. La mano de Lewis le tocó el hombro, el cuerpo de la chica saltó, y antes de que el joven consiguiera decirle algo, el puño de ella se estampó contra su rostro. Odette salió corriendo sin más, y Lewis sólo pudo ver la sangre escurriéndole de la nariz (aquel color rojo únicamente se perdería con los efectos de la luz).

La música se detuvo, las luces se atenuaron un poco, un grupo de chicos miró con desconcierto a Lewis mientras éste se tocaba la nariz con una mano. La túnica de Odette se perdió como una ola moviéndose hasta desaparecer de la vista de todos.

Springfield, Illinois

El vapor se desprendía siendo arrastrado como una guía para Colin, como si de alguna manera marcara su camino. El hombre corría sin parar, la sudadera que llevaba consigo estaba empapada; su frente perlaba, y ciertas ondas de su cabello mojado caían sobre ésta.

De sus auriculares procedía una canción que todo el tiempo solía escuchar cuando hacía ejercicio por las mañanas; le recordaba muchas cosas, pero sobre todo la letra siempre tenía un nuevo significado para él (eran las etapas, las cosas... ni siquiera él tenía idea).

Colin Sandman se detuvo frente a la entrada de los apartamentos donde vivía; se retiró los auriculares, y en la pantalla leyó antes de pausar la canción: «*Eminem Space Bound*». Luego procedió a sacar la llave su bolsillo, y después a ingresar al lugar.

A veces el silencio dentro de su apartamento era tanto que se formaba una

especie de zumbido en el ambiente; algo que él a menudo comparaba con la sensación de estar dentro de un auto con los cristales arriba.

Colin dejó las llaves sobre la mesa de centro, avanzó hacia la cocina y bebió un poco de agua; después regresó a la sala. Se sentó el sillón, y escuchó los mensajes de la contestadora.

—Mi niño, espero te esté yendo de maravilla. Espero pronto vengas a visitarme, te extraño.

La voz de su tía era suave y dulce, tal y como la recordaba. Tenía meses sin verla, pero no era intencional, Colin le estaba sumamente agradecido; pero a veces el trabajo lo amarraba tanto que no se permitía tiempo para viajes familiares.

Colin descansó unos minutos en el sillón, esperó a que su respiración cesara, y después abrió su computador portátil que se hallaba a un lado.

Tecléo en el buscador: «*YouTube*». Y su búsqueda comenzó. Todo lo que escribía era acerca de exorcismos. Algunos vídeos mostraban prácticas de éstos mismos, mas claramente ninguno era real; algunos documentales hablaban sobre la farsa de éstos, pero Colin necesitaba saber más, y lo que él necesitaba parecía no estar en aquellos vídeos.

Resignado abandonó la página y abrió otra, tecléo un poco; hasta escribir el nombre de Markus. Lo había buscado como un soldado romano (con lo poco que sabía sobre esa persona), pero claramente no existía, no había registro alguno en la historia sobre él.

Colin se mordió las mejillas por dentro, sus ojos se enseriaron ante lo que veía, y lo único que podía leer una y otra vez, era el nombre de *Longiano*. Un soldado romano que según varios escritos, había sido el responsable de clavar una lanza a Cristo.

Sandman negó con la cabeza, no había obtenido nada favorable de la búsqueda, y sólo le quedaba esperar a que Kevin pudiese descifrar aquella grabación.

Hospital Psiquiátrico St. James Illinois, Villa de Buffalo

Los destellos de luz iluminaban los ojos de Odette; aquel color verde característico en ella, parecía transparentarse.

Su piel era casi traslúcida, y entre sus delgados y finos dedos sostenía una pequeña hoja que había caído de aquel árbol de manzanas, plantado desde

hacía años en el jardín del hospital psiquiátrico.

—No te vi en la habitación. Pregunté al doctor Foreman, él me dijo que estarías aquí —se escuchó la cálida voz de Colin Sandman.

Odette le miró por un instante; una ligera sonrisa se formó en sus labios, y ante la luz que daba contra sus ojos entrecerró los parpados.

—Quería respirar un poco de aire fresco.

—¿Te gusta la naturaleza? —preguntó al momento que se sentaba junto a ella en aquella banca de madera de color blanco.

—Me gusta el otoño y el invierno. Dentro de poco empezará a nevar... —expresó moviendo su mano ante la luz del sol.

Los rayos traspasaban entre sus dedos, y llegaban hasta sus ojos, Colin simplemente le observaba.

—Entonces, te gusta la nieve —comentó.

—Sí, ¿y a ti? —curioseó.

—Prefiero el verano, me gusta el mar.

—Ya veo... —dijo con voz queda.

—Odette, quisiera preguntarte algo... —empezó—. Quizá no sea de tu agrado lo que diré, creo que tenemos confianza, al menos un poco más que al inicio.

—Dime.

—¿Puedes hablarme de Lewis? —soltó.

—¿Lewis? —confirmó con el entrecejo junto.

—Lewis Beckham. Lo conocías, ¿no?

Colin llevó su cuerpo hacia adelante, acomodó sus manos sobre sus rodillas y viró el rostro en dirección a Odette.

—Era un idiota —acortó.

—¿Por qué lo dices? —Movié sus hombros.

—Porque lo era. Jamás lo toleré, simplemente... así era.

—¿Qué recuerdas de él?

—Nada importante —externó.

—¿Alguna vez fueron a algún sitio en particular?

—¿A qué te refieres?

—Pues... supongo que en algún momento salieron juntos. ¿A dónde fueron? —indagó.

Los ojos de la chica se dirigieron al suelo, y permanecieron unos minutos allí.

—Odette, no quiero incomodarte de ninguna manera. Sólo me gustaría saber.

—Está bien, Colin, no me incomodan tus preguntas. Fue en Halloween, Lewis me invitó a una especie de fiesta, era una casa donde se reunían varias personas, ellos se hacían llamar «Los Nightwalkers». Era como una hermandad.

—¿Y qué ocurrió allí? ¿Lewis intentó hacerte algo?

—No, él era tan idiota que ni para eso servía.

Una sonrisa burlesca se ocultó entre sus labios, y sus ojos miraron a Colin Sandman de una manera inusual, como si intentara decirle algo más.

Colin pasó saliva, movió las cejas y luego siguió.

—¿Y entonces...?

—No me gustaba el lugar.

—¿Por qué?

—Todos estaban locos, tenían ideas extrañas. Consumían drogas y alcohol, además de eso... había ciertos artefactos en la casa que no me agradaban. Estaban colgando por todos lados, adheridos a las paredes.

—¿Qué tipo de artefactos?

—Tú quieres saber todo, ¿no es así? —bromeó un poco, Colin disimuló una sonrisa.

—Tengo curiosidad.

—Bien, pues... habían dildos, esposas, máscaras. El padre de Fletcher era director de películas pornográficas, y creo que la casa era de él... —se detuvo mientras Colin escuchaba, entonces extendió:—. Mi familia era católica, yo lo soy, no me gustan ese tipo de cosas.

—Eso debió ser una experiencia muy desagradable.

—Me dio miedo... y sobre todo habían estatuas extrañas... parecían demonios

—su voz temblaba, sus manos comenzaron a sudar, y por algún insólito motivo no podía mantenerle la mirada a Sandman.

—Está bien, Odette. Si lo deseas podemos hablar de otra cosa.

—No, pregunta más.

—Bien... —dijo no muy seguro—. Háblame de Markus.

—¿Quién es Markus? —Plegó la frente.

—Se supone que es un soldado romano. Eso he leído de tu expediente.

—Markus... —murmuró—. Estuvo en la crucifixión de Cristo.

—¿Dónde leíste eso?

—No recuerdo, sólo lo sé. ¿Por qué?

—Odette, ¿crees en posesiones?

El viento se arremolinó alrededor de ambos, los árboles se agitaron, Odette respiró profundo, luego dijo:

—Según mi religión son posibles. A veces... sólo suceden, es como si una presencia te aprehendiera y no te dejara escapar.

—¿Tú crees en ello?

—Creo en Dios, y sé que él está por encima de todo — aseguró.

—¿Cómo es tu fe ahora? ¿Algo ha cambiado?

—No, todo sigue igual.

—De acuerdo —comentó—. Te he traído algo —anunció.

—¿Qué cosa?

Colin se llevó una mano al bolsillo de su pantalón, de éste extrajo un cubo de *Rubik*, lo giró con sus dedos, y después se lo entregó a Odette.

—¿Lo conoces?

—Lo he visto, aunque nunca lo he jugado —comentó la chica.

—Es tuyo. —Sonrió entregándoselo enseguida.

—Gracias —expresó al momento de cogerlo.

—De niño los coleccionaba, tengo muchos de diferentes modelos. Pero éste siempre fue mi preferido —señaló.

—¿Por qué? —preguntó mientras cambiaba de lugar los colores del cubo.

—Fue el primer y último cubo que me regaló mi padre — contó.

La expresión de Colin cambió, sus ojos parecieron nublarse por una ligera tela casi invisible para Odette. Ella mantuvo la mirada en el objeto que recién había cautivado su atención.

—Por esa razón iniciaste la colección de cubos —completó la joven.

—Sí, eres muy intuitiva —opinó.

—Se trata de acomodar los colores, ¿no? —averiguó.

—Exactamente.

—¿Puedo probar?

—Claro, es tuyo.

—¿Estás seguro de eso? ¿En verdad quieres dármelo? — averiguó la chica.

—Sí. Estoy seguro de ello.

Los dedos de Odette comenzaron a deslizarse con avidez sobre la superficie del cubo, sus ojos se movían como péndulos, y en sólo cuestión de dos minutos el cubo ya estaba armado.

—Creí que nunca lo habías jugado —dijo Colin estupefacto.

—No es tan difícil, ofreció.

—Vale.

El hombre sujetó direcciones los colores y después le entregó el objeto a la chica.

Odette sujetó el artefacto, y sin demora alguna terminó de armarlo nuevamente.

—¿Has memorizado los movimientos? —indagó el psicólogo con interés.

—No, ¿por qué haría eso? —Sus cejas se curvaron, y una sarcástica sonrisa se vio apenas visible en su rostro.

—Eres muy inteligente.

—No tanto.

—Bien. Odette, debo irme —indicó levantándose de la banca.

Odette optó por hacer lo mismo, se aproximó a Colin, y con los brazos rodeó el cuello de éste.

—Gracias por el obsequio —le susurró al oído.

—De nada —dijo Colin sorprendido.

Odette se distanció de él, Colin se mantuvo sin decir nada.

La rareza del abrazo parecía haberlo dejado sin palabras, era como si ella se robará su esencia; como si entrara a su mente y la vaciara lentamente. Era un sentimiento contradictorio, donde la incertidumbre torturaba sus pensamientos y el corazón de ella Colin. ¿Quieres desarmarlo tú? —

el *Rubik*, cambió hacia diferentes parecía estar ausente.

—Odette, una cosa más... —habló Colin.

—Dime —dijo la chica a punto de darse vuelta para

marcharse.

—¿Qué pasaba con Elisa? ¿Eran amigas?

—No, yo nunca he tenido amigos. Elisa siempre lo tuvo

todo... y eso la convertía en una maldita perra —soltó con rencor (un ardor en su pecho que le quemaba los órganos por dentro) —. Adiós, Colin —finalizó.

Sandman la observó unos segundos hasta que los pasos de ella abandonaron el césped y continuaron por las losetas del hospital. Colin se dio vuelta, y se marchó sin más.

17

Marzo del año 2005 Springfield, Illinois

—¡No! ¡He caído en la cárcel de nuevo! —exclamó Hugo, aquel joven

seminarista que recientemente había llegado a Springfield. —Mi turno — indicó una chica de cabello ensortijado y rubio, quien había cogido los dados con una sonrisa puesto que iba ganando.

Odette miraba con hastío a todos aquellos chicos que rodeaban la mesa del comedor, mientras el tablero de aquel famoso juego de *Monopoly* se encontraba encima de ésta.

—Odette, ven a jugar. Creo que empezaremos de nuevo — habló Elisa emocionada.

—No, gracias —respondió la chica con molestia.

—Vamos, Odette, será divertido. Sólo espero ganar esta vez —comentó Hugo.

—¿Dónde está el baño? —preguntó Odette levantándose de aquel sillón amarillo y desgastado por todos lados.

Los resortes del sofá ya habían comenzado a lastimarla, sumado a eso, estaba harta de los presentes en la reunión.

—Al fondo del pasillo, pasando la cocina —indicó un chico de anteojos.

Odette entornó los ojos y abandonó la sala.

—No entiendo porque siempre es tan antipática —expresó la rubia.

—No siempre es así, tiene ratos agradables —justificó Elisa.

—¡Ja! Menciona uno —continuó la rubia.

—Hannah, no hables mal de las personas, somos hermanos todos —reprendió Hugo.

Hannah sujetó los dados y volvió a tirar. Dennis se ajustó sus anteojos y miró el tablero atento. Hugo frunció la nariz, y Elisa se acomodó en la silla.

El agua caía en un pequeño chorro, mientras Odette se lavaba las manos. La chica cogió una pequeña toalla que se encontraba a un lado y después se secó.

Al salir del baño apagó las luces y caminó por el pasillo, mas pronto una luz amarilla (sobresaliente de la cocina), atrajo su atención.

Odette se mordió los labios, sus ojos se entrecerraron con una sonrisa maliciosa al ver aquella botella de *Ron River Antoine Royal Grenadian*, guardada dentro de un gabinete de madera adherido a la pared. La chica se asomó cuidadosamente a la sala, observó que todos continuasen jugando. Los chicos reían, y Elisa parecía ser la más divertida sin importar si ganaba o perdía.

Odette regresó a la cocina, cogió cinco vasos de cristal y un azafate. Del refrigerador obtuvo una caja de chocolatada, acto seguido, cogió la pequeña botella de ron, y después vació la bebida alcohólica en uno de éstos. En aquel mismo vaso vertió un poco de chocolate, y con su dedo índice movió el líquido hasta que se disolviese.

Sus pies se dirigieron hacia el gabinete, se colocó de puntillas y nuevamente regresó el ron a su sitio. Entonces procedió a servir los demás vasos con chocolatada. Cogió el azafate entre sus manos, y caminó con una sonrisa hasta la sala.

—He traído algo para beber —anunció a los chicos. —Gracias, Odette —comentó Elisa.

—No me gusta la leche —dijo Dennis.

—Pues no la bebas —replicó Hannah.

Cada uno cogió un vaso, excepto Elisa, pues Odette le entregó uno en especial.

—¿Ahora si quieres jugar? —preguntó Elisa a Odette. —Tal vez. —Sonrió. Elisa bebió un poco de chocolatada, un golpe en su cabeza le

hizo detenerse, además del sabor extraño que había catado. Un pequeño mareo se hizo presente, sin embargo le había restado importancia, y en únicamente cuestión de minutos se había terminado la bebida.

—¿Quieres más Elisa? ¿Te veo un poco sedienta? —preguntó Odette.

—Sí... —respondió adormilada al instante que le entregaba el vaso.

Odette sujetó el objeto, y con una disimulada sonrisa regresó a la cocina. La chica sirvió nuevamente leche chocolatada, y en aquella ocasión no escatimó tanto el ron.

—¿Por qué no bailamos levantándose de la silla.

—¿Estás bien? —interrogó tambaleaba al caminar. un poco? —propuso Elisa

Hugo mientras la chica se

—Sí, estoy muy bien —asintió sonriente.

Odette regresó con el vaso en la mano, y después se lo entregó a Elisa.

—Aquí tienes.

—Gracias.

Elisa se bebió de una sola intención la chocolatada. Caminó directamente al reproductor de música, lo encendió, y apenas la canción comenzó a escucharse, la joven empezó a bailar y girar como una desquiciada.

—¡Elisa! ¡Basta ya! ¿Qué rayos te ocurre? —soltó Hugo, y acto seguido apagó el reproductor.

—¡Calla, Hugo! ¡¿Por qué quitas la música?! —gritó dando un empujón al chico.

Hugo cayó sobre el sillón, y en ese momento Hannah y Dennis se aproximaron.

—Elisa, ¿qué sucede contigo? —interrogó la rubia.

—Nada, estoy bien. Ustedes son unos gilipollas aburridos.

—¡Elisa! —exclamó Dennis con indignación.

Odette se cruzó de brazos y comenzó a reírse en bajo.

—Llamaré al padre Julian —amenazó Hugo cogiendo el teléfono.

—¡Idiota! —gritó Elisa—. Eres un llorón.

—¡Elisa deja de ofendernos! —exclamó Hannah con enojo.

—¡Tú eres una rata asquerosa!

—¡¿Qué?! —chilló Hannah.

Odette soltó una carcajada que brotó de su garganta sin poder siquiera evitarlo. Elisa nuevamente encendió el reproductor de música a todo volumen.

—¡Cállate, Odette! —Se viró Hannah.

—¿Qué le has dado? No estaba hace unos minutos así —acusó Dennis.

—Yo no le he dado nada —negó Odette.

—Claro que sí, mentirosa.

Odette pensó en defenderse, pero antes de poder hacerlo, el padre Julian abrió la puerta principal e ingresó a la casa.

—¿Me pueden explicar porque están gritando todos? El ruido se escucha hasta afuera —reprendió Julian.

—¡Elisa está como loca! —explicó Dennis casi a gritos.

—¡Elisa! ¡Apaga esa cosa ya! —ordenó Julian.

Elisa continuaba girando por toda la sala sin detenerse.

—¡Elisa! —vociferó Julian.

Los cristales de la casa rezumbaban al igual que las paredes. Hugo tenía las manos cubriéndole las orejas. Hannah mantenía el ceño fruncido. Dennis estaba más que asustado, y Odette no dejaba de reírse desde el comedor donde habían estado jugando

Monopoly .

—¡Madre mía! —exclamó

reproductor—. Elisa, ¿qué Julian mientras apagaba el sucede contigo? —interrogó

sujetando a la chica por los hombros.

—Qué guapo es usted —soltó la joven con una sonrisa estúpida.

—¿Qué? Hugo, ven aquí ahora mismo —mandó. El chico con timidez y temor, dirigió sus pasos al padre

Julian. Se frotó las manos y sus ojos esquivaron los del hombre. —Dime que sucedió. ¿Por qué Elisa está alcoholizada? —Yo... —tartajeó el chico—.

No... no sé señor... juro que no sé.

—No jures en vano, Hugo.

—¡Fue Odette! —atribuyó Dennis.

—¿Qué? —se detuvo el padre volteando hacia Odette. La mirada de Odette Toussaint se enserió, por unos

segundos pareció apuñalar visualmente a Dennis, mas éste se escondió tras de Hannah.

—Bien. Hugo lleva a la señorita Carson a la habitación de huéspedes, esperaremos a que pase el efecto del alcohol... —indicó.

—Sí, señor.

—Hannah y Dennis, ayuden a Hugo por favor... —continuó.

Hannah asintió y Dennis le siguió. Los tres chicos sujetaron a Elisa y la arrastraron por el corredor hasta la habitación. Julian los miró alejarse, y después vio a Odette con desaprobación.

—Odette, ¿qué sucedió? —interrogó.

—¿Y cómo voy a saberlo? —preguntó con cinismo. —Elisa no bebe y tú lo sabes. ¿Quién le dio el alcohol? —No lo sé, padre.

Julian resopló, se estrujó el rostro con ambas manos, y avanzó hasta Odette.

—No es la primera vez que tenemos problemas con tu conducta.

—¿Les dirá a mis padres?

—No, Odette, no diré nada. Pero tienes que cambiar de actitud, no puedes tratar así a tus compañeros; y sobre todo tu comportamiento con Elisa no es correcto.

—Bien, entiendo. ¿Ya puedo irme? —Prosiguió a levantarse de la silla.

—¿Vendrán a buscarte tus padres?

—No. Pero sé abordar un taxi.

Odette caminó a hacia la puerta, Julian se volteó y señaló: —Yo te llevo.

La chica asintió con la cabeza y salió de la casa; Julian asió su abrigo y le siguió.

18

Springfield, Illinois

Colin se hallaba recostado en el sillón de su apartamento. Sobre sus manos tenía el expediente de Marie Odette, el cual se encontraba releendo por milésima vez. Cada ocasión, parecía una nueva oportunidad para descubrir más cosas acerca de la familia Toussaint.

El hombre se restregó los ojos con ambas manos, se incorporó, y cogió la taza de café que tenía sobre la mesita de centro. El sueño comenzaba a vencerle, pero no podía dormir como tanto lo anhelaba, pues al cerrar los ojos las dudas continuaban sueltas, y corrían siendo perseguidas por las respuestas como si éstas se transformaran en el viento.

En medio de la noche, unos golpecillos se escucharon provenir de la puerta principal. Colin con cierta extrañeza al observar la hora, se levantó del sillón, y avanzó en dirección a la entrada. Retiró el seguro y abrió la puerta.

Sus ojos se abrieron desmesuradamente, cuando ante él vio la presencia de aquella chica de ojos verdes.

—¿Qué...? —balbuceó incrédulo, antes de poder seguir hablando—. ¿Qué haces aquí?

—He salido del hospital —respondió sin dar la más mínima importancia al suceso.

Colin se quedó sin habla por un fragmento de segundos, Odette le recorrió con la mirada esperando a que le dejase entrar.

—¿Cómo? —Sus cejas se unieron sin comprender aún.

—Nadie sabe qué estoy aquí... —pausó mordiéndose los labios.

—¡Joder! ¿Te has escapado? —soltó preocupado mesándose los cabellos.

—Colin, tranquilo. He venido porque no tenía otro lugar al cual ir.

—Odette, no puedo creer lo que has hecho. Ahora mismo le llamaré a Foreman —señaló al momento que se daba vuelta y caminaba hacia el teléfono.

—¿En verdad harás eso? —cuestionó la joven con decepción.

Y en menos de medio minuto se introdujo al apartamento.

—Creí que éramos amigos —externó.

—No trates de usar el chantaje conmigo, eso no va a funcionarte —sentenció, entonces cogió el móvil entre sus manos—. Foreman debe saber esto.

—Por favor, no me quedaré mucho tiempo. Vine aquí porque confío en ti.

Parecía sincera, nerviosa, y nada de eso tenía sentido para Colin.

El hombre movía la cabeza con desesperación y angustia. No encontraba las palabras para seguir hablando, sus labios se apretaban contra sus dientes, y su respiración se estaba tornando pesada.

—No puedes quedarte aquí. Lo lamento, pero debo llamar a tu doctor —afirmó mientras buscaba en su agenda telefónica el número de Foreman.

—¿No te gusta que esté aquí? —indagó, y su mirada cambió como si decayera de la nada.

—Me preocupa que estés aquí. No entiendo cómo te escapaste del hospital.

—Pues... —se detuvo, humedeció sus labios y prosiguió:—. Pensé que yo te gustaba.

Los labios de Odette se movieron como si formaran una sonrisa inocente, para Colin era una completa locura lo que estaba presenciando.

—¿De qué hablas? —Frunció el ceño.

Los dedos de Odette recorrieron el sillón de la sala como si lo acariciara, justo al momento que sus pies avanzaban lentamente en dirección a Colin.

Ella parecía diferente; cómo si la perversión y la inocencia se unieran en una sola dentro su cuerpo.

Él pasó saliva y endureció la mandíbula.

—Me gustas, Colin, y sé que yo a ti, no hay duda alguna de eso... ¿No lo notas? La tensión que existe cuando estamos juntos... es simplemente maravillosa.

Los pasos de la chica se detuvieron frente al hombre. Colin bajó el móvil y la miró con extrañeza; sus parpados temblaban, y sus pensamientos lo estaban dejando caer al abismo.

—Odette, yo creo que te confundes. Yo no te veo de esa forma —prosiguió.

—¿Seguro? —dijo dando un paso más cerca de él.

—Eres mi paciente —afirmó nervioso.

Su espalda golpeó contra la pared, y pareció no existir salida para él.

—No lo soy... —aseguró.

Y antes de que Colin pudiese responder, los labios de ella se estamparon contra los de él.

El móvil de Sandman cayó al suelo haciendo un ruido sordo, sus manos sujetaron instintivamente la cintura de la chica. No sabía si quería detenerla o continuar; su cuerpo parecía no reaccionar a sus peticiones.

Odette continuó besándolo de una manera feroz e inusual en alguien. Sus manos aprehendían el rostro del hombre, como si con eso le fuese imposible escapar.

—¡Basta! —exclamó con la respiración entrecortada, y de un leve empujón retiró a Odette—. Esto no está bien.

—¿Por qué no? —soltó con un rastro de cinismo.

—Te llevaré ya mismo —se apresuró a decir.

Colin se dio vuelta para ir en dirección a la puerta; mas Odette le detuvo del brazo, lo atrajo hacia ella y le susurró al oído:

—Quiero que entres en mí.

Las pupilas de Colin se dilataron. Él juraba que desde hacía muchos años no se sonrojaba de tal manera.

Odette recorrió lentamente con sus labios la cara del hombre, mientras los ojos de éste se cerraban involuntariamente.

—No puedo... —murmuró mientras su respiración se agitaba.

—Inténtalo —dijo mirándolo con esos ojos que parecían devorar todo a su paso.

Sin demorar un minuto más, la sujetó de la cintura y comenzó a besarla. Odette enredó sus dedos en los cabellos de él, y después lo condujo hasta el sillón.

La chica se dejó caer sobre el sofá y de la camisa haló de inmediato a Colin.

Cada vez lo besaba con más urgencia, con más ardor, con más necesidad. La respiración de ambos se entrelazaba como dos seres de vapor que se elevaban hasta lo más alto rozando el cielo raso.

Odette se deshizo de la camisa de Colin de un tirón. Colin llevó sus manos hacia las piernas de la chica y se las colocó a los costados. Un gemido escapó de los labios de ella, algo que el hombre saboreó con locura.

Los besos continuaron incendiando sus pieles con cada roce. Sin embargo,

algo en el interior de Colin pedía a gritos que parase. En medio de temblores, trató de controlar su cuerpo y se detuvo. Miró a Odette, contemplándola perfectamente; delineando cada rasgo de rostro, e impregnándose de su fina belleza.

—No puedo... —apenas pudo decir el hombre—. Esto no está bien.

—¿Por qué? —continuó sin dejar de observarlo—. ¿Me deseas tanto como yo a ti?

Colin mordió sus labios apartando el rostro, sentía una sequedad en la boca y la mirada de ella le intimidaba.

—Maldita sea... no me hagas esto —masculló el hombre.

—¿Me deseas? —insistió.

Colin no le dio respuesta, porque lo que su cuerpo anhelaba claramente se lo estaba pidiendo.

Presionó su cuerpo contra el de la chica, y nuevamente la besó. Sus labios se aferraron a los de ella y sus manos la asieron con mayor fuerza.

Odette desabrochó el botón del pantalón de Colin, y pudo sentir como golpeaba contra su vientre el miembro erecto de éste. La boca de Sandman se entreabrió un poco, de ella se liberó un sonido de placer, sus ojos se cerraron llevándolo a experimentar una de las mayores excitaciones de su vida, y fue entonces cuando continuó besándola.

Sus cuerpos se frotaban uno con otro aún sin llegar al coito, Colin avanzaba cada vez más rápido, y Odette no pensaba en detenerse.

Las manos de él retiraron la remera de ella, y seguido de eso, con sus dientes retiró el sujetador para después recorrer con su lengua los senos de ésta.

Unos gemidos brotaron de la garganta de Odette, y tiró con fuerza del cabello de Colin, lo que a su vez lo hizo excitarse aún más a él.

Las manos de Colin estrujaron los cojines del sillón. El cuerpo de Odette se veía tan diminuto estando bajo de él.

Los labios de Colin fueron deslizándose hasta descender por el abdomen de la joven. Con los dientes desató el cordón que sujetaba el pantalón de felpa de la chica, lo bajó hasta retirarlo por completo, y después tiró de sus bragas hasta deshacerse de ellas.

Colin volvió hacia arriba, sus ojos envolvieron a los de Odette; ambos parecían hablarse sin necesidad de palabras. Una explosión estaba a punto de arrasarse con todo, y de nuevo Colin la besó como si fuese lo único que necesitara para vivir.

Odette gemía de placer, pero todo ruido era capturado por la boca de Colin

(como si la atrapara cada vez más hasta sumergirla en su terreno). El cuerpo desnudo de la chica, se estremecía con cada roce del cuerpo de él en una clara tortura de que aún no entraba en ella.

Colin todavía aguardando el llevaba el bóxer encima, y sólo estaba momento para quitárselo. Odette estaba insaciable por que llegase ya el instante en el cual se unieran más allá de uno solo. Los rozamientos no terminaban, y hacían más pasional el momento. La seducción robaba el protagónico en el escenario, y la respiración de ambos hacía eco en el apartamento.

Un dolor en el labio inferior y un sabor a óxido, hizo a Colin separarse inmediatamente de Odette. Los ojos del hombre se abrieron pasmados, sus dedos se dirigieron a su boca, y luego pudo ver el color rojo intenso brotándole.

—¿Te gusta el sabor a sangre? —preguntó Odette con una enigmática voz que en ese instante escondió más de mil secretos imposibles de descifrar.

Colin movió la cabeza con extrañeza, y después miró a su alrededor toda la sangre que bañaba las paredes y el suelo del apartamento.

De un brinco cayó alejándose de la chica, quien con una macabra sonrisa se levantó desnuda y avanzó hacia él.

—¿Te gusta jugar? Podemos divertirnos aún más —dijo, pero esta vez su voz se escuchó distinta, con un tono gutural y siniestro.

La pintura erótica que Colin hacía unos minutos había sentido con su propio cuerpo, ahora era una visualización sacada de lo más profundo del infierno.

El pecho de Colin se sumió y se levantó como si su corazón estuviese a punto de escapar.

En una de las manos de Odette se encontraba la cabeza de André, y con la otra sujetaba del cabello la de Florencia. Los ojos de la joven brillaron como dos aros profundos y fatídicos, y el escenario se cargó de las peores pesadillas que Colin pudiese tener en mente.

Quiso gritar, pero su voz se atrapó perdiéndose en su interior; quiso correr, pero su cuerpo se contuvo de hacerlo. Odette sólo sonreía, le sonreía a él.

Colin despertó aterrado, su espalda estaba empapada de sudor, su frente perlaba, y su cabello incluso goteaba. Se incorporó en el sillón, y lo único que fue capaz de entender en ese momento, fue que todo había sido una maldita

pesadilla. Odette nunca había estado presente en su apartamento, y posiblemente seguiría en el hospital psiquiátrico.

Sandman haló una bocanada de aire, y luego echó un vistazo a la hora; eran alrededor de las tres de la mañana, y la pesadilla se había marchado dejando un sabor amargo en la boca del psicólogo.

19

Abril del año 1990 Springfield, Illinois

La potente y entonada voz del tenor Pavarotti, interpretaba la canción *Vesti la giubba* de la opera *Pagliaccio* de *Ruggero Leoncavallo*. En uno de los palcos más selectos de aquel elegante salón, se encontraba la familia Toussaint.

André como siempre lucía de manera impecable y elegante. Era un hombre de perfil recto, tenía aquellos ojos pequeños de color verde que al mirar siempre se mostraban penetrantes; su cabello era oscuro casi negro, su rostro era cuadrado, y daba a su mandíbula una terminación firme.

Su hermosa esposa se encontraba a un lado, separados únicamente por una pequeña mesita donde se hallaban bebidas y bocadillos.

Florencia llevaba aquel vestido azul celeste, que acentuaba sus finos rasgos; unos enormes ojos color avellana, un cabello ondulado que caía en capas delicadas, y una figura que dejaba sin aliento a muchos.

Odette por su parte, se localizaba a un lado de su madre, parecía aburrída, y no dudaba en demostrarlo haciendo azotar su pie repetidas veces contra el suelo de madera; lo cual al momento, emitía un sonido molesto para algunos presentes.

André ignoraba todo hecho, y simplemente continuaba mirando en dirección al escenario, mientras bebía por ratos su copa de vino. Mas con Florencia no resultaba de esa manera, estaba estresándose, y aquel sonido comenzaba a irritarle; tanto que, por momentos miraba a su hija de reojo esperando que ella se detuviese.

—Deja de hacer eso —masculló Florencia a la niña. Odette le vio con el ceño fruncido, pero continuó haciendo

el ruido (e incluso con más potencia).

Los labios de Florencia se presionaron, y sin más llevó su mano hacia el rostro de su hija. Con el dedo pulgar e índice, presionó con fuerza las mejillas de la chica y la miró fijamente.

—¿No escuchaste? Dije que pararas. Deja de comportarte como una estúpida —reprendió la mujer.

André desvió la mirada para toparse con su esposa regañando a su hija, a lo que de inmediato intervino.

—Flore, déjala tranquila. Es sólo una niña.

—Ya le dije que deje de hacer ese ruido. Me tiene harta con su comportamiento.

—Amor, basta ya —dijo a Odette con tranquilidad.

La niña se mantuvo en silencio por unos minutos, mas ese silencio no duró mucho, pues nuevamente comenzó con los golpeteos.

Florencia enfurecida dirigió su mano hacia atrás de la silla de Odette, y tiró del cabello de la niña con fuerza. La hizo mirarle directamente a los ojos y de cerca sentenció:

—¿Vas a dejar de hacer eso?

Los ojos de Odette se fijaron en su madre de manera amenazante, presionó sus manos haciéndolas puño y externó con enfado:

—Suéltame, maldita perra.

Florencia abrió los ojos de par en par ante lo que había escuchado. Odette cogió rápidamente una de las copas que se encontraban sobre la mesa, y vertió el vino desde el palco hasta abajo, mojando enseguida a un anciano que se encontraba en un piso inferior.

Florencia sin esperar un segundo más, tiró de la niña con saña levantándola de la silla; la arrastró lejos del sitio, y de inmediato André les siguió.

—¡Suéltala! No vuelvas a ponerle las manos encima —amenazó el hombre.

—Pero... ¡Joder! ¿No has visto lo que ha hecho? —remarcó la mujer enojada.

—Basta ya, hablaremos en casa.

Florencia dejó a Odette, y ésta de inmediato se escondió tras de su padre. Una de sus pequeñas manos se deslizó por la pierna del hombre, y una mirada maliciosa fue directa hacia su madre, mientras André sólo se mantenía en la misma posición. 20

Springfield, Illinois

—N... no... no sé... que... que... ha... hacer... —sollozaba al teléfono un hombre, quien sin poder dejar de tartamudear intentaba contarle todo a Colin Sandman.

—Señor Monroe, tenga calma, por profundamente. Ya habíamos empezado tartamudeos, ahora ha empeorado.

—Es... es... es que... no... no pue... puedo.

—Bien, señor Monroe. Respire profundo conmigo —co mentó Colin al momento que aspiraba.

Al otro lado de la línea, pudo escucharse la temblorosa respiración de Monroe, quien a duras penas estaba consiguiendo mantener el oxígeno en sus pulmones.

—Voy a contar, y usted irá dejando escapar lentamente el aire. Uno... dos...

—continuó, y la respiración de Monroe comenzó a relajarse—. Tres... déjelo salir todo.

Monroe asintió junto al teléfono, y entonces habló.

—Lo siento, doctor... es que... ya no... ya no sé qué... ya no sé qué hacer.

—¿Su esposa volvió a golpearlo? —Suspiró.

—Sí... me lanzó... un va... un vaso... tuve que ir... al... al médico.

—Señor Monroe, esto no me corresponde del todo, pero yo pienso que debería denunciar ese maltrato. Un día de estos lo van a herir de gravedad.

—No pue... no puedo... —dijo temeroso.

—Piénselo bien, señor —comentó y con una mano se estrujó el rostro.

favor. Respire a superar los —Gra... gracias, doctor.

—Nos vemos en su siguiente cita —finalizó la llamada.

Colin se acomodó en su asiento, y nuevamente se frotó el rostro (aunque en esa ocasión con ambas manos). No podía sacar de su cabeza aquel sueño que había tenido, estaba presente a cada segundo del día. Odette era parte de sus recuerdos pasados, presentes y futuros, era como si consumiera su mente por completo; todo lo asociaba a ella, y eso lo estaba llevando al borde de la locura.

—¿Cansado? —indagó Kevin Washington al momento que se asomaba en la entrada.

—Un poco... tuve una mala noche —respondió con una mueca.

—¿Pesadillas?

—Muchas. —Resopló—. Algunas un tanto extrañas, sin mucho sentido.

—Los sueños siempre tienen un significado. Reflejan nuestros deseos más profundos, nuestros temores, e incluso relacionan nuestros recuerdos.

—Quisiera saber qué significan mis sueños... espero que no sea ningún tipo de deseo. —Sonrió discretamente.

—Consejo número uno del día, tenemos que ir por unas copas —bromeó.

—Ojalá pudiera, pero estoy lleno de trabajo.

—Entiendo. Tengo algo para ti—señaló, y del bolsillo de su pantalón extrajo el grabador de voz.

—¿Lo tienes ya? —Abrió los ojos con sorpresa.

—Sí —asintió.

Y sin más espera se introdujo al consultorio, acto seguido se sentó frente a su colega.

—¿Qué dice la grabación? —preguntó enseguida.

—Odio tener que decir esto pero... esa chica te está manipulando. Está jugando contigo, Odette es muy inteligente. He leído acerca de ella, una estudiante ejemplar, aparentemente perfecta —afirmó mirando fijamente a Colin.

—¿Por qué dices eso? —Plegó la frente.

—Le es muy fácil engañar... por algo has dudado tanto.

Los ojos de Colin se movieron en dirección a sus manos, su cabeza instintivamente se meneó en negativa, y por dentro estaba furioso. Un calor le recorrió, una energía quería salir y hacer explotar todo a su paso, pero no podía externarlo; porque ante todo debía mantenerse en una postura profesional.

—Colin, no te sientas avergonzado. Muchos en nuestro lugar, han caído ante los engaños de personas como éstas... realmente nunca llegamos a entender sus pensamientos, sus personalidades; todo en ellos es sumamente complejo —comentó ante el marcado silencio del hombre.

Colin evadió toda respuesta ante lo escuchado, y simplemente inquirió:

—¿Qué descifraste de la grabación?

Kevin no respondió, únicamente colocó el grabador de voz sobre el escritorio, y después le dio inicio a la grabación.

Al comienzo podía escucharse la charla entre Colin y Odette, después lentamente comenzó la sesión de hipnosis. Kevin avanzó un poco el audio, hasta llegar a la parte que Colin deseaba comprender. Cuando la voz extraña

emitida por Odette empezó a reproducirse, Kevin habló al mismo tiempo; como si su voz se uniese a la de la chica.

—Padre nuestro, que estás en el cielo, santificado sea tu Nombre; venga a nosotros tu reino; hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo... —Los ojos de Colin se entornaron, presionó los labios, y se sintió la persona más estúpida del mundo—. Danos hoy nuestro pan de cada día; perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden; no nos dejes caer en la tentación, y líbranos del mal —terminó—. Y creo que le faltó decir Amén —intentó bufarse, aunque a Colin no le había dado ni una pizca de gracia.

—Soy un idiota... —expresó con decepción.

—No lo eres, Colin. Sin embargo, eso no es lo que me preocupa, lo que realmente me tiene preocupado es que esa chica juegue con algo así. Eso sólo puede significar que no está bien de sus cabales todavía, o... —pausó sin querer decirlo pero teniendo que hacerlo—. O quizá lo planeó, quizás estaba muy consciente de lo que hizo esa noche. Pero no quiero afirmar nada.

—Yo tengo que saber qué sucedió —dijo con decisión.

—Estoy seguro que lo sabrás, aunque sinceramente no creo que puedas hacer algo.

Colin presionó el aparato, y una vez más dejó escuchar la grabación. Kevin le observó con un rastro de preocupación.

—He notado que la mirada de las personas cambia cuando cometen un homicidio, sobre todo cuando están conscientes de ello... algo sucede, es como si se viera la maldad que llevan consigo. En ella se ve eso mismo, maldad.

Colin dejó salir las palabras que capturaron el ambiente a su alrededor, Kevin sólo guardó silencio.

TERCERA PARTE

Oscuros Secretos

1

Hospital Psiquiátrico St. James Illinois, Villa de Buffalo

Los dedos de Odette se deslizaban sobre cada uno de los cuadros de colores que formaban aquel cubo *Rubik*, que Colin Sandman le había obsequiado. Lo había armado alrededor de diez veces en un rato, y no lo había soltado en ningún minuto del día.

—Me alegra que te haya gustado —señaló Colin con la misma voz apacible, que siempre solía usar ante los problemas que debía afrontar.

Odette dejó de lado el objeto, y miró a Colin desde su cama, en la cual se encontraba sentada.

—No había tenido un cubo antes, es divertido... te hace pensar. Ya he hecho varias combinaciones —explicó moviendo los hombros.

—¿Cuál es tu color preferido? —preguntó entrando a la habitación y sentándose donde había estado haciéndolo aquellos días.

—El rojo es un color especial, no se puede formar utilizando otros colores, eso lo hace único.

—Ya veo... —pausó mirando hacia abajo con una discreta sonrisa.

Por unos minutos miró a Odette, y en ella pudo ver una inocencia gélida que por ratos se hacía presente, mas siempre parecía ausente y ajena a ésta.

—Odette, quiero saber algo.

—Dime —dijo levantándose de la cama.

—¿Yo te inspiro confianza? —inquirió.

—¿Por qué? —preguntó haciendo golpear sus dientes.

—Me gustaría saber qué piensas acerca de mí. ¿Te agrado? ¿O tal vez no? Quizá te molesta que venga. —Ladeó la cabeza.

—Creo que eres una persona agradable, al menos no me ves como una loca.

—Rio falsamente.

—No creo que estés loca. Siendo sincero, pienso que eres muy brillante, también siento que estás consciente de lo que dices y haces —externó.

—¿Y qué te hace pensar eso de mí? —cuestionó entrecerrando los ojos.

—Markus —soltó.

Odette relamió sus labios, sus cejas se movieron hacia arriba, y continuó mirando a Colin.

—Ajá... ¿quién es Markus?

—Dímelo tú —pidió con tranquilidad.

—¿Cómo saberlo? ¿Acaso he dicho algo acerca de Markus?

—Odette, eres muy hábil para enredarme en tu juego de palabras. Pero Markus no existe, tú y yo lo sabemos... —se detuvo, Odette le miró con suma seriedad, mas él no se intimidó en ningún momento—. Podemos jugar algo, si te parece, claro. ¿Qué tal decir unas cuantas frases al revés?

Odette humedeció sus labios, se movió un poco y rio ante tal comentario.

—¿En verdad? —dijo la chica con una cínica sonrisa.

—Claro, yo quiero jugar —contestó con una sonrisa divertida—. Es más, yo puedo comenzar, y luego tú sigues la frase.

—Muy bien, si eso es lo que quieres. Adelante.

—Néma... —expuso sin más.

La chica presionó sus dientes contra sus labios, pasó saliva y dijo:

—Lam led sonarbil y noicatnet ne reac sejed son on nednefo son euq sol a somanodrep sortoson omoc isa sasnefo sartseun.

Con una mano bajo el mentón Colin le escuchó finalizar.

—Eres muy hábil, por un momento me engañaste.

—Yo creo que eres muy ingenuo, pensé que tardarías menos tiempo en descifrarlo... me has decepcionado, Colin — comentó sin temor alguno.

—Así es, Odette. Me he dado cuenta de que no te hipnoticé como creí.

—No soy fácil de controlar, Colin.

—No pretendo controlarte, Odette. Sólo quiero saber un poco más de ti. Pero veo que siempre estuviste consciente.

—¿Y entonces...? —Elevó una ceja marcando una mirada perversa.

—Háblame de Markus —indicó.

—¿Qué quieres saber de Markus?

—¿Por qué lo inventaste?

—¿Por qué piensas que me lo he inventado?

—Porque creo que estabas asustada, pienso que hiciste algo grave y no querías que te pillaran. Pero no te juzgo, Odette, realmente quiero conocer tus razones para haber hecho lo que hiciste.

—¿Por qué habría de haber una razón? —cuestionó acomodándose en la silla.

—Porque los impulsos en el ser humano, siempre tienen una razón de ser. Y tú obraste por alguna...quizás es una razón que no quieres decirme, ignoro el

porqué. Pero tengo la idea, y la confianza de que en algún momento me la contarás.

—Estoy cansada, voy a dormir —concluyó levantándose de la silla y dirigiéndose a la cama.

—Esa es una forma de evadir los problemas, simplemente dándoles la vuelta en lugar de enfrentarlos.

—No hay nada que enfrentar, Colin.

—Bien, Odette —aceptó con seriedad—. Te entiendo, me retiro para que puedas descansar.

La chica sin dar respuesta, se recostó sobre la cama. Colin se dirigió a la salida, mas antes de abandonar la habitación, la voz de Odette le hizo detenerse.

—¿En realidad crees obtener algo de mí?

—Eso espero... —dijo mordiéndose la mejilla por dentro.

—¿Y si no pudieras soportar la verdad que buscas?

La voz de Odette se quebró un poco, pero aquello sólo fue una idea de Colin.

—¿Quieres contármela?

—Tal vez algún día.

—Bien, Odette, aquí estaré para escucharla cuando lo decidas. Te veré luego.

—Intentó sonreír, pero le resultaba imposible hacerlo.

Ella mentía con una facilidad impresionante, y para él eso resultaba un obstáculo, pues por más que intentara, no lograba saber cuándo ella decía la verdad. Y posiblemente nunca lo sabría, el laberinto se alargaba cada vez más, y la salida se alejaba a cada segundo.

Odette cogió el cubo Rubik, una vez que Colin abandonó la habitación, y nuevamente lo desarmó para volverlo a armar. 2

Springfield, Illinois

Aquel *Ford F150* de color negro se encontraba aparcado justamente a las afueras de la residencia Toussaint. Los rayos del sol apenas lograban atravesar el cielo y llegar a la ciudad, el frío se hacía cada vez más presente, y el viento soplaba con fuerza sacudiendo los árboles de los alrededores.

Colin Sandman se había quedado observando por unos minutos antes de decidirse a bajar. Aquella enorme casa nunca dejaba de sorprenderlo, por fuera se veía impresionante, y por dentro seguramente guardaba miles de

secretos.

Por momentos, el hombre miraba a un lado para percatarse de la hora que marcaba la radio: «8:34 a.m.» podía verse.

Tras una espera de cinco minutos aproximadamente, un hombre de grueso abrigo llegó a la residencia de la familia. Con un portafolio y una carpeta bajo el brazo, se encontraba parado mirando su reloj de mano. Al notar aquello; Colin Sandman no dudó en descender de su vehículo, cruzar la calle y llegar hasta el sujeto.

—Buenos días, soy Colin Sandman —dijo extendiendo la mano.

—William Perkins, de la oficina del alcalde —continuó—. Me dijeron que quería mirar dentro de la casa. Le entregaré las llaves, por favor cuando termine, pase a dejarlas.

—Claro, así lo haré —asintió.

—Una recomendación, señor Sandman... —comenzó—. Ésta ya no es escena del crimen, pero sigue siendo propiedad privada, y está en custodia del estado. Así que le sugiero que no mueva nada de su lugar, ni se lleve nada. ¿Me ha entendido? — Movi6 las cejas.

—Perfectamente. —Presionó los labios—. Pierda cuidado, no moveré ni el polvo.

—Bien —comentó con un intento de sonrisa forzada.

El hombre se dio vuelta para irse después de haber entregado las llaves a Colin, mas antes de alejarse, regresó para decir:

—S6lo por curiosidad, ¿qué es lo que está investigando?

—Realmente nada. Son datos para un libro que estoy escribiendo.

—¡Vaya! —exclamó con sorpresa—. Había escuchado que usted es escritor...

—pausó nervioso mientras jugaba con la manga de su abrigo—. Cuando tenga su libro no se olvide de mí. Pónganme en la dedicatoria, ya sabe.

Perkins sonrió nervioso, a Colin le causó un poco de gracia; tantas veces eran las que había escuchado eso, que posiblemente ni todo el papel del mundo hubiese alcanzado para poner a todas las personas que le habían dicho eso mismo.

—Desde luego, lo tendré presente —comentó con cortesía.

—Pues... tengo que irme, señor Sandman. Suerte —finalizó apartándose del lugar.

Colin introdujo la llave dentro la cerradura de la reja, empujó con cierta

dificultad, pues el metal era lo bastante pesado como para no sentirlo. Lentamente sus pies se dirigieron hacia la casa. Estando allí dentro, podía apreciarse lo enorme que era ésta. Se elevaba a lo más alto como si fuese una antigua mansión, tenía tantas ventanas que calcular la cantidad de habitaciones resultaba prácticamente imposible.

El color marrón de las paredes comenzaba a verse cuarteado, como si estuviese a unos días de caerse por completo. El césped había crecido bastante, tanto que los pies de Colin se hundían al caminar por éste. Algunos arbustos, que antes habían sido cuidados por docenas de jardineros para darles formas agraciadas, ahora estaban crecidos y amorfos. Los árboles comenzaban a notarse resecos, y algunos vehículos empolvados, aún se hallaban estacionados a los lados del interior de lo que era el gran jardín de la mansión.

Colin continuó avanzando hasta la entrada principal de la casa, con una mano retiró el seguro de la puerta, y entonces ingresó.

Había tanto polvo que podían sentirse las partículas volando en el aire e irritando un poco la nariz. Por dentro todo lucía gris, sin vida; y así era como realmente estaba. Era sólo un recuerdo de una magia que parecía desprender la familia Toussaint, o al menos para la sociedad así había sido en su tiempo. Era un triste recuerdo donde la pintura estaba desgastada y las luces muertas.

Los pies de Colin continuaron avanzando, no se detenían, aunque por ratos iba más despacio para poder apreciar cada centímetro del sitio. El silencio imponía su reinado, y una sensación se apoderaba de aquella casa. Era difícil descifrarlo, era como cuando hablaba con Odette; pero el misterio estaba más presente, como si no tuviese inicio ni fin. Un rompecabezas con piezas faltantes y extrañas que no tenían forma alguna para acomodarse.

Colin continuó adentrándose; observando los sillones de la sala, la gran lámpara llena de polvo colgando en lo más alto del cielo raso, algunos cuadros que seguramente eran originales y costaban muchos millones de dólares. Podía percibir un olor desagradable en la cocina, a comida descompuesta, proveniente del refrigerador que para esas alturas ya estaba acabado por el óxido.

La madera crujía un poco por falta de mantenimiento, y los rastros de luz entraban por algunos ventanales abiertos.

Colin dirigió sus pies hacia las escaleras, deslizando su mano derecha por el barandal como si subiera por un tobogán. Sus labios se humedecían a cada segundo, y sus ojos se mantenían alertos ante cualquier cosa que pudiese darle respuesta (aunque ni él estaba seguro de encontrarlas allí).

El primer pasillo era aquel que llevaba a la habitación de los padres de la chica. En el suelo, que estaba cubierto por una alfombra de color azul marino con puntos blancos, podía verse marcada el hacha que Odette había arrastrado. Se encontraba desgastada la tela, haciendo un ligero surco blanquecino que Colin había podido palpar al inclinarse a observar. Con ello era como revivir la escena del crimen; ver los descalzos pies de Odette, y sus frágiles manos dejando caer el hacha para que se arrastrara hacia la habitación de sus padres (la última noche que dormirían allí, sería esa misma).

Colin siguió, no se detuvo más, y entonces llegó a la habitación de la pareja Toussaint. Tuvo temor de abrirla, pero sabía que todo miedo tendría que vencerlo para obtener lo que tanto deseaba. Empujó la puerta sin pensarlo más, y ante sus ojos pudo ver la enorme cama recibéndole como parte principal de la alcoba. Había sangre por todos lados, el tapiz se encontraba impregnado de sangre seca que se marcaba macabramente como un tatuaje a la pared. En las sábanas de la cama había sangre adherida, que seguramente ya estaba dura y rasposa al tacto. El color era una mezcla de rojo, naranja y negro. El aroma era extraño, como óxido, pero más potente y molesto.

Colin se cubrió la nariz con su camisa, y entró al sitio con un escalofrío que le abrazó siniestramente. No se lo explicaba, pero no le gustaba estar allí, mas era necesario; no había vuelta atrás.

Sus pies se movieron confusos en el cuarto, miraba a todos lados, y en cada rincón se topaba con sangre cubriendo la alfombra, la pared, las sábanas y demás.

La marca de los cuerpos se encontraba en la cama, como si hubiesen sido delineados con la misma sangre.

Colin Sandman abandonó la habitación, cerró la puerta, y se detuvo a respirar lentamente. Los ojos le ardían, y una parte de él se rehusaba a seguir en ese lugar.

Caminó en dirección opuesta, hacia el otro pasillo que conducía a la habitación de Odette Toussaint. Entonces llegó a la puerta de la alcoba donde había dormido durante casi toda su vida Odette; abrió y entró.

Dentro de aquel sitio se envolvía un inquietante. La habitación de la pareja encantamiento Toussaint era escalofriante, pero la habitación de Odette resultaba tétrica y fascinante. Muñecas de porcelana se encontraban adornando unas repisas de cristal. El guardarropa era selecto y se componía principalmente de colores fríos (tal y como ella solía vestir). Su cama era cubierta por mantas blancas, y el color de la habitación parecía de un rosado casi traslúcido. Era el cielo, de manera retorcida; pero estaba el cielo presente en cada rincón.

Justamente sobre la cabecera de la cama, a unos pocos metros de distancia, se hallaba una cruz pegada a la pared (eso era algo común en la casa, figuras católicas).

En la mesita de noche se encontraba una lámpara que ya no encendía, y junto a ésta, un retrato con la familia junta y la niñera Agnes Harmony. En la foto todos lucían serios, lo cual para Colin resultaba algo sombrío. Odette tenía alrededor de diez años, Agnes la abrazaba, mientras André sujetaba a su esposa por la cintura y los cuatro miraban hacia la cámara.

Colin levantó la fotografía ignorando la regla de no tocar nada. Pasó el pulgar por todas las caras de los presentes en ella, y se detuvo a mirar a Agnes.

—¿Qué sabías tú? ¿Qué tantos secretos te llevaste contigo? —murmuró, como si sus palabras las pudiese siquiera escuchar Agnes.

Colin suspiró, dejó la fotografía sobre la mesita, echó un último vistazo a la habitación. En la cama de Odette sólo pudo apreciar un oso de felpa blanco y de gran tamaño (aunque casi todo era blanco allí). Incluso el oso tenía una mirada triste, como si se hubiese manchado por la tragedia de ese lugar.

Colin Sandman salió de la habitación, y después atravesó el pasillo; bajó las escaleras y abandonó la casa.

Cuando llegó a la reja, se detuvo a cerrarla; y antes de alejarse de allí, no pudo evitar percatarse de que un hombre con sudadera negra y capucha puesta, le acechaba al otro lado de la calle. Con cierta curiosidad, se encaminó rápidamente a cruzar la avenida, mas el hombre al verlo se marchó con rapidez.

—¡Oye! —emitió Colin para hacerlo detener.

El sujeto no muy convencido, detuvo su andar y se dio vuelta a mirar.

—¿Qué? —preguntó desentendido.

—No pude evitar notar que estabas observando la casa. ¿Conociste a la familia? —indagó Sandman.

—Un poco... —balbuceó.

—¿Podrías decirme algo de ellos? —pidió.

—Depende de cuánto quieres saber. —Un brillo en su mirada denotó.

—¿Cuánto me puedes contar?

—Por cien dólares algunas cosas —afirmó.

De su billetera Colin pronto extrajo un billete y se lo entregó. El hombre lo estiró y observó para después guardarlo.

—Esa familia que todo el mundo consideraba perfecta... —empezó— no lo era tanto, tenían gustos extraños.

—¿Cómo cuáles? —Juntó el entrecejo.

—Bien, mira, yo me dedico a vender cosas.

—¿Qué tipo de cosas? —inquirió.

—Juguetes.

—¿Qué clase de juguetes?

—Juguetes para adultos, tú me entiendes.

—Pero mucha gente los compra, ¿no?

—Pero ellos... —pausó, se aproximó a Colin como si quisiese esconderse de alguien; entonces susurró:—. Ellos compraban unos especiales.

—¿Qué tan especiales? —Le miró inquisitivo.

—Ya sabes, cosas de sadomasoquismo. látigos, penes de plástico con ciertas deformaciones.

—¿Qué tipo de deformaciones?

—¡Joder, tío! —expresó con risas sarcásticas—. Algunas traían unas especies de púas. Yo no me metería eso.

—¿Puedes explicarte mejor?

—Bueno... —Haló aire—. No eran precisamente púas de goma. Si le metes eso a un tío o a una tía, seguramente le romperás el culo.

—¿Y para qué los querían los Toussaint?

—Eran una pareja muy extraña. Les gustaba que les consiguiera putas jóvenes.

—¿Y qué otras cosas conseguías para ellos?

—Mira, tío, yo tengo que irme, y no quiero meterme en problemas. Pero si quieres saber algo más, te costará —señaló con malicia.

—Está bien, te pagaré —aceptó.

—Pero hoy no, será otro día. Tengo que irme —indicó tajante.

—¿Dónde puedo verte? —averiguó con cierta desesperación.

—No te preocupes, yo te encontraré —afirmó, y después se alejó.

Colin, confundido y con un estrés marcado en su rostro, le miró marcharse. Ni siquiera sabía su nombre, ni de dónde era; aquel sujeto parecía salido de la

nada.

3

Noviembre del año 2007 Springfield, Illinois

Odette abrió la puerta de la residencia, con la mochila colgándole del hombro derecho y la mirada algo extraviada. Dirigió sus pasos hacia el comedor, donde pudo ver a sus padres en compañía de una joven con un vestido (hecho de una tela brillante de color violeta y aspecto vulgar) tan corto que incluso dejaba ver más allá de sólo sus piernas. Llevaba los labios pintados de un rojo intenso, y los ojos delineados de negro; sus pechos se exponían demasiado con aquel traje ajustado, y sus botas negras le llegaban hasta las rodillas. Era guapa, joven y de mirada perversa.

La expresión de Odette se endureció, sus cejas se enarcaron, y sus dientes presionaron sus labios con fuerza.

—Odette, que bueno que has llegado ya —comentó su madre con una sonrisa, mientras con una mano sostenía un tenedor con el cual había picado un poco de camarón.

—¿Por qué no nos acompañas? —ofreció su padre, y después bebió un poco de vino tinto.

—Ella es Brenda, una amiga que nos acompaña hoy — señaló Florencia a la chica que se encontraba justamente a su lado.

André continuaba comiendo con una disimulada sonrisa, Odette seguía sin quitarles la mirada de encima.

—Odette, no te quedes allí parada —comentó Florencia con cierta incomodidad.

—Princesa, siéntate junto a mí. Estamos comiendo camarones, están deliciosos —indicó André.

—No tengo hambre —replicó Odette dándose la vuelta.

Mas antes, la sonrisa sarcástica de Brenda le apuntó, como un golpe de agua fría que la bañó; los ojos de Odette se enseriaron aún más, pero sin prestar demás atención abandonó el comedor.

—Discúlpala, ella es muy tímida. Pero nosotros nos divertiremos en unos minutos más —dijo Florencia tocando del hombro a Brenda.

—Claro que sí —asintió la joven.

Odette llegó a su habitación, con los ojos llorosos azotó la puerta y se lanzó

sobre la cama. Presionó su rostro contra la almohada, ahogando todo llanto y rastro de tristeza que pudiese tener. Se incorporó, sujetó su móvil y buscó entre la agenda el nombre de Lewis Beckham (un número que según ella había eliminado de su lista de contactos, pero que por alguna razón seguía allí). Lo señaló con su dedo, mas antes de presionar, unas carcajadas provenientes del pasillo la hicieron levantarse a mirar.

Entreabrió la puerta y observó, estaban sus padres entrando junto con Brenda a una de las habitaciones.

Las estridentes risas tenían un encanto malicioso, Odette lo comprendía perfectamente; no era la primera vez que había presenciado algo así, y en definitiva no sería la última.

Frunció los labios, apretó con fuerza el móvil (tanto que sus nudillos quedaron blancos), se alejó de la puerta; y entonces llamó a Lewis.

—¿Sí? —se escuchó el característico acento británico del chico.

—Soy Odette... —susurró.

—¿Odette? —cuestionó como si no terminara de creerlo—. ¿Sucede algo?

—Quiero que vengas por mí ahora mismo —soltó sin pensarlo más.

—¿Qué? —preguntó con un marcado tono de sorpresa.

—Ya te he dicho, no quiero estar un segundo más aquí.

—¿Está todo bien?

—¿Puedes hacerlo o no?

—¿Dónde quieres que te vea? —averiguó con cierta preocupación.

—Afuera, estaré esperando fuera de la casa.

—¿Segura? ¿Sucedió algo? —Frunció el ceño.

—No, te veo en unos minutos —finalizó.

Y antes de dar tiempo a que Lewis hablase más, la chica cortó la llamada. El joven, pensativo y sin entender del todo lo que había ocurrido, cogió las llaves de su vehículo, salió de la casa y se dirigió a la residencia Toussaint.

Los minutos pasaron, Odette se mantuvo despierta mirando el reloj a cada momento. No conseguía sacar las risas de su cabeza, éstas golpeaban fuertemente cada pensamiento que cruzaba por su mente; era como si se atraparan en los pasillos y caminaran velozmente hasta su recámara, no se detenían.

Odette cogió su abrigo y después abandonó la habitación; pasó por la recámara donde los gemidos azotaban contra la puerta, pero no se detuvo. Tragó saliva y salió de la casa.

A las afueras de la residencia, las luces delanteras del vehículo de Lewis le apuntaron directamente como señal de que ya se encontraba esperándola.

Decidida, la chica caminó rumbo al auto, abrió la puerta del copiloto, echó un último vistazo a la casa, y luego lo abordó.

—¿Está todo bien? —interrogó Lewis al momento que Odette se acomodaba en el asiento.

—¿A dónde iremos? —cuestionó la joven sin mirarlo a los ojos.

—No lo sé. —Movi6 los hombros—. Aún no entiendo por qué querías que viniese por ti. Pensé que te desagradaba la idea de estar conmigo.

—Cambié de opinión —dijo inexpresivamente.

—Bien... ¿A dónde quieres ir? —continuó confundido.

Odette se detuvo sin responder, lo miró lentamente, humedeció sus labios y después dijo:

—¿A dónde planeabas ir antes de mi llamada?

—Hay una fiesta en la playa —indicó.

—Bien, vayamos —afirmó y se recargó en el asiento sin mirar más a Lewis.

El chico asintió con la cabeza, movió la palanca de velocidades, y puso en marcha el vehículo.

—No quiero meterme en tus asuntos, pero ¿has peleado con tus padres? —indagó sin quitar la mirada de la carretera.

—No —acortó.

—¿Entonces? —Elevó la ceja.

—¿Qué cosa? —Le miró discretamente.

—Me sorprende que llamaras, sobre todo a mí.

—¿Te molesta?

—No, Odette, es sólo que es extraño. Pero... —se detuvo, hizo una mueca, llevó su mano al bolsillo de su pantalón y extrajo unos cigarrillos—. Da lo mismo. ¿Te importa si fumo?

—No. Yo quiero uno.

—¿Eh? —balbuceó incrédulo con una sonrisa asomándose en sus labios—.

¿Tú fumas?

—Sí, ¿por qué lo dudas?

—Por nada... —Mordió sus labios y entregó un cigarrillo a la chica.

Odette se llevó el cigarrillo a la boca, lo apretó entre sus labios y después cogió el encendedor del auto para prenderle fuego.

—Admito que me sorprendes, te creí más inocente — bromeó Lewis, al momento que presionaba el botón de junto para bajar los cristales del

vehículo.

—¿Por qué?

—No lo sé, no pareces ser del tipo de chica que fumaría o huiría de casa. — Dio vuelta al volante con una sola mano mientras movía la palanca de velocidades con la otra.

—Tú pareces un idiota. —Entornó los ojos, Lewis rio en alto ante el comentario.

—¿Y no lo soy?

—Sí, lo eres.

—¿Cuál es el punto? —inquirió dejando escapar el humo de su boca.

—No importa.

—Siempre eres tan reservada, ¿por qué? Técnicamente estamos en confianza, ahora estoy formando parte de tu huida.

—No me interesa que formes parte de algo. —Sacudió el cigarrillo por la ventana del auto.

—Bien. Odette, acabas de herir mi ego —expresó con una sonrisa divertida.

La chica le miró de reojo y después dejó caer el cigarrillo por la ventanilla. Las llantas del vehículo terminarían por aplastarlo contra el pavimento.

—Ya pronto llegamos... —señaló Lewis al momento que el automóvil empezaba a adentrarse a la arena de la playa.

Los neumáticos se hundían un poco, y la brisa del mar se colaba por las ventanas.

—No debo llamar a la policía, ¿o sí? —cuestionó el chico.

—No.

—Bien, entonces no lo haré.

—Gracias.

—¡*Aleluya!* Un «gracias» ha salido de tu boca —dijo entre risas.

Pronto aparcó el vehículo, retiró las llaves del switch, y después se detuvo a mirar a Odette esperando que ella se decidiese a descender.

—¿Y bien? —inquirió él.

—La música está muy fuerte —comentó mirando hacia la alfombra bajo sus pies.

—Es una fiesta, ¿qué esperabas?

—No entiendo por qué hicieron una fiesta en la playa, hace demasiado frío para eso.

—Supongo que el plan no es precisamente meterse al agua.

—Supongo que tienes razón.

—Voy a bajar, cuando te decidas a salir me sigues —apuntó.

Lewis abrió la puerta del piloto y pronto descendió del vehículo. Avanzó unos cuantos pasos deteniéndose por momentos, pues la arena se metía a sus zapatos. Guardó las llaves del auto dentro el bolsillo de su chaqueta y continuó caminando.

Odette le miró alejarse por el cristal del parabrisas, y sin pensarlo más bajó del automóvil.

—¡Lewis! —llamó a lo lejos.

El chico se dio media vuelta y esperó a que ella se acercase hasta él. Odette se aproximó a paso lento, mientras el cabello le azotaba contra el rostro al momento que el viento soplaba.

La cercanía con el mar intensificaba la brisa y el frío, Odette se abrazaba a sí misma, Lewis parecía no sentirlo.

—¿Me dirás por qué huiste de casa? —preguntó el chico con curiosidad a medida que se iban acercando a la fiesta.

—No entiendo tu interés en saber.

—Pues... —pausó, sus pies se detuvieron y contuvo a Odette del brazo—. No quiero meterme en líos por ti.

La chica le miró con reserva, más prosiguió a hablar. —No tienes que hacerlo.

—Lamió sus labios.

Lewis la observó sin decir más, la soltó y continuó caminando.

Un grupo de jóvenes bailaban en la arena alrededor de una fogata, la música reventaba todo a su alrededor, el suelo vibraba, y las olas se agitaban con fuerza.

—¡Tío! ¡Pensé que no llegarías! —vociferó un chico que con un vaso de cerveza se había aproximado al pelirrojo.

—Aquí estoy —dijo Lewis con una sonrisa amistosa.

—Hay tanto alcohol aquí que podrás beber cuantos litros quieras.

—Bien.

—Música, comida, tías buenas que esperan tener sexo esta noche. No puedes pedir más —bromeó dejando salir su aliento alcohólico.

—Seguro hoy me divertiré como nunca.

—Bien, ahora vuelvo... —balbuceó un poco y se alejó con tambaleos al caminar.

Lewis se llevó una mano al bolsillo y extrajo su móvil para mirar la hora. Odette se aproximó hasta él y tiró suavemente de su chaqueta.

—Me gustaría ir a otro lugar.

—¿A dónde? —Se volteó a mirarla.

—Hay un muelle no muy lejos de aquí.

—Ajá, ¿quieres ir allí?

—Sí.

—De acuerdo.

Lewis metió ambas manos a los bolsillos de su pantalón y después comenzó a caminar por la orilla del mar. Seguido iba Odette, quien con cierta timidez se apretaba los brazos con las manos.

—¿Hay algo que quieras contarme? Sé que no soy la mejor persona para aconsejarte pero... creo que tampoco soy tan malo escuchando.

—No hay mucho que decir. —Siguió moviendo los pies, por momentos desviaba su mirada hacia el mar y apreciaba como las olas rompían a unos centímetros de ella.

—Odette... —pausó sin saber cómo seguir.

—No tienes que decirme nada —indicó y después se aproximó hacia el muelle.

—No tengo idea de qué decir, siempre eres tan... —Subió el primer escalón del muelle.

—¿Extraña? —completó en una pregunta que Lewis no pudo responder.

Odette caminó detrás del chico, subió los escalones uno por uno hasta llegar a lo más alto del muelle, continuó avanzando por los tablones que conformaban la construcción, e hizo sonar sus pies a cada paso.

—¿Alguna vez has sentido que estás en la punta de un iceberg y te da miedo caer, porque no sabes que hay debajo de ti? —las palabras salieron débiles de la boca de Odette, parecía susurrarlas.

—No sé a qué te refieras con eso —negó confundido.

—No importa mucho... —continuó, y entonces se detuvo frente al chico.

Lewis la miró detenidamente por unos minutos, ante el brillo de la luna se notaba una inocencia blanquecina proviniendo de Odette. Tenía un toque de sensualidad, pero una sensualidad perversa que por momentos eclipsaba su inocencia. Su rostro parecía el de una muñeca de porcelana (muy parecido al de las muñecas que adornaban su habitación).

Lewis pasó saliva y endureció la mandíbula inconscientemente, por unos segundos sintió las piernas temblándole como si no pudiese sostenerse sobre ellas. —¿Yo te gusto? —indagó la chica con una sonrisa oculta. —¿Qué? —preguntó absorto.

—Lewis... —Dio un paso y se acercó más a él—. No tengo idea de qué

pasará después de esta noche, pero creo saber lo que quiero que pase ahora.

—No te entiendo... —Movi6 la cabeza (lo sabía, en el fondo sabía lo que ella quería decirle).

—¿Sabes nadar?

—¿Cómo? —Sus cejas se elevaron y su frente se arrugó.

—¿Sabes nadar?

—Sí, ¿por qué?

—Vas a necesitarlo —dijo acompañándose de una risa.

Lewis le observó incomprendido ante la situación, mas la mano de ella rápidamente le empujó a la orilla del muelle, haciéndolo caer al agua.

El golpe contra el agua dolió, estaba tan fría que casi pudo sentir los huesos hechos pedazos; sin embargo el chico impulsó su cuerpo hacia la superficie. Al llegar allí haló una enorme bocanada de aire.

—¡Estás loca! —gritó desde abajo.

Odette comenzó a reír estrepitosamente, y después se lanzó al agua para caer junto a él.

—¡¿Qué carajo?! —exclamó el chico.

El cuerpo de Odette salió hasta llegar al lado de Lewis, y luego ella golpeó el agua con las manos.

—Está helado —expresó Lewis con los labios morados y entumecidos.

—Podemos calentar el agua... —soltó con una sonrisa llena de picardía.

—No te entiendo un carajo... —dijo con cierta molestia.

—No tienes que entender nada.

Las manos de Odette agitaron el agua para llegar más cerca de Lewis. Envolvió el cuello del chico dejando que las gotas de sus labios se juntaran con las de él.

En un beso acabó con el frío del joven, y ante ello Lewis quedó confundido. Sujetó de la cintura a Odette y la presionó más contra su cuerpo. Sus lenguas se enredaron saboreándose mutuamente, sus labios bailaron en una danza de seducción. No había frío ni preocupaciones, todo había quedado envuelto en una serie de emociones de riesgo.

Odette se separó lentamente, Lewis abrió los ojos sin poder comprender del todo lo que estaba pasando. Sus pies continuaban moviéndose bajo el agua, y los de Odette parecían alejarse poco a poco.

—¿Estás ebria? —cuestionó el joven.

—No, ¿por qué? —dijo entre risas.

—No pareces tú.

—Estoy bien. Sólo quiero ser diferente esta noche... y traigo algo que seguro podremos utilizar —indicó, y con dificultad extrajo una bolsita negra del bolsillo trasero de sus jeans—. Se trata de divertirnos hoy.

—Ya veo... —Sonrió traviesamente al ver aquel condón que Odette había llevado consigo.

La chica movió las manos hacia atrás para ir saliendo del agua. Lewis le siguió como un cazador persiguiendo a su presa.

Ambos salieron del agua, Lewis caminaba con dificultad entre la arena, sus pies se hundían y su ropa pesaba. El frío se sentía más intenso allí afuera, pero con la emoción lo había olvidado casi por completo.

Odette se lanzó hacia él y comenzó a besarlos desesperadamente. Lewis por su parte la sujetó de la cintura con fuerza, a lo que ella tiró de su cabello causándole cierto dolor.

Los dientes de la chica prensaron el labio inferior de él, y al momento un sabor a óxido llenó las papilas gustativas de ambos. Lewis apartó a Odette y enseguida se llevó la mano a la boca.

—¡Eres una maldita loca! —exclamó fascinado—. Te voy a arrastrar a lo más profundo del infierno.

Los ojos de Lewis brillaban, las pupilas se le habían dilatado como si la sangre lo hubiese enloquecido; tiró del brazo de Odette y la atrajo nuevamente hasta él. Los dos comenzaron a besarse con desenfreno, la mano de Lewis se fue deslizándose bajo la remera de Odette (dispuesto a quitársela de una buena vez); pero antes de que pudiese intentarlo, la chica se separó enseguida y vomitó sobre él.

Los ojos de Lewis se abrieron con espanto, su estómago empujó contra su abdomen como si algo quisiera salir de su interior; y de la boca de Odette continuó saliendo un líquido revuelto con residuos de comida.

—¡Mierda! —gritó furioso el chico—. ¡Joder! ¡Esto es un asco!

Los zapatos de Lewis habían quedado empapados del vómito, y la pestilencia no había tardado en sentirse. Odette se incorporó limpiándose con una mano; con los ojos enrojecidos y las mejillas ruborizadas, se colocó frente a Lewis y dijo:

—Lo siento.

—¿Qué te sucede? —interrogó con una expresión de náuseas.

—No lo sé —negó mareada.

—¿Quieres ir al médico?

—¡No! —gritó defensivamente.

—Cálmate, no he dicho nada malo.

—¡Idiota!

—¿Qué demonios te ocurre?

Odette, sin decir más, llevó su rodilla hacia el miembro de Lewis y golpeó con fuerza, provocando en él un dolor inmediato como si se le hubiese quebrado la espina dorsal.

—¡Maldita perra loca! —exclamó encolerizado.

Odette corrió a una dirección incierta, dejando al chico adolorido presionando las manos contra sus testículos. 4

Hospital Psiquiátrico St. James Illinois, Villa de Buffalo

—Adelante —se escuchó desde el consultorio la voz de Foreman (un tono grave y raspos).

Colin se encontraba afuera de éste con el móvil en la mano, revisando unos mensajes que había recibido desde la mañana de algunos pacientes suyos. Llevaba bastantes semanas sin atender del todo su consultorio, había que admitir que Colin también se estaba obsesionando con el caso de la familia Toussaint.

El hombre guardó el móvil dentro su gabardina de color caqui, empujó la puerta e ingresó al sitio.

—Buenos días, doctor —habló Sandman.

—Pensé que se había marchado, como demoró en entrar — comentó mientras redactaba en la computadora unas recetas médicas.

—Lo lamento, estaba revisando unas cosas.

—Dígame, ¿qué se le ofrece?

—No le robaré mucho tiempo —continuó y se sentó frente al médico.

—¿Entonces? ¿Qué sucede? ¿Va todo bien con Odette? — indagó con curiosidad.

—Sí, aunque tengo unas dudas —puntualizó.

—Dígame. —Dejó de teclear y se acomodó a mirarle con la mano bajo el mentón.

—Hay una personalidad oculta en Odette, he investigado y si no me equivoco se hace llamar Markus.

—Claro, Markus... —pausó pensativo, se retiró los anteojos de descanso que solía utilizar para leer, y prosiguió—. Es especial ese personaje.

—¿Por qué? —enserió.

—Pues, mire, señor Sandman... Cuando Odette llegó a este lugar, estaba en estado catatónico, decía cosas sin sentido; tenía alucinaciones auditivas sobre todo, y mencionaba a Markus, un supuesto soldado romano que le susurraba cosas sobre quienes le rodeaban. De allí sucedió todo el incidente.

Colin movió la nariz como si le diera picor por dentro, analizó unos segundos lo escuchado, y preguntó:

—¿Qué le dijo Markus a Odette?

—En teoría él le dio órdenes, la manipuló y ella cometió el crimen —explicó mientras movía las manos lentamente.

—¿Qué tan real es Markus para Odette?

—Yo pienso que es muy real, tanto que tenía miedo a no acatar sus órdenes. Por esa razón hizo lo que hizo.

Colin bajó la mirada por unos minutos, retomó su posición inicial, e intentó ocultar la verdad de lo que sabía sobre Markus y su supuesta existencia.

—¿De dónde cree que surgió Markus? —interrogó el psicólogo.

—No lo sé exactamente, le mentiría si le diera una respuesta exacta. Cuando hay de por medio una religión, las personas tienden a tener creencias ante la existencia de demonios, exorcismos y demás cosas que hasta fecha no comprendo del todo. Pero le aseguro que Odette no era consciente de que Markus no era real.

—No entiendo —negó con seriedad.

—Lo que creo es que en base a sus creencias, a posibles sustancias en su organismo, se desarrolló esta especie de personalidad en Odette, que la hacía hacer y decir cosas sin que ella estuviese plenamente consciente. Por momentos, cuando ella ingresó aquí, tenía ratos de lucidez mental donde señalaba no recordar nada. Mas cuando estaba presente Markus o se revelaba ante nosotros, mostraba una conducta agresiva que era muy diferente a la personalidad de ella.

—¿Cómo es Odette con ustedes? —inquirió.

—Me imagino que no cambia mucho a cuando está con usted. Odette es una chica sensible, inocente, y yo pienso que muy insegura. Quizá presente una autoestima baja. La adolescencia y la juventud son parte de un desarrollo a veces doloroso, los jóvenes se sienten incomprendidos, son más susceptibles. Nada justifica un acto de esa magnitud, como el que se cometió con los Toussaint; pero en el caso de Odette, ella no es culpable. Es más, me atrevo a decir que es inocente, no era consciente de lo que sucedió.

Colin suspiró, se mantuvo en silencio por unos segundos, pensando perfectamente en lo que diría; por nada del mundo debía revelar lo que sabía.

—¿Qué sucedió esa noche? —preguntó con cierta reserva y temor.

Foreman humedeció sus labios, jaló aire y continuó.

—Sinceramente las pruebas no arrojaron que hubiese alguna sustancia en el organismo de Odette, pero yo sí considero que hubo algo así. Sobre todo porque ella hablaba sobre su visita a una extraña hermandad.

—Nightwalkers —completó.

—Esa misma. Allí pudo haber consumido algo días antes de lo ocurrido.... —pausó, mordió sus labios y siguió hablando—. Esa noche Odette cogió un hacha y asesinó a sus padres, aunque creo que eso ya lo sabe usted. Si se refiere a que pasó exactamente por la cabeza de la chica, pues... —Suspiró—. Odette escuchó una voz, era Markus, quien le dijo que tenía que matar a sus padres para salvarlos del infierno. Si no lo hacía, ningún integrante de su familia entraría al cielo. Ellos eran católicos, para Odette fue difícil, traumático, no me imagino su miedo. Entonces lo hizo... Analizar a las personas con esquizofrenia es como querer obtener preguntas acerca de si el universo tiene un final o no. La esquizofrenia es compleja, y sólo es una pequeña parte de lo que compone a las enfermedades psiquiátricas. La mente es un enredo de situaciones que difícilmente se explica uno, ni con años de estudios se llega a entenderlo todo al cien por ciento. No sé qué pasó por la cabeza de Odette, yo sólo le digo lo que ella me dijo a mí.

Colin meditó, sus ojos le ardían, el calor en la oficina parecía intensificarse a pesar de estar nevando afuera.

—¿Y ella? ¿Qué hacía cuando se le encontró?

—No lo sé del todo. Lo que sí sé es que estaba desnuda, por alguna razón se retiró la ropa y se sentó frente a sus padres a contemplar todo lo que había hecho... Un acto realmente macabro. Este ha sido de los casos más impactantes que me ha tocado ver y tratar. Una joven que asesina a sus padres siempre es motivo de tabú en la sociedad, a la gente no le gusta hablar de esos temas; les asusta pensar que eso suceda, pero es más común de lo que parece. Y resulta más terrible cuando lo hacen siendo conscientes. Uno de los casos que me ha tocado llevar y darle tratamiento fue el de un chico de doce años que asesinó a su madre mientras cocinaba. Usted se preguntará como lo hizo, pues cogió un revólver y le disparó en la espalda; le atravesó un pulmón, la mujer murió en la ambulancia. El padre del chico golpeaba a su madre, una noche llevó un arma y le pareció buena idea enseñar a su hijo a disparar; un

acto bárbaro. El chico quería salir a jugar una tarde con sus amigos, su madre no le dejó y él, enfurecido, cogió el revólver y le disparó. Cuando cruzó por mi consultorio estaba llorando convulsivamente; me decía que se sentía arrepentido, que no quería hacerlo. Fue la primera vez que lo vi... —se detuvo, sus ojos estaba cristalizados, Colin le miraba sin decir nada—. La última vez que lo vi fue dos días antes de que se suicidara, un niño de doce años teniendo ese tipo de decisiones. A veces la sociedad nos asusta, no queremos ver, y eso es peor que cualquier otra cosa. Ojalá pudiésemos entender que nosotros estamos aquí para evitar que esas cosas sucedan; debemos proteger a los más jóvenes, pero en lugar de eso los destruimos.

Colin pasó saliva y continuó escuchando a Foreman.

—Yo creo que esa noche, Markus obró con la mano de Odette.

—Doctor Foreman, ¿cree en las posesiones?

Un soplido brotó de la boca de Foreman, era casi inaudible, pero Colin lo percibió como un intento de reírse.

—No lo sé, señor Sandman, creo que no soy el indicado para responder a eso. Una vez le dije que el hecho de que yo no creyera, no quitaba la posibilidad de que fuera posible.

—Gracias... —dijo el hombre en voz baja—. Debo irme. — Se levantó de la silla.

—Espero tenga suerte con su libro. —Sonrió con sinceridad—. Algo me dice que se ha ganado la confianza de Odette.

—Yo creo que sí. Aunque hay dudas que no termino de resolver.

—Ella lleva años aquí, y yo aún no la conozco del todo. Pero sé que no es mala, no la percibo así.

Colin movió la cabeza mientras miraba sus pies, unos segundos se mantuvo sin hablar, mas pronto finalizó.

—Quizá me he ganado su confianza.

Sandman se dio vuelta, abrió la oficina y salió de allí.

Colin sentía que más allá de cualquier cosa que pudiese decir Foreman, Odette con él era una persona muy distinta a la que era con el resto. Era inteligente y ocultaba demasiados secretos que a Colin comenzaban a asustarle.

5

23 Diciembre del año 2007 Denver, Colorado

Tras la mira telescópica de aquel rifle, se encontraba el ojo de Odette, quien

observaba atenta ante cualquier movimiento que pudiese darse. Su dedo tocaba el gatillo sin presionarlo todavía, su cuerpo se encontraba recostado sobre la nieve, mientras sus codos se acomodaban de tal manera que le permitían elevarse y ver mejor el panorama.

A un costado de ella se hallaba su padre, quien al igual portaba un rifle. Sobre su cabeza tenía un gorro de leñador con orejeras, unas enormes botas que le servían para caminar sobre la nieve, y un gordo abrigo que le cubría del frío.

—Respira despacio... —susurró André a su hija.

Odette le miró sin decir nada, llevó sus ojos al frente, y entonces vio a su madre dentro el vehículo sentada en el asiento del copiloto. La mujer se delineaba los labios con aquel color rojo carmín que a André solía enloquecerle.

La respiración de Odette bajó de intensidad, su mirada endureció, su pulso casi se detuvo; era como si actuara con frialdad, como si fuese capaz de calcular sus movimientos. No sentía pena, no sentía miedo, no sentía dolor.

Dirigió discretamente la mira telescópica hacia su madre, la movió de tal forma que apuntara en línea recta sobre la frente de ésta. Sujetó con fuerza el rifle, y llevó su dedo índice hacia el gatillo como si lo acariciara. Por unos minutos se imaginó la bala saliendo del rifle y surcando un camino en dirección a la mujer; se imaginó la cabeza de Florencia explotando por dentro tras el impacto de una bala. La chica sonrió discretamente, pensó que podría justificar todo diciendo que había sido un tiro mal calculado, con mil mentiras que atravesaron su mente en ese momento.

André estaba tan atento a la caza que por ningún instante pudo ver lo que Odette hacía, él simplemente saboreaba su próximo trofeo.

—Allí está... acércate... eso es... —murmuró André con una sonrisa de triunfo.

Un disparo se escuchó ensordecir todo el escenario, cuando el arma se activó y golpeó a aquel enorme ciervo de astas grandes y hermosas.

El cuerpo del animal cayó sobre la nieve, dejando la manta blanca manchada de rojo, un rojo que se absorbería hasta tocar la tierra que se escondía bajo la

nevada.

—¿Ahora ves que no es tan difícil? —comentó André a su hija mientras se levantaba del suelo—. Hay que ver.

El hombre caminó con el rifle en la mano en dirección al ciervo, éste agonizaba haciendo movimientos suaves sobre la nieve, dejando más rastros de sangre por todo el lugar. Como si fuese un niño haciendo ángeles, pero ángeles rojos.

Odette parpadeó un par de veces, se levantó, avanzó hacia su padre, mirando por momentos a su madre (quien ya había bajado del vehículo).

—¡Buen trabajo, amor! —exclamó Florencia con alegría.

—Gracias, ahora ya tenemos un nuevo integrante en la familia —bromeó André.

El hombre extrajo de aquel cinto con bolsillos que llevaba alrededor de la cintura, un cuchillo de cazador y un hacha para destazar.

—Odette, quiero esa cabeza en la sala. ¿Puedes cortarla? Debes ser cuidadosa —dijo entregándole el hacha.

—Claro —asintió cogiendo el objeto.

La chica se aproximó al ciervo, sus pies se marcaron sobre la nieve, se inclinó a observarlo un instante. El animal ya estaba muerto, el hielo casi congelaba su cuerpo por dentro, y la sangre se veía naranja sobre el gran manto blanco. Los dedos de Odette acariciaron el pelaje del ciervo, y su nariz percibió el aroma puro de la sangre llenando el ambiente.

—Tengo que premiarte por esto... —susurró Florencia al oído de André.

Sus labios parecían devorar sus oídos, y su lengua había comenzado a frotar el lóbulo de su oreja. El rastro de saliva que dejaba era excitante y perverso mientras sonreía con satisfacción. Sus manos se deslizaban a la parte baja de la espalda de él. André reía en bajo ante lo que Florencia continuaba diciendo. Los ojos de Odette se desviaron del ciervo, miraron a su madre y luego a su padre. Pudo leer los labios de Florencia, eran palabras sucias que la hacían enojar, palabras que la estaban despedazando por dentro. Cada caricia de su madre la hacía arder, su simple presencia le resultaba agobiante.

Odette presionó el hacha con fuerza, y entonces lo azotó contra la cabeza del ciervo, despedazándola casi por completo.

—¡Odette! ¡¿Qué mierda haces?! —gritó André separándose enseguida de Florencia.

—Tú me dijiste que cortara la cabeza —puntualizó con enfado.

—Pero no así, la has destrozado.

—¡Eres una estúpida! —soltó Florencia al momento que se llevaba las manos a la cintura.

Odette dio un paso hacia su madre, sujetaba el hacha con fuerza, y sus labios se habían apretado tanto que estaban casi blancos.

—Entonces hazlo tú —dijo Odette, y golpeó el mango del hacha contra el pecho de su madre.

La mujer se tambaleó por el golpe, sintió el aire salirse de sus pulmones y enseguida tosió ante tal acción. André miró a su hija con desconcierto sin poder decirle nada; Odette sólo caminó al vehículo, y después se subió a éste.

6

Hospital Psiquiátrico St. James Illinois, Villa de Buffalo

El frío manto blanco se extendía por todo Illinois, cubriéndolo de la época de invierno. Un ligero ardor atravesaba los poros de la piel, de todo aquel que tocaba la nieve o respiraba el viento que de noche helaba aún más.

Las manos de Colin se encontraban cubiertas por unos guantes de color gris (la mayoría de las veces solía usar esos), sus pies se encaminaban a los jardines principales del Hospital psiquiátrico, el cual empezaba a conocerse de memoria. El exterior brillaba por las luces que todas las épocas navideñas eran utilizadas por las enfermeras del lugar. Un enorme árbol navideño de color blanco y esferas azules recibía a todos en la entrada; el aroma a café se sentía más penetrante que veces anteriores; y la calefacción ya se encontraba trabajando.

—Señor Sandman, buenos días —saludó la joven enfermera de la recepción.

—Buenos días —habló amablemente mientras se retiraba la bufanda que rodeaba su cuello, dejando caer un poco de nieve en el alfombrado de la recepción.

Colin avanzó por los pasillos en dirección a la habitación de Odette, se detuvo de frente para retirarse los guantes y después abrir la puerta.

Sobre la cama pudo ver a Odette recostada como siempre, entre sus manos estaba el cubo *Rubik* que Colin le había obsequiado; era una costumbre ya verla armándolo.

—Hola... —saludó el hombre con una cálida sonrisa.

—¿Qué tal la nieve? —curioseó la chica sin quitar los ojos del juego.

—Pues, fría... —bromeó.

—¿En verdad? No lo creo —comentó con sarcasmo, lo que a Colin le hizo reír espontáneamente.

—No me gusta mucho la nieve, es difícil moverse en la ciudad, el frío no es lo mío.

—Ya veo... —pausó dejando el cubo de lado—. Pensé que no vendrías hoy.

—Se incorporó sentándose en la cama.

—¿Por qué?

—No lo sé. Pero ahora veo que el frío no te detiene.

—No lo hace —dijo con una sonrisa—. ¿De qué quieres conversar hoy? —indagó sentándose donde siempre lo hacía.

—Tú eres el psicólogo, tú eres el de las preguntas.

—¿Te gusta la navidad?

—No lo sé... no es una fecha que me entusiasme tanto.

—¿Entonces? —Ladeó la cabeza.

—¿A ti te gusta? —Avanzó hacia las sillas.

—Me trae recuerdos... —su voz pareció apagarse, como si su mente divagara un poco.

—¿Qué recuerdos?

—Sobre mi familia, yo crecí con unos tíos en Chicago. La verdad es que creo que tuve suerte. Eran muy buenas personas.

Una mueca se dibujó en la boca de Odette, su mirada bajó y simplemente preguntó:

—¿Y tus padres? ¿Qué hay de ellos?

La chica se sentó frente a Colin, encogió sus piernas y apoyó su mentón sobre sus rodillas.

—Bien, pues ellos... —Pasó saliva—. Murieron cuando era muy pequeño, tenía siete años; tuvimos un accidente en el auto. Yo me salvé, dicen que fue un milagro. Dos días después cumpliría años... —se detuvo, dejando unos rastros de desolación en sus palabras.

—¿Te querían? —inquirió con seriedad.

—Yo creo que me amaban como a nadie en el mundo.

—Al menos lo sabes... —comentó intentando sonreír, con una mirada que por primera vez para Colin resultó expresiva y confortante.

Sandman miró hacia la ventana de la habitación, sus ojos se fijaron en los delicados rayos del sol que apenas atravesaban las nubes para tocar la ciudad. La nieve se extendía de manera magnífica sobre lo que era el jardín del hospital, los árboles eran blancos, y las sillas apenas se veían. Pero a pesar de

ello, el día lucía hermoso, como si estuviese el cielo presente.

—¿Te gusta la nieve? —preguntó Colin.

—Sí, mucho —asintió.

—Abrígate bien. Ahora vuelvo —señaló levantándose de la silla, y prosiguió a abandonar la habitación.

Colin llegó al consultorio de Foreman en sólo cuestión de minutos, golpeó a la puerta sin evitar ver la corona navideña que colgaba de ésta.

—Adelante... —indicó el médico tratante de Odette. Colin empujó la puerta y después ingresó al lugar. —Señor Sandman, ¿cómo va todo? —preguntó Foreman

con cortesía, y después bebió un poco de chocolate caliente de aquella taza con un *Santa Claus* dibujado, que su pequeña hija de ocho años le había obsequiado.

—Bien, de hecho venía a pedirle un favor especial. —Dígame —continuó.

—No sé si sea permitido que los pacientes salgan al jardín cuando hay nieve.

—¿Quiere que Odette salga? —intuyó.

—Sí, en realidad creo que le haría bien para su rehabilitación. El encierro a veces los deprime, y más en esta época.

—No suelo dar ese tipo de permisos... —pausó con seriedad—. Pero hoy haré una excepción, Odette casi está rehabilitada. Creo que podría ser bueno para ella salir un poco.

—Gracias, doctor —prosiguió, y se dio vuelta dispuesto a salir.

—Por cierto, debería probar el chocolate, está delicioso.

—Lo haré —dijo con una sonrisa.

Colin regresó a la habitación, con un destello de felicidad dijo a Odette:

—Ya podemos salir.

—¿Cómo? —preguntó con extrañeza.

—Me dijiste que te gusta la nieve.

—¡Vaya! —exclamó con sorpresa—. No pensé que lo consiguieras.

—No fue tan difícil. Vayamos afuera —señaló.

Odette cogió un abrigo aterciopelado que se encontraba dentro uno de sus cajones, se colocó unas botas que estaban bajo su cama, y después caminó con

Colin hasta la salida.

La primera ráfaga de viento enrojeció las mejillas de la chica enseguida, la segunda la hizo estremecerse por completo. Pero eso no le robó la ilusión de ver nuevamente de cerca la nieve.

Sus pies bajaron los dos escalones que dividían el jardín de la sala hospitalaria. Los pequeños copos de nieve fueron tocando el abrigo de Odette, sus manos se extendieron para sentirlos caer, y sus ojos miraron al cielo perdidos en la inmensidad de éste.

—Hoy luce bellissimo el día... —habló la chica con emoción, con una sonrisa ligera que curvó sus labios, y con una mirada que se cristalizó inciertamente.

—Sí... luce precioso —comentó Colin acomodándose tras de ella.

Odette caminó un poco más hacia el jardín, adentrándose en la nieve, sintiéndola bajo sus pies y sobre su cabeza. Se acomodó a unos cuantos metros de Colin, y después se inclinó a agrupar un poco de nieve entre sus manos, entonces la comprimió en una pequeña bola para después arrojársela a Colin.

—¡Hey! —exclamó él entre risas, a lo que de igual manera se inclinó para hacer una bola de nieve y lanzarla contra Odette.

La chica continuó defendiéndose, y pronto ambos empezaron una guerra de bolas de nieve; en medio de carcajeos, brincos y carreras.

—¡Espera! —vociferó agitado Colin haciendo un ademán, tenía la garganta seca y la voz enronquecida—. Ya estoy viejo para esto... me canso muy rápido —continuó con lentitud, y después pasó saliva.

Su pecho se sumía y después se elevaba, el vapor se escapaba de su boca, mientras Odette reía en alto y se aproximaba hasta él.

—No creo que estés tan viejo. —Su nariz se encontraba roja al igual que sus mejillas y labios.

—Me había olvidado de la última vez que había reído tanto —señaló Colin mientras se sentaba en una roca que apenas resultaba visible.

—O corrido tanto... —completó la chica sentándose junto a él—. Me cansé mucho, antes tenía condición física para esto. Me la podía pasar corriendo horas.

—Vaya que sí. —Inhaló llenando de oxígeno hasta el último rincón de sus pulmones.

—Gracias... —expresó con sinceridad.

—No hay por qué —respondió.

Por un momento Odette apreció a Colin, sus azules ojos le cautivaron. Con el frío adquirirían una tonalidad violeta; no era un azul pálido, era oscuro tal vez,

único e inusual; algo que ella sólo una vez en su vida había visto.

—¿Pasa algo? —indagó Colin un tanto nervioso.

Odette movió la nariz de manera poco común en ella, para Colin eso era como si sintiese ganas de llorar, por lo cual no pudo evitar extrañarse ante ello.

—No... es sólo que me recordaste a alguien —comentó con la voz quebrada.

—¿A quién? —inquirió.

—A mi hermana.

Colin se mantuvo en silencio por un instante, para Odette resultó más tiempo.

—¿Quieres que hablemos de ella?

La chica humedeció sus labios, estaban helados; su lengua lo percibía al tacto, y su saliva apenas salía de su boca se enfriaba de igual forma.

—No podría decir tanto sobre ella... estuvo muy poco tiempo conmigo... — Respiró profundamente, Colin continuó observándola—. Me acuerdo de una navidad... me levanté y encontré un regalo bajo el árbol, era un hermoso oso blanco.

Colin sonrió discretamente, él recordaba haber visto ese oso en la habitación de la chica; parecía triste, pero inocente.

—Me gustó mucho y lo abracé, se convirtió en mi favorito. Me acuerdo que Giselle lo quería, y lo coloqué entre sus brazos.

—¿Y qué sucedió después? —preguntó Colin.

—Empezó a chuparle la oreja, y me molesté porque lo había babeado. —Rió al recordarlo, y una lágrima rodó por su mejilla hasta tocar la nieve—. Pero a su vez me causó mucha risa... Era una linda bebé, era hermosa... Sus ojos eran azules como los tuyos, y su cabello era rubio, tenía tan sólo tres meses pero era muy lista, sonreía al mirarme... y me extendía sus bracitos para que la sujetara y la levantara. Ella sabía cómo hacerse amar, y yo la amaba —se detuvo dejando las lágrimas brotarle, su nariz enrojecida hacía pequeños ruidos, y con una mano había limpiado sus ojos.

Colin la observó sin decir nada; sólo escuchaba, y no podía evitar sentir una sensación de melancolía, mas no podía hacer nada más al respecto.

—Creo que ella también me amaba, de hecho pienso que es la única persona que realmente me amó. Esa navidad la habían vestido con un trajecito amarillo, tenía unas pequeñas botas que le habían comprado a pesar de que aún no caminaba, recuerdo que Agnes le había tejido una pequeña corona con flores. Realmente lucía hermosa aquella navidad. En ese momento pensé que era el mejor regalo que habíamos recibido... tan sólo tenía tres meses de haber nacido, sentíamos que había llegado en el mejor momento; era como una

estrella de esperanza de que las cosas cambiarían. Agnes la cargaba, reíamos juntas... esa vez nos sacamos una fotografía. Agnes había preparado la cena, ella nos cuidaba, era nuestra niñera. Aquella mujer era lo más cercano a una madre que teníamos... Comimos unos pastelillos y tartas que ella hizo, disfrutamos de sus delicias de la cocina; no había mejor cocinera que Agnes. Me sentí muy feliz... y después de esa navidad todo cambió. Por un momento fuimos como una verdadera familia... pero no sabíamos que un mes después Giselle ya no estaría con nosotros. —Apretó los dientes, sorbió sus mocos, y después se limpió con el dorso de la mano la nariz—. Todo por culpa de esa maldita perra — susurró.

—¿A quién te refieres? —Frunció el ceño.

—A Florencia —nombró.

—¿Tu madre?

—Sí, por desgracia llevo su maldita sangre en mis venas, quisiera sacarla de mí —soltó con desprecio.

—¿Por qué la odias tanto? ¿Qué fue lo que hizo?

—Nada... —murmuró.

—¿Entonces?

—Precisamente eso, no hizo nada —el odio de sus palabras imposiblemente pasaba desapercibido.

—¿Cómo murió tu hermana? —se atrevió a preguntar.

La mirada de Odette cambió, quedando vacía e inexpresiva.

—Hace frío... Debo irme —dijo levantándose y comenzando a caminar.

—Vendré después —afirmó Colin sin recibir respuesta alguna.

Odette se alejó dejando sus pasos sobre la nieve, entró al hospital, y con ayuda de dos enfermeras se dirigió a su habitación.

7

Springfield, Illinois

La neblina convertía a la ciudad en una especie de pueblo fantasma, los vehículos transformaban el tráfico en una línea interminable de carretera; todo aquello iba en conjunto con la nieve que continuaba cayendo como si fuese lluvia.

Colin Sandman tenía encendida la calefacción de su vehículo, mantenía las manos sobre el volante esperando que los demás autos avanzasen, y los

parabrisas continuaban moviéndose a lo largo de su espera. Por momentos el hombre desviaba la mirada del frente para posarla en la radio; en ella podía percatarse de la hora, donde claramente se marcaba: «6:00 PM». Era 24 de diciembre, a unas horas de la navidad, la tarde apenas se distinguía de la noche y de la mañana.

Los vehículos avanzaron, y Colin continuó conduciendo hacia la residencia Toussaint.

Dio un giro más y se adentró al selecto suburbio donde la familia había vivido antes de lo ocurrido. Aparcó el vehículo enfrente y entonces bajó de éste.

Sus labios se cuarteaban al momento que el viento golpeaba su rostro, sus ojos se secaban, y su piel ardía ligeramente. La nieve no era tan magnífica como solían describirla en los programas de televisión, la idea de tener que soportar ese frío en aquellas épocas resultaba muchas veces un verdadero martirio (al menos para Colin lo era).

Sandman dejó sus huellas en la nieve mientras se acercaba a la mansión de los Toussaint; se colocó levemente de puntas para alcanzar a ver algo. Todo por dentro lucía como aquel jardín de una mansión que Colin recordaba haber visto en la película de *Edward Scissorhands* (una de sus favoritas sin duda alguna); aunque eso no hacía agradable el lugar, al contrario, lucía más tétrico que de costumbre. Era como un castillo repleto de sombras y espejismos, donde la neblina reinaba, la nieve le hacía compañía, y los sueños morían.

—Pensé que no lo volvería a ver —dijo aquel anciano que vivía junto a la casa de los Toussaint.

—Hola, señor, ¿listo para la navidad? —continuó Colin con cortesía mientras se aproximaba hasta el sujeto.

—Algo así, mis hijos vendrán dentro de un rato más. Dicen que me traen una sorpresa, desde que se fueron a vivir a Alemania pocas veces los he visto. Estoy muy feliz.

—Ya veo, me alegro por usted.

—¿Y qué hay de usted? ¿Con quién pasará la navidad?

—Con unos amigos. —Presionó los labios.

—Bien. —Sonrió.

—¿Usted sabe si la familia Toussaint acudía a alguna iglesia en particular? —inquirió sin más.

—Bueno, en realidad ellos eran muy católicos. Yo no sé mucho acerca de su vida... pero supongo que su guía espiritual era el padre Julian. La mayoría de

la gente de este lugar va con él —explicó.

—¿Sabe dónde está él? —averiguó.

—En la iglesia San Martín, está a unos cuantos suburbios de éste. No es muy lejano, y lo identificará enseguida, es enorme.

—Gracias, señor. Que pase una bonita Navidad. Debo irme, espero encontrar al padre.

—Seguramente estará allí —afirmó con alegría.

—Nos vemos —finalizó.

—Hasta luego.

Colin se dio vuelta y regresó a su vehículo, lo abordó y cogió rumbo a la iglesia.

Recorrió lentamente cada suburbio, por momentos se detuvo a pedir indicaciones, y entonces llegó hasta la enorme iglesia San Martín.

Colin descendió del auto, y avanzó a los escalones que llevaban a la iglesia. Atravesó una de las altas puertas y caminó por el pasillo entre los bancos.

—Buenas tardes —habló Colin al momento de ver a un acólito limpiando unas copas doradas.

—Buenas tardes, ¿le puedo ayudar en algo? —respondió el chico con amabilidad.

—Sí, en realidad busco al padre Julian.

—Claro, él está aquí —señaló.

Antes que pudiese decir algo más, un hombre vestido de sotana se aproximó. Su apariencia indicaba que circulaba sobre los cuarenta años, tenía el cabello ondulado y oscurecido (con algunos rastros de canas en éste), estaba pulcro y afeitado.

—Buenas tardes, ¿me buscaba? —preguntó.

—¿Padre Julian? —confirmó.

—Sí, soy yo.

Colin pausó nervioso, por su mente pasaron mil ideas de cómo empezar, pero ninguna era lo demasiado sutil para obtener información sobre lo que seguramente para Julian resultaría un tema poco apropiado.

—Me gustaría poder conversar con usted.

—¿Sobre qué? ¿Desea confesarse?

—No, señor... —se detuvo, se retiró los guantes y siguió—. Es sobre una de

las familias que venía aquí, seguramente usted debió conocerla perfectamente. Julian pasó saliva, por alguna razón tenía el apellido en la punta de la lengua pero temía decirlo.

—¿Qué familia? Aquí llegan muchísimas familias, sobre todo las que pertenecen al grupo de caridad.

—Toussaint Castellini.

—Ah... —expresó en bajo—. Claro que sí. —Tragó saliva de nuevo, recorriendo con un sabor amargo cada rincón de su garganta.

—¿Los conoció?

—Sí, ellos formaban parte de las familias que a menudo ayudaban a esta iglesia. A ellos debemos en gran parte que haya crecido San Martín. Eran personas espléndidas.

—Sí, me imagino que sí. Entonces... supongo que sabe de Odette, la hija de ellos.

—Sí, la única hija de ellos.

Colin le miró con extrañeza, no podía terminar de creerse que nadie supiera sobre Giselle, era como si Odette y Agnes lo hubiesen inventado; una niña que parecía nunca haber existido.

—Padre, agradecería mucho que usted pudiera ayudarme a conocer un poco sobre la familia Toussaint —expuso Colin.

—¿Con que objeto, señor...? —cuestionó.

—Sandman, Colin Sandman —completó.

—Claro, señor Sandman —corrigió de inmediato.

—Verá, padre, soy psicólogo y estoy escribiendo un libro sobre algunos casos en particular, esto con la finalidad de dar a conocer a la comunidad científica las causas del subconsciente y el porqué del comportamiento de las personas.

—Claro, claro, entiendo —comenzó, después continuó—: Venga conmigo, hablemos en la sacristía.

—Bien.

—Lance, cuando termines con las copas puedes marcharte a casa, no quiero que te vayas de noche —dijo Julian al acólito.

—Claro, padre —asintió el chico.

Colin le siguió el paso al padre. Ambos se dirigieron por un pasillo hasta llegar a una pequeña habitación. Al entrar se podían ver los atuendos del padre colgados en unos percheros, una pequeña mesa, y un enorme sillón con sillas de frente. Más copas doradas, algunas botellas de las cuales no se podía ver el contenido, unos santos, y cruces de diferentes tamaños y materiales. El

tapiz beige lucía como nuevo, y el aroma a canela impregnaba el sitio. Acogedor, así los sentía Colin.

—Bien, señor Sandman, pregunte —habló Julian, después se sentó en el gran sillón.

—Padre... —Relamió sus labios—. Usted seguramente sabe sobre la tragedia de la familia Toussaint, lo que sucedió con ellos. Me gustaría escuchar su opinión acerca del porqué piensa que Odette haya cometido tal acto —dijo sentándose.

Julian meneó la cabeza, lo que produjo un crujido en su cuello.

—Odette siempre fue una niña especial, algo rebelde quizá, aunque nada de qué alarmarse. A veces decía cosas un poco extrañas, ya sabe... frases que dejaban helado a uno, pero fuera de eso ella era normal. El problema con Odette surgió unos meses antes de la tragedia. Tuvimos una reunión de caridad como hacemos todos los años para recaudar fondos. —Se detuvo pensativo—. Ella se acercó a mí, dijo que quería hablar conmigo sobre algo que le estaba ocurriendo.

—¿La confesó usted?

—En el nombre Dios le digo que, si hubiese sido una confesión, no se la contaría aunque mi vida estuviese de por medio.

—Lo entiendo, los psicólogos compromiso de confidencialidad.

—Pues no fue una confesión, también tenemos un

ella solamente habló conmigo... y me dijo que había tenido una experiencia bastante extraña durante una reunión a la que había acudido. Me dijo que había escuchado voces pidiéndole hacer cosas horribles... —El rostro de Julian se llenó de preocupación, tenía miedo de seguir, mas lo hizo—. Ella sentía la presencia de una entidad maligna.

—Markus... —interrumpió.

—¿Lo sabía? —Juntó el entrecejo.

—He hablado con ella.

—Markus era el nombre de ese espíritu maligno que obró a

través de ella, yo la quise ayudar... en verdad quise hacerlo... —dijo consternado—. Pero no tuve tiempo, debí solicitarlo a mis superiores... pero todo fue tan rápido. No llegué a concretar una decisión. Usted comprenderá que lo primero que solicitamos nosotros es un análisis científico previo a

intentar a hacer algo más.

—¿Se refiere a hacer un exorcismo?

—Así es, señor Sandman.

—Padre, ¿usted piensa que Odette en realidad estaba

poseída?

—Usted no cree en las posesiones, ¿verdad? —inquirió. —En realidad no, padre, me baso mucho en la ciencia. —Pues debería creer un poco, el mal existe entre nosotros.

Y siempre está al acecho de personas débiles que pierden la fe... y Odette parecía ser el blanco perfecto.

—Pero hasta donde yo sé, Markus no existe, en la biblia no aparece.

—Pero le diré algo, tenga usted cuidado; Markus es sólo un nombre. Podría llamarse de mil maneras, pero siempre sería el mismo.

—¿El mismo? —comentó sin entender del todo.

—Sí, su nombre es impronunciable en esta casa sagrada.

—Ya entiendo... —Meditó—. Entonces, ¿usted piensa, padre, que a Odette le sucedió algo terrible?

—Estoy seguro de que así fue. Si necesita mi ayuda no dude en acudir a mí. Y tenga usted un poco de fe, recuerde que quien no tiene fe es presa fácil del demonio.

—Bien, padre —dijo mientras se levantaba—. Me ha sido de gran ayuda.

—Eso espero, vaya en paz. Rezaré por Odette y por usted —señaló con serenidad.

—Gracias, padre —concluyó haciendo una mueca de lado, algo que no terminaba de ser una sonrisa.

Colin Sandman abandonó la iglesia, no sin antes mirar el enorme Cristo que se encontraba en el altar.

8

Hospital Psiquiátrico St. James Illinois, Villa de Buffalo

—Regresamos con el especial de música navideña, yo soy Quentin Hardy y esto es La radio de Springfield. No olviden llamarnos al 2172064567, anímense a mandar saludos a sus familiares, parejas, hijos, amantes y lo que

ustedes quieran. Les dejo con *Santa Claus is coming to town* interpretado por el gran *Frank Sinatra* —la chispeante y jovial voz de un chico, se escuchaba provenir de la radio del vehículo de Colin Sandman.

Pronto el psicólogo aparcó su auto en el estacionamiento del Hospital Saint James, se quedó unos minutos dentro para revisar su móvil, pues en éste podían leerse unas llamadas perdidas de su paciente, el señor Monroe. Dirigió su dedo a la marcación, y entonces esperó a que el hombre le atendiese al otro lado de la línea.

—¡Doctor Sandman! —exclamó el hombre con alegría. —¿Señor Monroe? —preguntó extrañado ante tal actitud. —Soy yo —afirmó.

—Qué sorpresa, no lo escucho tartamudear.

—¡Oh sí! Las cosas están mejorando, he seguido sus

consejos. Hablé con mi esposa, ella aceptó tener terapia. —En verdad me alegra mucho escuchar eso.

—Sí, de hecho le confesaré algo.

—Dígame —continuó.

—Le dije que si no dejaba de golpearme, me iría de la casa;

se puso a llorar y me pidió perdón. Dijo que me amaba y no quería que me marchara, así que aceptó ir con usted. Le llamaba porque quería pedirle una cita para el siguiente mes.

—Claro que sí, señor Monroe, estaré encantado de recibirles.

—Gracias, doctor, espero tenga una linda navidad. Es usted una gran persona —expresó con sinceridad y gratitud.

—De nada, para eso estamos.

—Bien, pues debo irme. Amy preparó un desayuno que promete ser delicioso.

—Pásela bien. —Sonrió para sí.

—Nos vemos, doctor, feliz navidad —finalizó la llamada.

Colin movió la cabeza mientras una sonrisa capturó su esencia, de alguna u otra forma las cosas no iban del todo mal. Miró hacia un lado y cogió el gran oso blanco que llevaba consigo sentado en el asiento del copiloto. Lo levantó entre sus manos, retiró las llaves del switch, y bajó del auto.

El sol golpeaba un poco más la ciudad, la nieve seguía presente, pero al

menos algo parecía alegrar el día.

Colin Sandman avanzó por la recepción del hospital. A su paso salió Foreman con unos papeles en mano, quien enseguida le miró con sorpresa ante el presente que llevaba consigo. —¿Y eso? —preguntó el médico con un gesto de asombro.

—Es un regalo —señaló Colin con despreocupación.

—Ajá... ya veo... —Mordió sus labios—. Para Odette, supongo.

—Sí, así es —asintió.

—Muy bien. Creo que le hará bien y la acercará más a usted, claro, si lo que pretende es ganarse su confianza.

—Así es, doctor Foreman —siguió Colin con cierto tono de convencimiento.

—Pues bien, mi estimado Sandman... —especuló—. Sólo acuérdesse de una cosa, Odette no es una linda jovencita a la que usted viene a ver a su casa con un obsequio. Odette está aquí por una razón bastante atípica, ¿sabe a lo que me refiero? — continuó con recelo.

—Lo sé, no se preocupe, doctor Foreman. No cruzaré la línea, es sólo una forma de ganarme su confianza —aclaró.

—Qué bien que lo entienda. Aquí siempre seremos médicos y pacientes, aquí no hay amistades, los sentimientos e intereses personales se quedan fuera. ¿Estamos de acuerdo?

Colin bajó la mirada, y sumió sus mejillas haciendo ciertos gestos de incomodidad, Foreman simplemente le siguió observando.

—Desde luego, doctor Foreman, me queda claro.

—Bien, la haré llamar —informó dándose la vuelta.

Foreman se aproximó a la recepción, cogió el teléfono que se encontraba allí, y dejando los papeles que llevaba consigo sobre el mostrador, prosiguió a marcar el interfono.

—¿Buster? —confirmó tras obtener respuesta.

—Sí.

—Soy el doctor Foreman. ¿Puedes traer a la señorita Toussaint por favor?

—La paciente de la habitación 36, ¿cierto?

—Sí, esa misma.

—Bien doctor, en un momento la llevo a la recepción — indicó.

—Gracias, Buster —finalizó la comunicación.

Foreman sujetó nuevamente sus papeles y se dio vuelta para ver a Colin, quien distraído miraba la sala vacía. Le pareció extraño, pues todo el tiempo se encontraban pacientes en ella viendo televisión como principal actividad.

—Están en el comedor. Tuvieron una pequeña convivencia, las cocineras les hicieron un poco de comida, y las enfermeras trajeron algunos detalles para ellos —comentó Foreman.

—Ya veo, ¿Odette está allí?

—Exactamente. Debo irme. Buster llegará con ella en cualquier momento, yo iré a firmar mi salida, me esperan en casa —señaló con una sonrisa.

—Gracias.

Foreman comenzó su camino hacia el otro lado del pasillo, mas antes de seguir se detuvo a decir:

—Se me olvidaba, no puede quedarse como otras veces, comprenderá que si no estoy presente no me permiten que ingresen visitas.

—Entiendo, sólo pretendo dejarle este presente a Odette.

—Bien. Nos vemos, señor Sandman. —Se dio vuelta, y a lo lejos sin dejar de mover los pies, vociferó—: ¡Feliz navidad!

Minutos después de la partida de Foreman, Odette hizo presencia a lo largo del corredor; tras de ella caminaba un hombre que posiblemente le llevaba más de una cabeza de diferencia a Colin, vestía con pijama quirúrgico de color azul marino, y parecía de unos treinta años aproximadamente. Tenía unas ojeras algo oscuras, y una línea marcando su frente de un extremo a otro.

Tras ver a Colin, una sonrisa se dibujó en el rostro de Odette, sus enormes ojos parecieron abrirse más, su mirada se iluminó con un destello difícil de deducir; y entonces aceleró sus pasos dejando a Buster tras suyo.

Colin Sandman presionó los labios en una sonrisa. Mantenía el oso blanco tras su espalda, no tardó mucho en revelarlo ante la chica, quien al ver el peluche se detuvo enseguida. Su rostro se enserió dejando a Sandman confundido, sin embargo continuó aproximándose, mas era como si caminara con cautela.

—Es para ti —señaló con timidez Colin.

Y entonces le entregó el oso blanco con un moño rojo sobre la cabeza.

—Gracias... —habló la chica sujetando el peluche—. Está muy bonito. —Lo abrazó sumergiendo su rostro en la suave tela del oso.

—Tiene aroma a canela —dijo Colin con gracia.

—Eso veo... Gracias —repitió.

—Sólo vine por un momento, creo que hoy estarás ocupada.

—Si tú lo dices —alegó.

—Me han dicho que les han hecho una deliciosa comida.

—No puedo quejarme... —prosiguió con una mirada que había cambiado radicalmente.

Era como si ella supiese algo, algo de lo que ni Colin era consciente, algo que en su mente funcionaría a su favor y a su disposición.

—¿Te gustaría quedarte? —curioseó la chica con el oso entre los brazos.

—¿Cómo? —Elevó la ceja liado.

—Sí, supongo que podrías ocupar la habitación de al lado, seríamos vecinos.

Colin rio por lo bajo sin poder creer lo que Odette decía, y entonces prosiguió a hablar.

—Si eso me garantizará que me contarás la verdad, creo que podría intentarlo.

—No lo sé, Colin... —Se acercó más hacia el hombre y entonces le susurró al oído—: Creo que primero tendrías que asesinar a alguien.

Una siniestra sonrisa se dibujó en los labios de Odette tras decir aquello; el rostro de Colin empalideció, y por unos minutos no supo qué responder.

—Gracias, Colin —continuó, y después dejó suave y delicadamente un beso en la mejilla del psicólogo (a él le pareció el beso más frío que hubiese recibido, era como si la muerte lo tocara)—. Feliz navidad.

—Feliz navidad, Odette.

La chica se dio vuelta con el oso abrazado, Buster le siguió por el pasillo nuevamente hasta el comedor. Colin le observó alejarse con el ceño fruncido.

Al llegar al comedor, Odette regresó al asiento donde había estado momentos antes. Justamente junto a aquella anciana que había permanecido en el hospital desde hacía cuatros años, por haber cometido un homicidio contra su esposo, y después haberlo cortado en trozos para darlo de comer a su Pitbull.

—Yo lo quiero... —susurró la vieja caóticamente, mientras hacía un intento por acariciar el oso de peluche (que precisamente Odette había sentado a su lado).

La chica sujetó su cuchara haciendo caso omiso de la anciana, la metió dentro su tazón, y continuó comiendo del estofado.

—Dámelo... —soltó la anciana con temblores en sus manos.

—No —acortó Odette con tranquilidad.

La mujer aproximó su mano hacia el oso, y Odette se lo arrancó enseguida.

—¡Yo quiero que me lo des! —gritó la anciana enloquecida.

—Déjame en paz, maldita vieja loca —advirtió entre dientes.

—¡Yo lo quiero! —chilló de nuevo.

—¿Qué pasa allí? —cuestionó Buster aproximándose a la mesa.

—¡Dámelo! —insistió la anciana, y a su vez aferró el oso impulsivamente.

Odette, sin dar respuesta alguna, se lanzó sobre la vieja y ambas cayeron al suelo. Se sentó sobre el abdomen de la mujer y comenzó a arrojar sus puños contra el rostro de ésta. En un frenesí, continuó golpeándola y azotándola contra el suelo.

La anciana, sin conseguir defenderse, había comenzado a gritar como una desquiciada. Aquel oso blanco que Colin le había llevado había salido disparado bajo la mesa en la cual minutos antes habían estado comiendo. El moño rojo ya no lo tenía sobre la cabeza, estaba a unos metros de distancia; y parte de su cuerpo se había empolvado un poco, dejándolo manchado justamente en la redonda y afelpada pata izquierda.

—¡Toussaint! ¡Basta ya! —ordenó Buster corriendo hacia ellas.

—¡Maldita perra asquerosa! ¡Te dije que no lo tocaras! —gritó Odette enfurecida.

Buster sujetó a Odette de la cintura y la levantó por encima del suelo. La chica continuó dando patadas al aire, mientras sus puños golpeaban contra la nada.

Un enfermero más joven que Buster se aproximó a la anciana, quien entre golpes recibidos y sangre en el rostro, se había acercado a abrazar al oso.

—Johanna, eso no es tuyo —habló el chico, y después le arrebató el oso a la mujer.

La vieja en sólo cuestión de segundos comenzó a lloriquear mientras golpeaba su mano contra el suelo, haciendo a todos los pacientes enloquecer y azotar las mesas.

—¡Ya basta! ¡Silencio! —ordenó Buster con voz firme.

—Quiero mi oso... —dijo Odette apretando los dientes.

—Aquí tienes. Sólo cálmate —habló el otro enfermero, mientras sacudía el peluche y se lo entregaba a la chica.

—Comprenderás que después de este incidente debo aislarte —sentenció Buster.

—No me importa lo que hagas —dijo y abrazó el muñeco.

Sus ojos se desviaron de los enfermeros, mientras sus manos presionaban con fuerza el suave cuerpo del oso.

A unos cuantos kilómetros del hospital, justamente en la carretera que unía La villa de Buffalo de Springfield, se encontraba Colin Sandman conduciendo. Su móvil pronto vibró, y tras ver que el identificador señalaba a Foreman, se aparcó a un lado.

—Señor Sandman —se escuchó la voz del médico. —¿Sí? ¿Qué pasa, doctor?
—Creo que usted no sabe lo que acaba de ocasionar. —¿Perdón? No le estoy entendiendo.

—Bueno, ya entenderá. Le comunico que no podrá visitar a

Odette en lo que resta del año.

—¿Qué sucedió? —preguntó con preocupación y desconcierto.

—Casi le arranca la cabeza a una interna por culpa del maldito oso. Y no se tranquilizó sino hasta que se lo entregaron nuevamente. Ya di órdenes de que la encierren, estará castigada por el altercado, sin permisos, sin nada. El aislamiento se dará por más de una semana.

—Lo lamento... —dijo con reserva.

—Señor Sandman, la próxima vez que quiera traerle un regalo, piénselo dos veces. No quiero otro incidente así; en lugar de ayudarla, podría alargar su condena.

—No sucederá de nuevo.

—Eso espero —cortó.

Al escuchar aquel sonido que indicaba que la llamada había finalizado, Colin se apoyó sobre el volante, se restregó el rostro, y maldijo por dentro todo lo que había sucedido.

En la radio se escuchaba la misma estación de Quentin Hardy, reproduciendo *Jingle Bell Rock* con *Bobby Helms*. El puño de Colin se estrelló contra la caratula del radio, haciéndolo enmudecer por unos instantes y volviendo a repetir aquella canción otra vez.

9

14 Febrero del año 2008 Springfield, Illinois

En aquel pastel compuesto por cuatro pisos y un acabado de cerezas, podía apreciarse en lo más alto el número «22», lo que señalaba la cantidad de años

que llevaban casados los Toussaint.

Con una copa de champagne en la mano derecha, Robert Carson se había acercado a André.

—Ustedes sí que saben hacer las cosas bien —expresó Robert con una gran sonrisa.

—Gracias, amigo —respondió André ofreciendo un brindis.

—Pedirle matrimonio en estas fechas ha sido un verdadero acierto de tu parte —continuó el hombre.

—Él me lo propuso, y yo todavía conservo el hermoso anillo de compromiso —habló Florencia mientras estiraba su mano mostrando claramente una argolla de oro blanco acompañado de un diamante redondo incrustado.

—Eres el amor de mi vida —comentó André rodeando a Florencia de la cintura, completando tal acto con un beso en la mejilla.

Robert parecía entusiasmarse con la demostración afectiva de la pareja; ambos lucían elegantes y magnánimos como siempre.

A unos cuantos metros de ellos se encontraba Odette, con aquel vestido negro de tiras que apenas cubría unos cuantos centímetros de sus hombros, dejando una caída libre mientras la tela definía su tan estilizada figura. Ella era hermosa, posiblemente una de las mujeres más bellas de aquella fiesta; era joven y brillaba más que el diamante que su madre portaba.

Con una mano sostenía una copa de champagne que se había bebido de un sólo trago; sin esperar más tiempo había cogido otra.

—Odette parece estarse divirtiendo —señaló Robert al momento de mirar a la chica.

—Sí, así parece.... —respondió Florencia con un rastro de vergüenza que había tratado de ocultar.

—Yo creo que es por la edad —continuó Robert.

—Pronto cortaremos el pastel, está delicioso. Florencia lo eligió, ella tiene buen gusto para ese tipo de cosas —dijo André con una sonrisa, desviando toda atención de su hija.

Odette cogió otra copa de champagne de un azafate que llevaba uno de los tantos meseros de la fiesta. Con los pies tambaleándosele ligeramente, avanzó hacia sus padres y Robert.

—¿Qué le parece la fiesta? —indagó la joven con una alegría poco común en ella.

—Bien. Odette, justamente estaba felicitando a tus padres. Veintidós años de

casados, seguramente estás orgullosa de ellos; un matrimonio tan sólido, muy hermoso, te han brindado una hermosa familia —comentó Robert.

—Sí, estoy muy orgullosa de ellos —dijo con un tono que había parecido sarcástico.

La chica se aproximó hacia André, y con la mano izquierda rodeó la cintura de éste, desplazando a su madre hacia un lado.

—Sobre todo me enorgullece mi padre. Es un hombre muy atractivo, ¿no le parece? —inquirió la chica con una sonrisa maliciosa.

—No entiendo... Supongo que sí... —pausó confundido Robert.

Florencia relamió sus labios desviando la mirada, mientras los ojos de Odette se entrecerraban a mirarla.

—¿Sabe una cosa? Es usted un hombre sumamente atractivo... —continuó Odette mientras se alejaba de su padre y avanzaba hacia Robert.

—¿Disculpa? —Enarcó una ceja.

Odette pasó la punta de su lengua por las comisuras de sus labios mientras seguía aproximándose al hombre.

Dirigió su mano al pecho de Robert, y lentamente la deslizó hasta llegar a su abdomen.

—¿Le gusta? —inquirió con una mirada profunda que se estaba devorando a Robert.

—¡Odette! —reprendió Florencia.

Robert Carson sujetó con fuerza su copa y pasó saliva nervioso. Odette bajó más la mano y presionó el miembro del hombre.

—¿Ahora le gusta? —dijo la chica con perversidad, mientras sus dedos acariciaban por encima del pantalón de Robert.

El hombre la miró espantado, con el rostro pálido y sudoroso.

—¡Odette! ¡¿Qué demonios te ocurre?! —gritó André tirando de su hija por el brazo.

Odette se tambaleó hacia atrás alejándose de Carson, observó a su madre y luego a su padre sin decir nada.

—Has bebido demasiado, creo que deberías marcharte a tu habitación —señaló André con desaprobación.

—Claro que sí, papi... —Se sonrió la chica y después continuó:—. ¿No quieren acompañarme? Nos podemos divertir juntos, puede venir el señor Carson si así lo desean.

Florencia con el rostro enrojecido prosiguió a hablar.

—Ya vete a tu habitación.

—Desde luego, mami —dijo soltándose de su padre—. Me iré sola a mi alcoba. Así podrán escoger una nueva zorra esta noche.

André endureció la mandíbula, Florencia presionó los puños, y Robert continuó presenciando todo aterrorizado.

Odette se dio vuelta y a paso danzante se dirigió a las escaleras. Robert apenas pudo pronunciar:

—¿Qué... qué ha sido eso?

—Discúlpala, no se ha sentido bien últimamente —justificó de inmediato André.

—Es la adolescencia... —continuó Florencia con una risa nerviosa.

—¿Adolescencia? —Plegó la frente Robert.

Odette subió un pie al primer escalón, mientras un mesero iba bajando por las escaleras con un azafate en la mano derecha. La chica lo detuvo de frente, el joven la apreció por unos minutos, ella dirigió su mano a una de las copas que éste llevaba y la cogió. Acto seguido, se llevó la bebida a la boca y la pasó de un solo trago.

Hizo unas muecas mientras deglutía, el mesero continuó viéndola sin decir una sola palabra. Odette se meneó hacia todos lados como si bailara sobre el escalón, y después estrelló la copa contra la pared, a lo que de inmediato todos los presentes voltearon a ver.

La chica entrecerró los ojos, mordió sus carnosos labios, y después se llevó ambas manos a los hombros. Tiró de las tiras, y deslizó su vestido dejando ver su desnudez. Los invitados la miraron incrédulos, otros (entre ellos Robert) se cubrieron los ojos de enseguida. André y Florencia quedaron inexpresivos tratando de esconderse de las personas. A Odette poco pareció importarle, pues con el cuerpo desnudo continuó subiendo las escaleras lentamente; con una sonrisa en los labios cargada de malicia y gozo, mientras sus delgadas piernas se movían dejando la esencia de su hermoso cuerpo por todo el corredor hasta su habitación.

Su piel era de porcelana, su rostro el de un ángel perverso, y su mirada intensa parecía la de un feroz demonio.

10

Springfield, Illinois

Colin Sandman abrió una vez más la puerta de la habitación de los Toussaint. Las piernas le temblaban, y no era por el frío (aun cuando dentro de la casa parecía un maldito congelador). Era el miedo, era el temor a revivir aquella escena que había conmocionado a toda una ciudad; era un pánico que ni el mismo se explicaba. Muy difícil de entenderlo, simplemente no creía en eventos paranormales, pero existían tantas historias sobre lo ocurrido, y había muchas situaciones que ya lo tenían sugestionado.

La energía en aquella habitación era negativa, cargada de un sentimiento melancólico y espeluznante.

Colin suspiró e ingresó a la alcoba; nada había cambiado, seguía tal y como la recordaba. Con esas manchas de sangre por todos lados que le resultaban algo nauseabundo, con las sombras de muerte que se reflejaban en la cama de André y Florencia, y con ese hedor insoportable a óxido.

El hombre continuó caminando, esa vez no huiría sin antes revisar cada rincón del lugar. Pasó por el armario, mas sólo se encontró con la vestimenta de los Toussaint (ropa elegante, costosa, y estaba por demás decir que eran tantas prendas que resultaba imposible contarlas).

Se aproximó a los cajones; pero únicamente halló tarjetas de crédito, algunas pertenencias (como relojes de André) y una que otra joya fuera de su lugar (propiedad de Florencia).

Colin ya había adaptado su nariz al olor, por momentos se la rascaba como si la tuviese irritada, y por otros lapsos únicamente intentaba respirar dentro de su camisa.

Se detuvo, analizó el lugar y se inclinó hacia la alfombra; dejó su cuerpo caer suavemente sobre ésta, y entonces miró bajo la cama. Una caja de cartón pronto atrajo su atención, frunció el ceño, colocó dos dedos en el interior de ésta, y la deslizó por el suelo hasta hacerla llegar a él. La levantó con cierta dificultad y la llevó al corredor.

Tras salir de la habitación, se sentó en un rincón del pasillo, y entonces abrió la caja que le hizo estornudar por el polvo antes de revelarse ante él.

—¿Qué mierda...? —susurró tras obtener un objeto que se encontraba dentro.

Era una especie de goma larga que tenía unas ondulaciones extrañas. Podía sentirse blanda y de textura lisa (Colin sabía perfectamente lo que era).

Hizo una mueca de desagrado y de inmediato la apartó de él; continuó revisando la caja, y durante todo

una excesiva cantidad contenido pudo ver

material pornográfico. el vaciado del de vídeos con

Mujeres que se mostraban desnudas siendo penetradas por uno o más hombres, sin embargo entre todas las cosas nada parecía fuera de lo común.

Colin lo analizaba como aquella familia perfecta que quería ocultar que disfrutaba del sexo al igual que el resto del mundo, quizá eran demasiado católicos como para admitírselo a sí mismos. Pero nada parecía alterar el orden, sólo juguetes sexuales y pornografía, nada parecía salirse de ello.

Colin echó la cabeza hacia atrás dejándola descansar sobre el tapiz del corredor, se negaba a creerse que sólo fuera eso. Tenía que existir algo más.

11

Año 2012

Springfield, Illinois

Una pequeña explosión se escuchó acompañada de risas que festejaban la llegada del año nuevo. Con algunos sombreros graciosos de colores brillantes que llevaban el 2012 pegado en la parte superior, se encontraban los invitados de Janet (la asistente de Colin Sandman).

El encargado de haber abierto el champagne había sido Colin, quien por insistencia de Janet había accedido. Las mangas de su camisa se encontraban dobladas, mientras sus manos presionaban la botella de cristal (de color verde) para después servir un poco de bebida dentro de las cinco copas presentes.

—¡Feliz año nuevo! —dijo en alto y con una sonrisa, un hombre de cabello rubio y ojos adormilados.

—Feliz año nuevo a todos —prosiguió India, la hermana menor de Janet, una chica de pelo oscuro y ensortijado.

—Feliz año —expresó Colin, y seguido a eso todos chocaron sus copas.

Janet se acomodó a un lado de Sandman, y con una alegría imposible de ocultar le abrazó efusivamente.

—Me alegra hayas venido —comentó la mujer.

—Gracias a ti por haberme invitado.

—No hay nada que agradecer, esta es tu casa para cuando gustes. —Sonrió.

—Gracias nuevamente —comentó Colin con timidez.

—¿Y entonces? ¿Ya pronto serán novios? —preguntó en alto el mismo hombre que había iniciado el brindis.

—Basta, Tobias, las copas ya se te han subido a la cabeza — habló India, mientras dejaba el rastro de su labial rojo en la orilla del cristal de la copa.

—No tanto, amor —continuó con risas mientras se aproximaba a besar a India. Los dos se habían conocido durante un viaje a París, cuando justamente bajo *La Torre Eiffel*, ambos habían discutido por ver quién sería el primero en fotografiarse allí. A la familia de Janet esa historia le resultaba romántica, y sobre todo por el hecho de tener cuatro estables años de noviazgo, y dos posteriores de casados.

—¿Y qué hay de ustedes? ¿Cuándo tendré un sobrino? — inquirió Janet con la ceja elevada.

Colin bebió un poco de champagne prefiriendo no decir nada. Sus ojos se movían como péndulos, y el trago recorría su garganta.

—No asusten al muchacho, por favor —dijo la madre de Janet e India (una mujer que sostenía su bebida mientras movía una bufanda tejida por ella misma).

—No hay problema —intervino Colin entre discretas risas.

—No puede Janet invitar a un amigo a casa, porque de inmediato empiezan a especular.

—Ya lo he podido ver —continuó riendo el hombre.

—¿Y Michael? No me ha dado un beso de año nuevo —dijo India al beber champagne una vez más.

—Ya está dormido —respondió Janet con respecto a su pequeño hijo de tres años—. El pobre quedó muy cansado, desde la mañana ayudó a la abuela con el pavo relleno.

—Según él, el pavo debía tener chocolate dentro —añadió la abuela con gracia.

—¿En verdad? —preguntó Colin.

—Sí, ese pequeño es un verdadero torbellino —dijo Janet.

—Colin, ¿quieres más pavo relleno? —ofreció la anciana.

—No, muchas gracias, ya estoy satisfecho. La comida ha estado deliciosa, en verdad me la he pasado bien, pero creo que debería irme ya.

—Claro que sí, hijo, ha sido un honor tenerte en casa.

—Sí, desde que entró a trabajar contigo, Janet no ha hecho otra cosa más que decir lo guapo y joven que eres —soltó India con imprudencia.

Janet de inmediato comenzó a toser tras atragantarse con un pedazo de pavo relleno.

—Vaya... —Suspiró Colin—. Eso es un halago, gracias, Janet —dijo mirándola de reojo, a lo que la chica sólo asintió succionándose las mejillas.

—¿En verdad te tienes que ir, tío? —preguntó Tobias, y después dio un paso cerca de Colin para murmurarle—. Podrías quedarte y beber un poco más, tenemos planeado ir a bailar mientras la abuela cuida a Michael. Janet luego se queda sentada, hoy necesita de una pareja.

Colin sin decir nada empezó a reír, Janet por su parte quedó ruborizada desde cada rincón de su rostro; mientras la abuela entornaba los ojos y comía un poco de ensalada.

—Bien, pues tengo que irme. Gracias por todo —dijo Colin avanzando lentamente.

—De nada, hijo, gracias a ti por haber venido.

—Tú te lo pierdes —señaló Tobias.

Colin sólo rio por lo bajo. Janet se levantó y se aproximó a Colin para después acompañarlo a la salida de la casa.

Tras llegar al perchero, Sandman cogió su abrigo y se lo colocó encima; del interior del bolsillo del mismo abrigo, extrajo unos guantes de piel y después metió las manos en ellos.

—Gracias por la invitación.

—Ya lo has dicho varias veces. —Bajó la mirada con una sonrisa.

—Sí, creo que unas veinte —bromeó.

—Pues esta es mi casa, mi familia, y ya sabes todo mí. En realidad creo que teníamos mucho conociéndonos y es la primera vez que convivimos.

—Sí, así parece. A veces el trabajo es muy absorbente.

—Demasiado.

—Bien, Janet, tengo que marcharme. Ha sido un placer.

—Claro —dijo llevando su mano hacia la perilla para después girarla y abrir la puerta.

Colin dio un paso fuera, la mano de Janet le detuvo del brazo, a lo que él se dio vuelta enseguida. Antes de poder decir algo, los labios de Janet se acercaron a los suyos para dejar en éstos un fugaz beso. Janet se apartó, Colin abrió los ojos con sorpresa, y ella se ruborizó sin poder sostenerle la mirada.

—Nos vemos —habló la chica con la voz temblorosa.

Colin la observó por unos segundos con los ojos entrecerrados, humedeció sus labios, se aproximó una vez más a ella, y dejó un beso en su mejilla derecha.

—Que tengas una hermosa noche. Descansa, Janet — concluyó con una cálida sonrisa, para después marcharse del lugar.

Un muérdago colgaba sobre el marco de la puerta, y cuando ésta se cerró a las espaldas de Colin, el muérdago se movió de lado al lado.

Colin bajó los primeros escalones de la residencia de Janet, obtuvo su móvil del bolsillo de su pantalón, miró la hora antes de llegar a su vehículo y abordarlo. Pero cuando guardó el móvil, observó al otro lado de la calle, al mismo hombre que una vez había visto fuera de la casa de los Toussaint. Era aquel que le había dicho cosas acerca de la pareja conformada por André y Florencia. Por muchos días pensó que no lo volvería a ver de nuevo, mas había deducido que tarde o temprano lo buscaría.

Colin caminó apresuradamente sin dejar de mirar al sujeto, éste por su parte se encontraba entregando una especie de paquete (con envoltorio marrón) a una mujer, quien tras ver a Sandman se había echado a correr alejándose inmediatamente del lugar.

—¡Hey! —vociferó Colin al hombre.

—Vaya, el destino insiste en reunirnos —dijo con sarcasmo.

—¿Era droga lo que le diste a esa chica? —inquirió con el ceño fruncido.

—¿Por qué? ¿Llamarás a la policía? No creo que te convenga, todavía hay muchas cosas que quieres saber de mí, ¿no?

—No pensaba llamar. Sólo tengo interés en saber qué vendes.

—Por los Toussaint, ¿no es así? —indagó.

—¿Me dirás ahora lo que aquel día no?

—¿Por qué tienes tanto interés en saberlo? —cuestionó con seriedad.

—Eso no te importa, sólo quiero saberlo —determinó.

—¿No vas a delatarme?

—No, ¿por qué carajo haría eso? —Movió las manos.

Colin empezaba a mostrarse hostil e irritado, aquel caso lo estaba consumiendo.

—Bien, te lo diré. —Haló aire y continuó:—¿Qué quieres saber exactamente?

—Me dijiste que les vendías unos aparatos, ya sé a lo que te refieres con eso. Pero hay algo más, quiero saber que es.

—Bien, no creo que estés listo para saber algo así.

—¡Joder! —exclamó con desesperación—. Créeme que eso no te importa en lo más mínimo, dímelo ahora.

—Tranquilo tío. Ya voy, los Toussaint tenían gustos especiales, demasiados diría yo... —Mordió sus labios con nerviosismo, mas siguió—. No sólo eran los aparatos sexuales; eran extraños eso sí, después de todo no suelo conseguir ese tipo de juguetes. Conocí a André en un evento de películas... ya sabes, cine para adultos. Nos presentó un amigo en común; a raíz de ello todo lo que necesitaba me lo pedía a mí. Después se casó con Florencia, una mujer sumamente hermosa, y al igual que él estaba loca. André siempre fue un hombre con gustos costosos, acostumbrado a obtener todo lo que quería; ambicioso, no por nada era millonario... Tenían tanto dinero, era asqueroso.

Colin relamió sus labios, con el rostro marcado de seriedad dijo:

—No lo entiendo... ellos realizaban actos de caridad, estaban en una iglesia.

—¡Ja! —rio falsamente—. Eso sólo era una cara que le mostraban a la sociedad. Amaban el sexo, y de una manera sumamente agresiva. André era el Dios de la perversión, y Florencia la diosa del pecado. Yo les conseguía prostitutas jóvenes, demasiado jóvenes, algunas eran menores de edad.

La respiración de Colin se aceleró, pero siguió escuchando.

—Eran hermosas, ellos las elegían muchas veces, como si fuese un maldito mercado de carnes. Él pagaba y ella iba a buscarlas; era más que obvio que entre los dos se las follaban. Nunca, en todo el tiempo que he vendido toda esta mierda, he vuelto a encontrar gente más asquerosa que esa —su voz se acompañaba de desprecio (algo que Colin no terminaba de explicarse); sus amarillos dientes se golpeaban mientras hablaba, y repetía lo repulsiva que le resultaba la pareja Toussaint.

—¿Por cuánto tiempo fue eso? —apenas pudo hablar Colin, estaba pasmado e incrédulo.

—Te repito, a André lo conocí desde antes de que se casara. A ella la conocí años después, sólo la veía cuando iba por las prostitutas. Incluso una vez me propuso que folláramos, ¿y sabes que hice?

Negó Colin con la cabeza, sin hablar, sin emitir sonido alguno.

—Me la follé, en su vehículo con su chofer dentro. Estaba buenísima; nadie en su sano juicio iba a dejar pasar una oportunidad como esa. Le pregunté por André, después de todo no quería que me cortarán el pito por meterme con una mujer de ese alcance... pero la tía sólo me dijo que André estaba feliz de que lo hiciese. Al parecer al hombre no le importaba, e incluso disfrutaba que su esposa estuviese con otros... algo realmente increíble.

Colin pasó saliva asqueado, dejó entreabierto los labios mientras se detenía a procesar toda la información, entonces preguntó:

—¿Sólo prostitutas les vendías?

—No, también consumían cocaína y heroína. Además, en una ocasión llevé a un joven.

—¿Un hombre? —Plegó la frente.

—Sí.

—Es algo tan... —pausó sin saber cómo seguir.

—Difícil de creer, ¿no? —dijo riendo con sarcasmo.

Colin movió la cabeza sin decir nada, como si únicamente con su expresión lo dijera todo.

—Te diré algo más, algo que por nada del mundo debe salir de aquí.

—¿Qué cosa? —inquirió.

—¿Has entrado a la *Deep Web*? —averiguó.

—Sí, ¿por qué?

—Te daré dos palabras, Lapin Touss —aquella frase pareció acariciarla con su lengua, tanto que se había detenido a decirla.

—¿Qué es eso?

—Es un sitio que está en la *Deep Web*, busca allí. Obtendrás muchas respuestas, sólo procura no comer antes de ingresar.

—No entiendo —negó.

—Sólo entra —concluyó, se dio vuelta y se alejó del sitio.

La nieve continuó cayendo, la luna no se veía entre tanta nubosidad. La ciudad estaba a sólo unas horas de amanecer, y Colin simplemente había pensado en no olvidarse de la frase y anotarla en su móvil.

Extrajo el teléfono y escribió: «Lapin Touss». Lo repitió en voz baja, y después caminó hacia su vehículo perdiéndose en la helada neblina de la madrugada.

12

Abril del año 2004 Springfield, Illinois

Aquel libro de *Alicia en el país de las maravillas* se encontraba sobre la enorme cama de Odette, la cual estaba cubierta por unas sábanas blancas que siempre parecían lucir impecables. Los pies de ella (ocultos por unas largas medias oscuras) golpeaban contra la cabecera de la cama.

Todavía llevaba el uniforme de aquel colegio católico, al cual acudía junto con Elisa. Su madre odiaba que ella se mantuviese vestida así, pero poco le

importaba a la chica lo que Florencia pensase.

Odette continuó hojeando el libro, su parte favorita solía ser aquella en la que Alicia cruzaba su camino con el bebé cerdo, era tan divertida que siempre se regresaba a leerla tres veces más.

Unas risas provenientes del comedor se arrastraron por los pasillos y atravesaron la habitación de Odette. La chica dejó de lado el libro, se levantó de la cama y avanzó lentamente hacia la puerta, se detuvo frente a ésta por unos segundos, y siguió escuchando el parloteo acompañado de carcajadas.

Las cejas de Odette se movieron incomprensivas, mas sin seguir parada allí, abrió la puerta y bajó las escaleras. Sus pies se movían con lentitud, pisando la alfombra que cubría los escalones hasta llegar a la planta baja. Sus manos, plegadas a su cuerpo, hacían que sus dedos se enredaran con el listón que acompañaba su uniforme en la parte del cuello de la blusa.

Se asomó hasta llegar a la cocina, y para su sorpresa el comedor se encontraba ocupado por sus padres, y una pelirroja lo bastante joven como para considerarse mayor de edad.

—Ven, princesa, quiero presentarte a una amiga —habló

André. Sonaba encantador, algo que incluso a Odette le extrañó. —¿Quién es ella? —preguntó con tranquilidad Odette, mientras se acercaba más al comedor.

—Te presento a Emily... —señaló Florencia, después miró a la joven pelirroja y dijo—. Emily, ella es mi hija Odette. —¿Deseas acompañarnos, cariño? —continuó André. Sin dar respuesta Odette se aproximó al comedor, agarró una silla que se encontraba junto a Emily, y acto seguido se sentó. Emily la miró hacerlo, parecía apreciar todo con fascinación.

Observó a Odette de pies a cabeza; con aquel uniforme del preparatorio se veía tan inocente y educada. La falda azul marino parecía hacer magia, y la blusa de botones oculta bajo un suéter celeste le daba encanto a todo.

—Eres tan hermosa como tu madre —soltó Emily mordiéndose los labios.

Odette entrecerró los ojos e hizo una mueca de disgusto, después prosiguió a indagar.

—¿Por qué estás aquí?

—Florencia me ha invitado... —dijo virando hacia la mujer, ambas parecieron intercambiar miradas incluso—. Vamos a divertirnos un poco, ¿quieres unirme?

—¿Por qué la has traído? —interrogó Odette a su padre. —Cariño, es nuestra invitada. Comportate por favor, se amable con ella —comentó André.

La chica respiró profundamente; bajo la mesa sus manos se entrelazaban, sus uñas se enterraban contra sus propias palmas, mientras miraba fijamente a todos los presentes.

—¿De dónde ha salido ella? —continuó preguntando con insistencia.

—Tranquila, nena, ¿en verdad no sabes por qué estoy aquí?

—contestó Emily.

—No, no lo sé. —Arqueó la ceja—. ¿Vas a decírmelo? —Nena, a tu padre le gustan las chicas como yo, y a

Florencia también —externó con malicia. Su mano se deslizó por la blusa de Florencia hasta acariciarle un pecho, ante ello la mujer simplemente sonrió con placer.

—Váyanse al diablo todos —espetó con enojo, y después se levantó de la silla.

—¡Odette! —vociferó André—. ¿Qué modales son esos? La chica pausó sus pasos y después se volteó a mirarlos una vez más.

—Diviértanse con la puta —dijo entre dientes.

—¡Odette! No le respondas a tu padre así —reprendió de inmediato Florencia.

—Vete a la mierda, perra —dijo como último, y después se dio vuelta para retomar camino a su habitación.

Emily rio en alto y después comentó:

—La niña tiene un carácter fuerte, ¿eh?

—Ignórala, sólo está un poco irritable —justificó André. —En fin, es hora de marcharnos —señaló Florencia con los ojos brillantes.

Los tres se levantaron del comedor, subieron las escaleras y se perdieron entre

los pasillos.

Odette se encontraba en su habitación, tenía los auriculares puestos en los oídos mientras se reproducía *30 Minutes de t.A.T.u.*

El libro de *Lewis Carroll* todavía se hallaba sobre su cama, mas Odette sólo pasaba las hojas sin seguir leyendo.

La canción finalizó, y entonces pudo apreciar el silencio de la casa. No había ninguna risa audible. Motivada por saber a dónde se habían ido sus padres con Emily, Odette se levantó de la cama dejando de lado el reproductor y el libro; caminó hacia la puerta y la abrió.

Los pasillos estaban oscuros, la alfombra se sentía blanda al tacto, y el silencio era demasiado inquietante. Odette avanzó a los barandales que conformaban toda la escalera, pero únicamente pudo percibir el silencio presente en el comedor. Una tenue luz amarilla apenas alumbraba la sala.

Los pies de la chica continuaron avanzando, hasta que de la habitación de sus padres se escucharon provenir unos sonidos poco audibles, visualizó una luz que sobresalía por debajo de la puerta; se detuvo y sigilosamente abrió para mirar dentro.

Una pequeña rendija se formó y Odette se asomó. Sus ojos se abrieron desmesuradamente, sus pupilas parecieron dilatarse, mientras su respiración comenzaba a agitarse.

Sus padres se encontraban desnudos junto con la pelirroja en la cama. En medio de gemidos se podía apreciar a Florencia practicándole sexo oral a aquella chica de nombre Emily, quien a su vez engullía de forma lasciva el miembro erecto de André; y éste por su parte sujetaba con una mano un dildo de color negro, el cual asemejaba un pene de goma. Con el aparato azotaba el trasero de Florencia, introduciéndoselo por momentos, y así arrancando de ella gemidos de placer.

Odette miraba por la puerta entre abierta aquella orgiástica escena. Un calor le recorrió el vientre, y casi sin darse cuenta empezó a acariciarse los pechos con una mano, mientras deslizaba la otra por su abdomen hasta hacerla llegar a sus genitales.

Sus pezones se endurecieron, su respiración se entrecortó, unas gotas de sudor perlaron su frente, mientras una grata sensación de excitación recorría su cuerpo como una llama devorándola por completo.

Su mano frotó con fuerza su clítoris, e inmediatamente introdujo dos dedos

dentro de su vagina, la humedad viscosa de sus fluidos la percibió al tacto. Hizo movimientos rápidos con la mano, masturbándose sin poder dejar de contemplar la escena.

Un gemido de placer se ahogó en su garganta, al momento que sintió una corriente eléctrica recorriéndole la espina dorsal y culminando así en un orgasmo.

Dentro de la habitación André eyaculó en el rostro de Emily, y Florencia se colocó de pie sobre la cama con las piernas abiertas encima de los dos. Entonces dejó salir un chorro de orina, bañándolos a ambos con aquel líquido tibio proveniente de su interior.

La lengua de André recorrió sus labios relamiendo las gotas de orina que caían por su rostro.

Odette pudo saborear la orina incluso sin probarla, pudo sentir la sensación de estar allí incluso sin estarlo. Su cabello estaba húmedo y sus mejillas rojizas.

Lo único que hizo después fue marcharse a su habitación. Al llegar allí cerró la puerta, dejó su frente recargada unos minutos sobre de ésta, y sus dedos se apoyaron con fuerza sobre la madera hasta dejar sus yemas totalmente blanquecinas. 13

Año 2012

Hospital Psiquiátrico St. James Illinois, Villa de Buffalo

—Hola... —saludó Colin en voz baja.

Odette se encontraba sentada sobre la cama de aquella habitación en el Hospital Saint James, algo que ya era común en ella.

—Hola —respondió sin ganas y sin mirarle (enfocada en el juguete que Colin le había obsequiado).

—Lamento el incidente con el oso, en parte fue culpa mía — continuó Colin, y después se introdujo a la habitación.

—Tú no fuiste el que golpeó a una anciana —señaló con seriedad.

Odette siempre había sido caracterizada por ser inexpresiva y hostil en muchas ocasiones; pero Colin había sentido que comenzaba a ganarse su confianza, aunque en ese momento aquella idea se estaba empezando a borrar abruptamente. —Lo lamento en verdad... —Mojó sus labios el psicólogo. —Deja de repetirlo, he dicho que tú no has tenido culpa. —Odette, quiero hablar contigo.

—Ya estamos hablando, ¿no? —Elevó la ceja, lo miró unos segundos y después regresó los ojos al cubo *Rubik*.

—Quiero la verdad, Odette... —Se aproximó a ella con la silla y sentó a verle —. Quiero toda la verdad.

Odette se inclinó hacia el frente como si lo retara con la mirada, y entonces contestó:

—La verdad que buscas no la tengo, mi versión de la verdad no creo que quieras saberla.

—No puedes saberlo, deja de tratar de controlar todo... Sea lo que sea que creas que no podré tolerar, déjame a mí, confía en mí —pidió con insistencia, en acto desesperado por escuchar la verdad de todo.

Odette suspiró, dejó el cubo de lado y teniendo a Colin de frente habló.

—A veces pienso que me hubiese gustado ser alguien más, quizá las personas que hubiese conocido siendo otra persona se hubiesen quedado conmigo. Pero... no podemos elegir y sólo nos queda aceptar lo que nos tocó... Todavía no entiendo cómo es que sigues aquí, y mucho menos tu idea de tratar de ser mi amigo.

—En realidad yo había llegado con un propósito, el cual claramente te dije, quería escribir un libro... —sinceró.

—¿Y ahora? ¿Ya no quieres escribir? —inquirió.

—Te quiero ayudar, esa es mi prioridad ahora. Quiero demostrarte que se puede volver a creer y a confiar.

—Quizá yo no tenga una segunda oportunidad... Por dentro de mí hay oscuridad, una oscuridad que se traga todo como si fuese un agujero negro. Pero tú... tú mantienes luz todavía —pausó, y pasó saliva mientras sus ojos se tornaban llorosos—. Me hubiese gustado conocerte en otra vida.

Los ojos de Odette se voltearon a mirar el oso blanco que Colin le había regalado, estaba a un lado de su cama. El hombre preguntó ante tal reacción:

—¿Qué hay de malo con esta vida?

—Jamás lo entenderías —dejó salir con un rastro de angustia.

—No lo sabes, sólo podrás saberlo si me dices.

—¿Qué quieres saber? —preguntó con reserva.

—¿Amabas a tus padres? —Plegó la frente.

—No lo sé... No es algo que pueda ser capaz de responder.

—¿Tu madre? ¿Cómo eran las cosas con ella? —indagó.

—No eran buenas, no creo que ella me haya querido.

Colin presionó los labios. En el fondo creía tantas cosas, podía ver más allá

de lo que Odette le decía, pues lo comenzaba a intuir.

—¿Y tu padre?

—Él era distinto —afirmó sin más.

—¿Por qué? —Ladeó la cabeza.

—Sólo era diferente.

—Odette... —se detuvo no muy seguro de lo que diría, pero tenía que hacerlo

—. ¿Tenías celos de tu madre?

—¿Crees que estaba enamorada de él? —cuestionó, a lo que Colin se echó hacia atrás buscando la pregunta para seguir.

—Dímelo tú. ¿Qué sentías por tu padre?

—Me siento cansada... quiero dormir —señaló, y después dejó caer su cuerpo sobre la cama.

Colin la miró recostarse frente a él, y entonces llevó su mano al brazo de la chica, para pronto tirar de ella suavemente y hacerla levantar.

—Markus no existe, lo sé. Quiero saber la razón por la cual lo inventaste. — Sus ojos se fijaron a los de ella, mientras Odette respiraba pesadamente.

—¿Qué es lo que crees de mí? —preguntó retadoramente.

—No lo sé, no sé qué creer de ti. No me dices nada, siento que lo planeaste, que siempre estuviste consciente de todo.

—Entonces allí tienes tu respuesta —soltó las palabras de cerca.

—Quiero escucharlo de ti —marcó.

—Quiero dormir. —Sus ojos se enseriaron, tanto que a Colin le intimidaron.

—Bien, Odette, descansa.

Sandman se levantó del asiento resignado, regresó la silla a su lugar y después se dirigió hacia la puerta. La seriedad en su rostro era notoria, se acompañaba de enfado y desesperación; pero no podía demostrarlo, no se sentía con la libertad de hacerlo.

—Colin... —le llamó Odette y él se detuvo—. ¿Habrías asesinado a tus padres?

—Jamás lo hubiera hecho —negó.

—Entonces, no lo entenderás.

Odette se sentó nuevamente, Colin no dijo más y abandonó la habitación. Ella le vio alejarse, quedándose sola y acariciando al oso con una sola mano, mientras sumergía los dedos en el suave peluche de éste.

CUARTA PARTE

En El Fondo Del Abismo

1

Año 2012

Springfield, Illinois

Colin se dejó caer sobre el sillón de la sala en su apartamento. Se encontraba intranquilo, sabía lo que tenía que hacer, pero aun así tenía dudas.

Dirigió las manos al computador portátil, lo abrió e ingresó a su navegador *Web Tor*; aquel que había pedido a su técnico que le descargase esa misma noche, tras hablar con el sujeto que solía vender los objetos sexuales a los Toussaint.

Después de unos minutos, logró acceder a la *Deep Web*. Revisó su móvil y leyó lo que había escrito en una de las notas: «Lapin Touss». Sin demora alguna lo tecleó en el buscador, al instante aparecieron algunas pocas páginas, pero sólo una con ese nombre exactamente. Colin entró, y la pesadilla comenzó.

Aquella página tenía un fondo blanco con letras de color lila, en la «L» de «Lapin Touss», había un conejo blanco recostado que aparentaba abrazarse de la letra (Colin no pudo evitar fijarse en ese detalle, pues incluso la fuente de las letras le resultaba demasiado llamativa para aparentar algo malo).

En algunas esquinas, podían apreciarse unos recuadros que señalaban una serie de vídeos, de los cuales no podía verse claramente las imágenes.

Colin desplazó el cursor sobre aquellos cuadros, uno en especial llamó su atención, se titulaba «Baby Cake».

En el recuadro únicamente aparecía una grotesca caricatura de un conejo masturbándose mientras sacaba de una chistera lo que aparentaba ser un bebé (como en un acto de magia).

Colin movió el cursor e hizo clic sobre el recuadro. El vídeo empezó a cargar, y lo primero que pudo ver fue precisamente la figura que aparecía en el recuadro, y una canción de cuna reproduciéndose; aquella conocida popularmente como *Twinkle Twinkle Little Star*.

En el vídeo se podía visualizar aquel burdo conejo parado junto a una mesa donde reposaba la chistera; en la mano hacía movimientos sobre la chistera con un dildo de color rosa, a manera de varita mágica de un mago. Golpeaba el sombrero, y mientras jugueteaba con su pene iba surgiendo de la chistera la cabeza de lo que aparentaba ser un bebé, de esa forma iniciaba el vídeo.

A continuación, la imagen había cambiado para dar paso a un bebé de escasos meses recostado sobre una cama grande cubierta por sábanas de color rosa, con forma de un enorme malvavisco.

En un principio Colin no entendió, mas con temor siguió observando el vídeo, tenía un mal presentimiento.

Pronto apareció un hombre desnudo con una cabeza de conejo cubriéndole el rostro, como si se tratase de una botarga. Empezó a saltar en la cama donde estaba el bebé, poniéndose de cuclillas como tratando de imitar la postura del animal. Seguido a él apareció una mujer desnuda, también portaba una cabeza de conejo, pero ella a diferencia de él, daba saltos con los pies juntos y las manos recogidas imitando también los movimientos de un supuesto conejo. Sus pechos se balanceaban por arriba a cada momento que continuaba saltando.

Ambos se colocaron a los lados de aquel bebé del cual no podía verse el rostro, ya que estaba manipulado el vídeo. Lo acariciaron lujuriosamente, frotándole sus partes íntimas con las manos, y restregándole sus genitales por todo el cuerpo al pequeño ser.

Aquella mujer se puso en posición sobre el bebé, apoyando sus manos a los costados y sus rodillas sobre la cama, entonces acercó uno de sus pechos a la boca de la criatura. A Colin le pareció como si lo amamantara en ese momento.

Acto seguido el hombre se posicionó detrás de la mujer, y cogiendo un pequeño tubo que al parecer era algún tipo de lubricante, lo embadurnó generosamente en el orificio anal de ella, para penetrarla inmediatamente al momento que amamantaba al bebé.

Mientras esto sucedía, el sujeto deslizó una de sus manos en medio de las pequeñas piernas de aquella inocente criatura, acariciándole los genitales de los cuales tampoco se distinguía el sexo.

Colin no pudo evitar una sensación de asco y desprecio ante aquella aberración. Sin embargo se preguntaba por qué le habrían enviado a esa página; algo se imaginaba, mas todavía le costaba creerlo.

El hombre del vídeo dejó de penetrar a la mujer, para acercarse y eyacular encima del bebé; la mujer dejó de amamantarlo; se puso en cuclillas sobre él y

empezó a defecar encima suyo.

En sólo cuestión de segundos el bebé comenzó a llorar incómodo ante la situación. Pero ellos parecían disfrutarlo, pues empezaron a restregar el excremento en sus cuerpos y en el de la criatura como si éste fuese una especie de crema corporal.

Colin sintió como su estómago se revolvía, y no pudo evitar vomitar sin darle tiempo de nada, salpicando incluso el teclado del computador. Sólo había alcanzado a cerrar la pantalla del portátil.

Los ojos de Colin estaban enrojecidos, el sudor bañaba su rostro que se encontraba pálido en ese momento. Colin se levantó y fue al baño, se lavó el rostro con agua fría. Después se miró al espejo; sus manos sujetaban con fuerza el lavamanos como si quisiera romperlo, y sin poder soportar más, se doblaron sus piernas, llevándolo a sollozar en un rincón del lugar.

2

Hospital Psiquiátrico St. James Illinois, Villa de Buffalo

En la caja que Colin llevaba sujeta con una mano y pegada a un costado de sí, podía leerse «Memory». Sus pasos continuaron hasta el final del pasillo, rumbo a la habitación de Odette Toussaint.

Al llegar, con una mano empujó la puerta y después ingresó. A diferencia de otras ocasiones, Odette se encontraba sentada mirando hacia la ventana; era como un niño viendo al cielo a punto de pedir un deseo a una estrella. Por un momento Colin pensó en hablar, puesto que creyó que ella no había notado su presencia, mas ella pronto dijo:

—Hola, Colin.

—¿Cómo estás? —preguntó, ella todavía se mantenía de espaldas.

—Es un día agradable, la nieve pronto se irá... —dejó las palabras suspendidas sin continuar.

—Lamento lo de la vez anterior —comentó con cautela.

—¿Por qué? —indagó dándose vuelta a mirarlo.

—Creo que te presioné, y en realidad tú debes decirme las cosas cuando estés lista.

Odette movió la cabeza como si asintiera, y después se levantó caminando hacia Colin.

—¿Qué has traído ahí? —señaló la chica—. ¿Un nuevo juego?

—Averígualo tú —dijo con una cálida sonrisa, y después le estrechó la caja.

Odette la sujetó, su mirada descendió lentamente y después comenzó a abrir con lentitud la caja; Colin la observó mientras lo hacía.

Del interior extrajo un pequeño recipiente transparente de forma cuadrada con chocolates dentro, los cuales parecían estar rellenos de caramelo y demás sabores. Una mueca discreta se asomó en sus labios, era como si quisiera sonreír pero a su vez se mantuviese con una seriedad muy marcada.

—Feliz cumpleaños, Odette —expresó Colin.

—¿Cómo lo sabías? —inquirió levantando la mirada.

—Leí tu expediente —afirmó mordiéndose las mejillas por dentro.

—Ya veo... No pensé que supieras. Gracias por los chocolates —dijo pasando por un lado de Colin, y después dirigiéndose a una silla (la misma junto a la mesa donde Colin solía siempre observarla e interrogarla).

—¿Te gustan los chocolates? —indagó con suspicacia.

—Sí, ¿por qué?

—Parece que te han traído un recuerdo.

Odette resopló como si riera en bajo, después dijo:

—Eres muy intuitivo, seguramente se debe a que seas psicólogo.

—Puede ser. Pero todavía hay muchas que ignoro.

Odette desvió la mirada y se detuvo a abrir el recipiente de chocolates.

—¿Quieres uno? —continuó la chica.

—Claro, ¿por qué no?

Odette sonrió mostrando los dientes, entonces nuevamente caminó hacia la cama sentándose a un lado de ésta, justamente en el suelo de la habitación.

—Cuéntame de ti —comenzó la chica.

Colin se sentó a un lado de ella, y recargando la cabeza contra la cama miró hacia el cielo raso del cuarto.

—No sé qué podrías querer saber de mí.

—Quiero saber muchas cosas.

—Pregúntame —cedió, y después cogió un chocolate del recipiente que en ese momento Odette tenía sobre su regazo.

—¿Alguna vez has estado casado? —prosiguió la chica.

Colin desenvolvió el chocolate, y después lo arrojó dentro su boca. Mientras masticaba respondió:

—No, en realidad no. Tuve planes de casarme, pero no sucedió.

—¿Por qué?

—Las cosas no siempre salen como uno planea.

—Te dejó por alguien más, ¿no es así?

—Yo diría que sus gustos cambiaron. —Su respiración pareció profunda, mientras con su lengua limpiaba sus dientes.

—Te fue infiel —externó al momento que desenvolvía otro chocolate.

Colin suspiró sin responder inmediatamente. Odette continuaba comiendo de los chocolates, parecía saborearlos a cada mordisco.

—Yo creo que hay personas que simplemente llegan a tu vida como un tornado, arrasan con todo... y dejan muchas heridas en el camino —meditó.

—¡Vaya! Eso ha sonado tan poético —bromeó, a lo que Colin comenzó a reír.

—¿Quieres otro? Unos están rellenos de frambuesa, son deliciosos —ofreció la chica, y extendió el recipiente de chocolates.

—Ya lo he notado —dijo cogiendo uno.

—Háblame de ella, ¿cómo era?

—No creo que sea un tema muy interesante.

—Para mí sí.

—Bien. Pues, la conocí en la facultad, estábamos en el mismo curso de psicología. Empezamos siendo amigos, aunque yo siento que al inicio no le agradaba del todo... —pausó, y con un recuerdo atravesando su mente sonrió—. Estuvimos saliendo por unos meses, hasta que aceptó ser mi novia. Duramos juntos ocho años.

—Toda una vida —interrumpió con ironía.

—Algo así, sus padres querían que nos casáramos después de graduarnos... habían planes de boda... —se detuvo buscando las palabras para continuar.

Era la primera vez que se revelaba tanto ante alguien, y por algún motivo no tenía miedo de hacerlo. En ese momento, Odette se había convertido en su confidente de una manera totalmente insólita.

—¿Y entonces...? —indagó, moviendo la mente de Colin para que éste continuase.

—Ya no importa, han pasado muchos años.

—No entiendo, algo debió suceder como para que evites tocar el tema tan explícitamente.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque... hay recuerdos que uno quiere olvidar, a veces no buscas cómo sacarlos... Están presentes siempre, con cada acción del día, con cada objeto obsequiado... Están allí... y queman por dentro.

La mirada de Colin se profundizó, un trago amargo recorrió su garganta, y

entonces observó a Odette, mientras los ojos de ella se tornaban rojos y angustiados.

—¿Qué te duele recordar a ti?

—¿Por qué no te casaste con ella? —cuestionó sin responder a lo anterior.

Colin movió la cabeza en negativa, entonces dijo:

—Cuando fui al apartamento donde viviríamos, pensaba mostrarle las invitaciones que habían llegado... Ella las había elegido. Los planes de boda estaban ya hechos, ya teníamos invitados, pastel... y entonces... —pausó.

Sus recuerdos barrieron con todo el escenario, y se vio parado fuera de la habitación donde alguna vez había pensado en vivir con aquella mujer. En la cama las risas se hacían presentes, y los pies de ella se entrecruzaban con los de alguien más.

—Estaba con otro... ¿Quién? —preguntó Odette.

—Era mi amigo de la facultad... —comentó, la tranquilidad era tan notoria que para Odette resultaba difícil creerlo—. En el fondo creo que siempre lo supe, ellos siempre pasaban tiempo juntos, convivían tanto que era demasiado obvio y todos lo notaban pero yo no.

—Era una maldita zorra, en realidad ellas abundan. Tuviste suerte de darte cuenta antes de casarte con ella.

La sonrisa de Odette intimidó un poco a Colin, sus cejas se enarcaron y sus labios reflejaron algo que no era usual ver. Ella sabía tanto que era difícil engañarla, ella conocía los pensamientos de cualquiera y eso a Colin le intrigaba aún más.

—Yo no diría eso, simplemente las personas cambian, los sentimientos también.

—Pudo habértelo dicho en lugar de follarse a otro, o pudo haberte invitado a follar con ellos —soltó con sarcasmo.

—Eso es algo repulsivo, Odette. —Plegó la frente con molestia y desconcierto.

—Tal vez no. —Relamió sus labios y sonrió, se llevó un chocolate a la boca y lo masticó.

Colin simplemente la miró extrañado sin decir más. 3

Enero del año 1995 Springfield, Illinois

En aquella cama de hospital, justamente ubicada a un lado de un gran ventanal (donde los rayos de sol se colaban), se encontraba Odette acostada. Su mirada

se percibía apagada, su cabello estaba suelto, su rostro pálido, y debajo de sus ojos se notaban unas pequeñas ojeras enrojecidas (como si hubiese llorado por horas).

La niña llevaba una pequeña bata blanca, sus delgados brazos se acomodaban por encima de su regazo, mientras esperaba a sus padres entrar por la puerta.

—Princesa, ¿cómo estás? —se escuchó la voz de André, justo al momento que empujaba la puerta de la habitación.

—Mejor.... —dijo Odette con debilidad, un sonido casi inaudible para los demás.

André avanzó hacia la cama y después se sentó junto a su hija; llevó su mano hacia la cabeza de la niña, y entonces le acarició el cabello.

—Lo lamento, princesa, no me gusta verte así. Tú sabes que yo nunca te haría daño —dijo el hombre.

Odette sin decir nada desvió la mirada.

—Pronto saldrás de aquí. ¿Qué tal te han atendido? — preguntó con preocupación.

—Bien... —dejó salir de su boca.

—Cuando salgamos de aquí, te llevaré a donde tú quieras.

Odette continuó sin responder, sus labios temblaban, mientras André seguía acariciándole el cabello.

Florencia entró a la habitación con una caja dorada en las manos, se aproximó hacia su esposo e hija, y después expresó:

—¡Oh, cariño! ¿Cómo estás? Qué gusto verte, te ves mejor.

La niña la observó, bajó la cabeza y comenzó a jugar con un brazaletes que marcaba la fecha de su ingreso al hospital.

—Papá y yo te hemos traído unos chocolates que seguramente te gustarán, y cuando llegemos a casa verás el regalo que te hemos comprado.

Florencia le extendió la caja dorada con chocolates dentro, mas Odette no los agarró, por lo que la mujer optó por dejarla en la mesa junto a la cama.

—Hola. ¿Cómo está mi paciente preferida el día de hoy? — saludó el médico una vez que había entrado a la habitación.

—Doctor Parrish, ¿cómo va mi pequeña? —preguntó André.

El médico lanzó una mirada de complicidad y prosiguió a contestar:

—Creo que podremos darle de alta hoy mismo, con algunos cuidados en casa seguramente estará bien.

—Agnes se encargará de darle los medicamentos que usted le recete. Yo misma haré que tenga la mayor comodidad posible —dijo Florencia.

—Sí, por supuesto veremos que esté cómoda. Contrataré los mejores canales de televisión satelital para mi linda princesa —añadió André con una sonrisa, tanto que casi parecía irreal tanta felicidad.

Odette continuaba en silencio, y simplemente les miraba con recelo a todos.

—Bien, les daré una receta. Venga conmigo, André —indicó Parrish.

—Yo me quedaré contigo, cariño, te ayudaré a vestirte —habló Florencia.

Tras salir de la habitación André y Parrish, Odette comenzó nuevamente a mover su brazalete; de sus ojos unas lágrimas empezaron a salir, nublando su visión y mojando sus mejillas.

—Sabes que a papá no le gusta que llores, no deberás contarle a nadie por qué estuviste aquí, ¿de acuerdo? —advirtió Florencia.

La niña asintió con la cabeza, Florencia se aproximó a ella, y con ambas manos secó las lágrimas de su hija.

—Ya, vamos a vestirte. Deja de llorar, no pasa nada.

A unos cuantos pasillos de la habitación donde se encontraba Odette, estaba el consultorio del doctor Parrish. André ingresó después del médico, acto seguido se sentó frente a él.

—Bien, señor Toussaint... —comenzó Parrish.

—Dígame, doctor.

—Comprenderá, señor, que el tratamiento de su hija fue algo

especial y requiere de mucha confidencialidad —señaló. —Desde luego doctor, estoy consciente de ello, y le agradezco mucho su discreción —afirmó.

—Bien señor, serán veinte mil dólares por todo —dijo sin más.

André con una sonrisa maliciosa, extrajo del bolsillo de su abrigo una chequera y un bolígrafo.

—¿Puedo entregarle un cheque?

—Claro, señor Toussaint, usted es una persona honorable. André llevó el bolígrafo al papel, y recargando la punta sobre éste, comenzó a escribir «25,000 dlls». Por último extendió su firma.

—Veinticinco mil. Creo que se los ha ganado —comentó Toussaint.

—Es un placer atenderle siempre a usted y a su hermosa familia.

Cogió el cheque y lo guardó en un cajón.

—Bien, doctor, gracias por todo. Me llevaré a mi hija. —Desde luego, ahora hago la receta —finalizó con una sonrisa placentera.

4

Springfield, Illinois

El invierno había llegado a su fin, la nieve se había ido, dejando apenas un rastro de su presencia.

Los pies de Colin Sandman caminaban descalzos desde su habitación hasta la sala del apartamento. Con un bostezo, apenas se percataba de que acababa de amanecer; el hombre se sentó en el sillón, y de la mesita de centro cogió unos sobres que llevaban semanas allí. Uno por uno comenzó a leerlos, eran cuentas por pagar, cartas de admiradores y una carta escrita por su tía.

Colin mordió sus labios, se rascó la cabeza y después abrió el sobre. Tenía tanto sin visitarla, en el fondo no podía evitar sentirse culpable.

Cuando desdobló el papel, pudo darse cuentas de que la carta llevaba allí desde navidad, mas comenzó a leer:

«Mi querido niño, espero te encuentres bien. Me imagino que debes estar muy ocupado, es por eso que he preferido no llamar tanto. Esta navidad fui de viaje con Samantha, ya sabes mi amiga de años. Nos la pasamos muy bien en Japón, te traje unos recuerdos que espero pronto veas. Espero pasaras una navidad agradable. Te quiere mucho, tu tía Agatha».

Colin dobló la carta nuevamente y después la guardó dentro el sobre, un intento de sonrisa se apreció en su rostro, pero no duraría mucho allí.

Se levantó del sillón y caminó hacia la pecera donde nadaban sus *Goldfish*, entonces pudo ver a uno de ellos flotando en la superficie.

—Mierda... —musitó tras percatarse de que estaba muerto.

Colin cogió una pequeña bolsa de plástico, y con una mano sujetó al pez, acto seguido se dirigió al retrete y lo arrojó dentro, para después verlo irse en aquel remolino de agua. Su mirada pareció entristecerse, aquellos pececillos

los había tenido desde hacía mucho tiempo atrás, era el primero que moría. Sandman suspiró, y resignado caminó hasta su habitación para cambiarse de ropa y salir de la casa rumbo al consultorio de Kevin.

El camino le resultó agobiante, el tráfico era tanto que el sonido de los cláxones ya le estaban causando jaqueca. Colin detuvo el vehículo ante el semáforo, mientras en la radio se reproducía *She Will Be Loved* de *Marron 5*.

La mayoría de las veces le resultaban confusas las palabras de Odette, era como si hablara en clave, porque él ni siquiera siendo psicólogo podía descifrarlo. Era extraña, pero de una manera difícil de explicar; no la sentía como el tipo de paciente común con traumas, ella realmente parecía disfrutar de sus traumas e incluso hacer bromas absurdas y macabras con ellos.

Con un brazo casi fuera de la ventana, apoyaba su codo en el marco mientras su mentón se recargaba sobre su mano. Pensativo se regresaba al momento en el cual la había conocido; ella era tan distante y con una personalidad que por más que se lo negara no dejaba de atraerle. No sabía si por cuestiones académicas o por intriga y curiosidad, pero todo en ella le resultaba de cierta forma fascinante.

Recordaba las pocas veces que había sonreído siendo algo completamente fuera de lugar, recordaba sus chistes de mal gusto y como le hacían reír por estúpidos e insanos que parecieran. Recordaba aquel sueño que le hacía sentir culpable siendo que quizá parecía haber sido algo inconsciente.

La seriedad se marcaba en su rostro, y las palabras que ella decía golpeaban su mente, cada una cobraba un significado, cada una debía tener una razón de ser. Estaba cerca de saberlo y eso le asustaba demasiado.

El claxon del vehículo detrás del suyo se escuchó insistente, Colin retiró el freno de mano y continuó su camino.

Pasaron alrededor de treinta minutos para que se viera fuera del consultorio de Kevin Washington, en la entrada podía leerse: «Clínica de psicología para niños con discapacidades».

Colin cogió la chaqueta que se encontraba a un lado suyo, la extendió y se la colocó. Retiró las llaves y después bajó del vehículo.

Avanzó todo el estacionamiento hasta llegar a la entrada principal, ingresó y

caminó por la sala de espera hasta dar con el consultorio de Kevin Washington. Una vez frente a éste, pudo ver a su amigo rodeado de varios niños sentados en pequeñas sillas de diferentes colores. La habitación se encontraba repleta de juguetes, desde juegos de mesa hasta *Legos* esperando a ser armados.

En sólo cuestión de minutos, Kevin le miró y con una mano le saludó. Colin correspondió al saludo y esperó a que los niños saliesen del lugar.

—No... olvides... —hablaba Kevin al momento que realizaba unos ademanes a un pequeño que tenía de frente—. El... dibujo... de... mañana.

El niño con una sonrisa asintió, y respondió con lenguaje de señas ante lo que Kevin le mostraba.

—Ya va mejorando, cuando llegó aquí no le gustaba participar —comentó Kevin a Colin (justamente cuando éste se acercaba).

—Él es Arnold, ¿no? —curioseó Colin.

—Sí, aunque le gusta que le digan Archie, apenas aprendió a escribirlo. Es un niño muy inteligente.

—¿Es sordomudo?

—Yo no diría eso, en realidad nacer mudo es algo difícil, tendrían que tener dañadas las cuerdas vocales o algo parecido. Más bien son pequeños que nacen con discapacidad auditiva, y por lo tanto como jamás escuchan la lengua no aprenden a hablarla —explicó.

—Ya veo.

—Pero no me viniste a ver por eso, ¿verdad? —Levantó ambas cejas.

—No, necesito saber qué piensas sobre todo esto.

—¿Odette?

—Sí... —se detuvo, pasó saliva y siguió—. Creo que ella sabe lo que sucedió esa noche.

—¿Por qué lo dices? —Plegó la frente.

—Porque me doy cuenta, por todo. No es sincera conmigo ni con nadie, creo que mintió el día el juicio, es demasiado inteligente. Engañar a un jurado no es algo fácil, siento que estudió cada detalle antes de hacerlo.

—De acuerdo. Ahora dime, ¿por qué alguien haría algo así? Según lo que has investigado, ¿qué crees que la llevó a cometer el crimen?

—No quieres saberlo... —negó humedeciendo sus labios, sentía la boca seca y los nervios haciéndose presentes.

—Colin, ¿qué sucede? —indagó con preocupación.

—Nunca me había enfrentado a algo así... —soltó y después haló aire.

—¿De qué hablas?

—Tengo una extraña sensación.

—Suponiendo que ella lo haya planeado todo, ¿qué puedes hacer al respecto? El caso ya se cerró.

—No puedo hacer nada, sólo tratar de ayudarla.

—Creo que te estás obsesionando mucho con el caso. Recuerda que nosotros no podemos comentar nada de lo que nuestros pacientes digan, ella es tu paciente, Colin. No te involucres más allá de lo que debes.

—¿Qué quieres decir?

Kevin lo miró con suspicacia, y después preguntó:

—¿Te has enamorado de ella?

—Claro que no, tú sabes que yo jamás me involucro con mis pacientes de esa manera —negó con cierta molestia e incomodidad.

—Lo sé, y jamás te había visto tan obstinado con algo.

—Sólo es un paciente más.

—¿Estás seguro de eso? —inquirió.

—Claro que lo estoy, ¿qué es lo que piensas? —enserió.

—Colin, la he visto en fotos; es joven, bonita... —empezó.

—Y también cometió un crimen —interrumpió.

—Sí, lo sé. Pero... si lo que me dices es que fingió, debes notar que es perfecta manipulando... No dejes que juegue con tu mente.

—No te preocupes, Kevin, me doy cuenta perfectamente de dónde estoy parado —dijo y entornando los ojos siguió—: Debo irme, tengo muchas cosas que hacer.

—Bien, ve con cuidado.

Colin asintió, y después se dio vuelta para alejarse del lugar. Kevin le miró irse, negaba con la cabeza; trataba de creerle pero resultaba difícil hacerlo.

Hospital Psiquiátrico St. James Illinois, Villa de Buffalo

—Hola, Odette —saludó Foreman con una cálida sonrisa. La chica se encontraba en el jardín con el cubo *Rubik* (que Colin le había obsequiado) entre las manos, viró hacia el doctor y después habló con cortesía.

—Buenos días.

—¿Cómo te has sentido? Desde el incidente del oso he visto que las cosas han mejorado.

—Sí, lo lamento mucho —comentó con cierta vergüenza. —¿Cómo va todo con el señor Sandman?

—Es un hombre agradable.

—Veo que se llevan muy bien —señaló Foreman. —Sí —acortó presionando los labios.

—Me alegra que te haya ayudado. Pronto te irás, si todo sale bien estarás un par de meses más y tramitaremos tu alta —informó.

—¿En verdad? —alegró enseguida.

—Sí, nada me haría más feliz que te incorporaras a la sociedad nuevamente. Sé que te irá de maravilla —afirmó con confianza.

—Gracias, yo espero que sí. Estoy tan nerviosa —dijo, y al segundo se levantó de la banca.

—No tienes por qué dudar, estarás bien. Cualquier cosa siempre podrás venir a verme y yo te ayudaré con mucho gusto. —Gracias, en verdad me ha sido de mucha ayuda. —Tú cooperaste mucho, has ido bien con el tratamiento —

sinceró.

Foreman colocó una mano sobre el hombro de la chica, a lo que ella con una sonrisa sujetó el cubo *Rubik* sin dejar de mirarlo.

—Te irá bien, ten confianza.

—Sólo espero que la gente no me juzgue tanto —dijo con un rostro de angustia y temor.

—No puedo prometerte eso. Tú sabes porque estás aquí, no es algo que las personas entiendan con facilidad, pero todos tenemos derecho a una segunda oportunidad —expresó. —Estoy muy arrepentida por todo lo que sucedió... Yo amaba a mis padres. —Una lágrima se acumuló a las orillas de sus ojos, se expandió y después cayó.

—Lo sé, pero... las cosas mejorarán, no te rindas. —No lo haré.

—Bien, Odette, debo terminar con lo mío. Suerte —concluyó, palmeó el hombro de la chica y se distanció.

Odette le miró partir, y el hombre volteó una vez más para decir:

—Seguro al señor Sandman le dará alegría saber que pronto

estarás fuera de aquí.

—Yo creo que será el más feliz con la noticia.

Foreman se dio vuelta para regresar al interior del hospital.

Odette giró el cubo *Rubik*, su mirada cambió; y la sonrisa de sus labios se manifestó de una manera distinta, era oscura y engañosa.

Hospital Psiquiátrico St. James Illinois, Villa de Buffalo

Colin llegó a la habitación de Odette, abrió la puerta empujándola con una sola mano; al mirarlo ella se levantó de la cama rápidamente y corrió hasta él. Con sus brazos envolvió el cuello del hombre en un abrazo; cerró los ojos y se aferró a él.

Colin se tambaleó un poco, mas pisó firmemente para no caer. Odette se mantuvo junto a él por más de un instante, Colin llevó sus manos a la cintura de la chica y correspondió al abrazo.

Los minutos siguieron transcurriendo, Colin podía sentir la respiración de ella golpeando contra su cuello. Su mirada pareció mezclarse de extrañeza y tristeza; algo pasaba y no sabía lo que era.

La princesa de hielo se hizo cálida ante él, el abrazo duraba tanto que difícilmente Colin se explicaba aquella situación; únicamente se dejó llevar, y sintió como la frialdad que lo envolvía se convertía en una llama tan suave que no podía quemarlo.

Odette se apartó lentamente de Colin, miró un poco arriba pues él era más alto que ella, y entonces sonrió.

—¿Está todo bien? —preguntó con curiosidad Sandman.

—El doctor Foreman me ha dicho esta mañana que pronto me darán de alta. Saldré de aquí, dice que he mejorado —contó con un rastro de alegría.

—Me da mucho gusto por ti, Odette. Espero que las cosas vayan bien —sinceró.

—Quizá... —pausó, bajó la mirada y continuó—. ¿Sabes? Me darán una nueva identidad, podré hacer otra vida.

—Creo que tendrás una nueva oportunidad de comenzar.

Odette movió la cabeza y presionó los labios, se dirigió a la cama y después

se sentó. Colin por lo consiguiente se sentó frente a ella en una silla.

—Quizá nunca volvamos a vernos... —dijo la chica mirando al psicólogo con nostalgia—. Quiero darte las gracias por tu compañía.

—No tienes nada que agradecerme, te deseo lo mejor — continuó con cierta sorpresa.

—Te debo algo, Colin —meditó después de unos segundos.

—¿Qué cosa? —inquirió.

—La verdad de todo... La quieres saber, ¿no es así? —su voz cambió, se tornó seria y eso intrigó al hombre.

—Sólo si tú deseas contármela.

—Colin, tú no eres ingenuo, y eres un excelente psicólogo. Sé que algo te imaginas, quizá siempre lo intuiste... Sin embargo, no creo que tengas idea de hasta dónde llega todo. No volveré a verte, y por eso te contaré todo lo que sucedió, sólo escúchame con atención —explicó meticulosamente.

—Adelante, Odette, tienes toda mi atención —prosiguió, su cuerpo se acomodó hacia adelante mientras sus manos se entrelazaban una con la otra.

Odette suspiró y echó la cabeza hacia atrás.

—Mis padres no eran lo que aparentaban... Ellos eran... — se detuvo presionando los dientes—. Unos malditos hijos de puta, sobre todo Florencia.

—¿Tu madre? —Frunció el ceño.

—Por desgracia —replicó.

—¿Qué hay con ella? —preguntó.

—Esa perra nunca nos protegió ni a mí ni a mi hermana. Estuve en el hospital en dos ocasiones, todo fue culpa de ella siempre.

—¿Por qué?

Los labios de Odette temblaron, sus manos se entumecieron pero siguió hablando.

—En una fue porque... el cerdo de André me violó cuando tenía siete años, ella estaba presente y lo permitió... Me desgarró por dentro. —Mordió sus labios con fuerza dejando la marca de sus dientes en éstos; Colin sólo la miraba—. La segunda vez fue porque la maldita hija de puta me llevó al hospital con engaños, hizo que me intervinieran quirúrgicamente... Yo tenía catorce años.

—¿Por qué lo hizo?

—Jamás podré tener hijos, Colin —señaló con los ojos rojizos—. No quería que resultara embarazada.

—¿De quién? —indagó con temor.

—De André... —apuntó Odette.

Colin pasó saliva, endureció la mandíbula y comenzó a mover los pies nerviosamente. Odette mantuvo el cuerpo tenso, y en sus ojos se reflejaba la rabia que le consumía.

—Él entraba a mi habitación todas las noches... No estaba conforme de jugar conmigo, entre los dos lo hicieron durante años.

—¿Algunas vez se lo constaste a alguien?

—¿Por qué iba a hacer eso? —Movi6 los hombros y fingió una risa—. Mi padre compraba el silencio de todos. El maldito doctor Parrish firmaba los diagn6sticos m6dicos. Pero eso no fue lo peor, lo peor vino despu6s... con mi hermana de cuatro meses.

Odette call6 por un instante. Colin la mir6 esperando escucharla, aunque para ese momento en el fondo 6l prefería que ella dejase de hablar. El hombre tenía miedo, como nunca antes lo había tenido.

7

Enero del a6o 1999 Springfield, Illinois

André se encontraba desnudo en la cama de su habitaci6n, mientras Odette a su lado acariciaba el miembro de 6ste con sus peque6as manos. A su vez Florencia se hallaba enfocando la videoc6mara sobre un tripi6 mientras filmaba la escena.

—Anda, peque6a, deslízale la lengua como si fuese un helado —dijo Florencia a Odette—. Ahora me uniré con ustedes —indic6.

Seguido a ello, la mujer se aproxim6 completamente desnuda hacia su esposo e hija. Odette por su parte había introducido el miembro erecto de André a su boca; el hombre s6lo se retorcí a de placer mientras la ni6a continuaba la felaci6n.

Florencia cubri6 su dedo medio con un poco de gel lubricante, acarici6 los glúteos de Odette con la mano, y despu6s le introdujo el dedo en el orificio anal a su hija. Ante aquel acto Odette gimi6 de placer, y la voz de André entrecortada se dej6 escuchar.

—Trae a Giselle —solt6 el hombre con el sudor corriéndole por el cuerpo.

Florencia acat6 la orden y camin6 hacia la peque6a que descansaba en su

cuna, Odette se apartó inmediatamente de su padre y miró a su madre. Florencia no tardó en regresar con el bebé en brazos.

—Sigue, princesa, no te detengas —señaló André.

Odette se levantó de la cama y retrocedió unos pasos. Florencia depositó a Giselle junto a André, éste le retiró el pañal que la cubría, y después comenzó a rozar su pene por el pequeño e indefenso cuerpo de aquella inocente criatura.

—¡Déjala! ¡Maldito! —chilló Odette.

—¡Cállate, niña estúpida! —reprendió Florencia.

Los labios de Odette se entreabrieron halando una bocanada de aire, mientras veía como ante sus ojos su padre continuaba recorriendo el cuerpo de su pequeña hermana con su miembro.

—¡No la toquen! —gritó Odette una vez más.

Florencia intentó apartarla, pues la niña peleaba por acercarse a Giselle.

Odette se dio vuelta, y de una mordida clavó los dientes en la mano de su madre. La mujer gruñó de dolor, e hizo estrellar su otra mano en el rostro de Odette, arrojándola hacia un lado.

Sin poder hacer nada, Odette observó cómo André en medio de palabras obscenas intentaba penetrar a Giselle.

—Despacio, amor, es primeriza... —saboreó cada palabra Florencia.

El bebé dejó escapar un grito desgarrador, comenzó a mover sus pequeños pies desesperadamente, y después se orinó.

—¡Malditos perros! ¡Los mataré a los dos! —gritó Odette con frustración e ira.

—¡Cállate estúpida! Si no quieres participar, quédate donde estás —amenazó Florencia.

Odette se colocó en un rincón de la habitación mientras temblaba en medio de llantos, y luego comenzó a orinarse de miedo.

—¡Eres una asquerosa! ¡Te haré limpiar eso con la maldita lengua! —vociferó su madre enojada.

André había logrado introducirle el pene a la criatura, la sujetaba por los hombros y se meneaba grotescamente con ella. Para esos momentos Giselle ya se había defecado en sí misma, y sumado a eso temblaba desesperadamente con el rostro enrojecido. Sus labios se abrían y su pequeña boca sin dientes se agitaba; sus ojitos estaban llenos de lágrimas y dolor.

No pasaron más minutos, cuando la pequeña Giselle dejó de gritar, y entonces comenzó a convulsionar. Sus ojos quedaron en blanco, su cuerpo vibró

descontroladamente, y de su garganta unos apenas audibles sonidos se escucharon.

André se separó de la criatura y después llamó a su esposa.

—¡Florencia! No sé qué diablos le ocurre a Giselle.

—¿Qué tiene? —preguntó sin preocupación alguna.

—No sé, creo que se ha puesto mal.

—¡La han matado, malditos! ¡¿Qué le han hecho?! —chilló Odette, con la garganta doliéndole de tanto llorar y gritar.

—¡Cállate, estúpida! —ordenó Florencia.

—¿Y ahora qué hacemos? —continuó André.

—Déjame pensar —respondió la mujer.

Unos golpes se escucharon en la puerta de la habitación, y no faltó mucho para que se acompañaran de una desesperante voz.

—¡¿Qué hacen?! —insistía Agnes con angustia desde el otro lado de la puerta —. ¡Llamaré a la policía!

La puerta se abrió de golpe, y la figura de André se perfiló en ella. Agnes llevó una mano a su boca para ahogar un grito de horror.

El cuadro era repugnante. André estaba desnudo, Florencia también. Odette estaba arrojada en un rincón sin ropa y mojada en sus orines; y la pequeña Giselle sangraba por sus genitales.

—¿Qué... qué han hecho, mal nacidos? —apenas pudo decir Agnes en medio de tartajeos.

André dio un paso frente a la mujer, y entonces dijo:

—Escucha, vieja estúpida, si dices algo de esto a alguien, nadie te creerá. Dirán que estás loca y yo me encargaré de que termines en un hospital psiquiátrico. Así que entra y lleva a Odette a su habitación, báñala y no la dejes hablar con nadie. Yo me haré cargo de todo lo demás. ¡Ahora lárgate!

Agnes movió la cabeza sin replicar, entró a la habitación y cogió a Odette entre sus brazos. La niña sin poder hablar se mantenía mirando a su hermana en la cama.

—Giselle... perdóname —susurró Odette con las lágrimas escurriéndole por los ojos.

Impotente, Agnes simplemente abandonó la habitación.

Los Toussaint, sin perder más tiempo, cogieron su ropa y a Giselle, y luego salieron de la casa.

Una pequeña lucecilla parpadeaba en la videocámara, lo que indicaba que ésta continuaba encendida.

Agnes recostó a Odette en su cama, la cubrió con una manta y comenzó a acariciarle el cabello. La niña seguía llorando, presionando cada vez más su rostro contra la almohada. Agnes había comenzado a rezar.

Las horas transcurrieron y el teléfono de la residencia se escuchó; Agnes levantó la bocina y entonces respondió:

—¿Sí?

Su rostro era serio, nada bueno podía esperarse de aquella llamada; sus peores temores se confirmaron cuando la voz de André sonó.

—Agnes, escucha bien lo que diré. Los médicos no pudieron hacer nada por Giselle, la neumonía que tenía se complicó. Encárgate de que Odette no hable con nadie, y tú tampoco, pues sabes qué podría sucederte; no soy de las personas que sólo amenazan.

—Sí, señor —dijo Agnes con voz apagada y temerosa.

La llamada finalizó. Agnes sacudió la nariz en un intento por contener el llanto, movió una mano y la deslizó por el suave cabello de su pequeña Odette, la niña de sus ojos.

Dentro del consultorio del doctor Parrish, Florencia se encontraba sentada frente al escritorio, mientras el hombre tecleaba en la máquina de escribir.

—Doctor, usted sabe que mi esposo es muy generoso, le pido discreción. Dígame usted, ¿qué necesita? —el timbre de su voz parecía tan encantador como maldito.

—Señora Toussaint, en verdad yo sé que su esposo es una persona muy generosa —comentó, después siguió—. Este asunto es bastante delicado, pero puede estar tranquila.

—¿Qué tan segura es su discreción? —inquirió.

—Señora no me andaré con rodeos. Especialmente en este caso, mi confidencialidad vale al menos doscientos mil dólares.

Florencia enarcó las cejas, y luego de hacer una mueca dijo:

—Los tendrá, doctor, gracias por sus servicios.

—Será un placer servirles —afirmó con una sonrisa de complicidad.

Hospital Psiquiátrico St. James Illinois, Villa de Buffalo

El rostro de Colin estaba pálido y desencajado, mientras sus ojos se perdían en el tiempo. Odette se enjugó las lágrimas con las manos. Colin sólo guardaba silencio horrorizado ante tal anécdota.

—Así sucedió... las fotografías de ella fueron destruidas, nadie la volvió a mencionar. Agnes se quedó a mi lado soportando por años. Mi alma cambió... —pausó relamiéndose los labios—. Ya estaba podrida pero se pudrió más, llegué a sentir atracción por lo que hacía con mi padre. Cada día odiaba más a Florencia.

—No entiendo... —negó—. Nadie investigó nada. —¿Tienes idea de cuántos millones poseía mi padre, Colin? La congregación religiosa lo amaba, les llenaba los bolsillos a todos. Te preguntarás por qué lo hizo. —Ladeó la cabeza.

—No sé, dime tú —pidió.

—Sólo porque podía, Colin, sólo por eso. —Cambió de postura, y luego continuó hablando—. Te contaré el resto en la próxima visita.

—Supongo que hay más cosas.

—Demasiadas, Colin, necesitaría una vida completa para contártelas. Te diré lo que deseas saber, pero eso no será hoy.

—Bien... ¿quieres descansar? —su voz estaba quebrada, apenas conseguía hablar.

—Sí, pero antes te daré un obsequio —señaló.

—¿Qué obsequio? —Plegó la frente.

—Has ido a mi casa, ¿verdad?

—Te mentaría si dijera que no.

—Lo supuse. ¿Viste un oso blanco sobre mi cama? —Así es, la policía no tocó nada —comentó.

—Eso esperaba, busca dentro de él.

—¿Qué hay dentro?

—Es sólo un vídeo, míralo. Te hará entender más cosas, después ven a verme, te diré lo último que quieras saber. No hay registros de ello, no hay vídeos... todo está en lo profundo de mi mente, escondido; lo sacaré para ti. Después, deberás prometer no volver a verme.

—Lo haré si así lo deseas —afirmó sin más.

—Cuídate, Colin. Ahora debo descansar.

—De acuerdo. Me voy, regresaré.

—Gracias, Colin —finalizó.

Colin Sandman se marchó de la habitación dejando un silencio mortífero. Sentía una presión en el pecho, el asco y la rabia por lo que Odette le había contado podían denotarse en su rostro. Por momentos sentía que estaba atrapado en una pesadilla, de la cual era imposible librarse. Sin embargo, rumbo a la salida no tardó en encontrarse con Foreman.

—¿Qué tal, señor Sandman? ¿Hoy ha sido un buen día? — indagó con una sonrisa.

Colin únicamente le miró, e intentó fingir alegría.

—Sí, doctor, todo está bien.

—¿Le comentó Odette que pronto saldrá? —averiguó.

—Así ha sido, me alegro por ella.

—Bien, no le veo muy contento por la noticia —contradijo.

—Tengo algunos problemas personales, de cualquier forma le agradezco sus atenciones, doctor.

—¿Regresará? —indagó.

—Probablemente antes de que ella se vaya.

—Bien, señor Sandman. —Extendió la mano con cortesía—. Es un placer ayudarle en lo que necesite.

—Gracias, doctor Foreman, el placer ha sido mío —dijo sin ganas.

Foreman sonrió con sospecha, por su mente cruzó que aquel psicólogo había sido atrapado por los encantos de Odette.

Sandman se alejó por el pasillo, y Foreman se rascó la cabeza diciendo para él mismo:

—La juventud de hoy.

9

Chicago, Illinois

Los árboles se perfilaban a un costado, se mecían mientras el viento golpeaba contra ellos, dejando espacios por momentos que hacían pensar que podían ser portales a mundos alternos al nuestro (algo demasiado fantasioso para cualquier viajero). Algunas montañas se levantaban a lo lejos, el cielo se marcaba de una serie de tonos naranjas y violetas, mientras el sol se escondía tras las nubes dando el aspecto de no ser el único sol en el cielo.

Algunos poblados se podían notar por momentos, mas después eran dejados atrás por el tren en el cual iba Colin Sandman.

El hombre miraba por la ventana pensativo, dejando cada esencia de sí mientras se iba alejando de Springfield. Sus ojos se cerraron, y lo último que visualizó fue un rancho, donde dos niñas corrían entre el trigo al momento que se acompañaban de risas.

El ambiente alrededor comenzó a hacerse húmedo cuando el tren llegó a la estación de Chicago; pronto el maquinista anunció la parada al lugar.

Colin se levantó de su asiento y cogió su maleta, después avanzó por el pasillo que dividía los asientos del tren; acto seguido bajó y caminó por la estación en busca de un taxi.

La lluvia se hizo presente durante todo el recorrido a la residencia de su tía Agatha, la ciudad parecía congestionada ante las calles húmedas y los parabrisas funcionando.

—Sólo unas cuantas gotas y la ciudad enloquece, ¿no? — comentó el chofer del taxi.

Un hombre gordo que llevaba una camisa blanca y una barba recién afeitada. Su loción se sentía demasiado, tanto que irritaba la nariz de Colin.

—Así parece —respondió Colin desde el asiento trasero. —¿Es nuevo en la ciudad? —curioseó.

—No precisamente... Aquí crecí.

—Ya veo.

Las llantas del vehículo continuaron su rumbo hasta llegar a

una pequeña casa de color caoba. Colin pagó al chofer y después bajó del transporte.

La lluvia se había detenido dejando su aroma característico por toda la ciudad, el pavimento de la calle brillaba, y el cielo estaba gris casi por completo.

Colin Sandman subió las escaleras que llevaban a la entrada principal, y con una mano tocó el timbre de la casa; pronto una anciana salió a recibirle.

Los ojos de Agatha se humedecieron al ver a su sobrino parado frente a ella, la sonrisa en sus labios se hizo enorme, y sin más abrazó a Colin.

El hombre estrechó a la anciana, cerró los ojos y una lágrima se deslizó por sus mejillas; frunció la nariz y continuó sin soltarla.

—Mi niño, te he extrañado tanto. Desde que me dijiste que hoy vendrías, he estado como loca esperándote. Me preocupé porque empezó a llover. ¿Estás bien? ¿Tienes hambre? —habló apresurada la mujer.

—No, estoy bien; he comido una bolsa de maní durante el camino —comentó el hombre limpiándose la nariz con el dorso de la mano.

—¿Una bolsa de maní? Es no es comida, Colin. ¿Estás bien?

Te veo triste.

Colin suspiró y prosiguió a decir:

—Algo cansado por el viaje.

—Bien, entra —señaló dándole paso a su sobrino.

La anciana dejó una taza de café frente a Sandman, y después se apresuró a preparar un par de huevos, mientras Colin se encontraba sentado en aquella antigua silla de madera que solía usar su tío (esposo de Agatha).

—¿En qué has venido? —indagó Agatha.

—En tren, no tenía intención de conducir. Sinceramente he tenido una semana bastante cansada.

—Me lo imagino, corazón —dijo colocando los huevos fritos en un plato, y luego dándoselos a Colin.

—Gracias.

—¿Y entonces? —habló la mujer—. No es común que tú viajes por nada hasta aquí.

—Pues... —Se llevó un trozo de pan a la boca—. Quería apartarme de Springfield.

—¿Ha pasado algo?

—No, a veces los pacientes son algo difíciles... Sólo me hace falta despejarme.

—Entiendo. —Sonrió—. ¿Quieres ir a tu habitación? Te juro que sigue igual que cuando te fuiste.

Colin esbozó una sonrisa tras recordar, y después asintió.

Dejó su plato a medio comer a un lado, la taza vacía de café; y después siguió a su tía por las escaleras hasta la habitación.

—Todavía me acuerdo cuando dijiste que querías estudiar psicología. Tu tío Arthur enloqueció, no se lo creía; yo le dije que serías el mejor psicólogo del mundo. Después de que publicaste tu primer libro él gritó como loco por toda la casa diciendo a todos los vecinos que ese era su campeón —contó la mujer, parecía alegre al recordarlo pero también la melancolía se hacía presente.

Colin intentó sonreír, mas siguió avanzado hasta su antigua recámara.

Cuando la puerta se abrió, pudo ver su cama tal y como la recordaba, con aquel cubre camas de *Power Rangers* que había dejado antes de marcharse a la universidad. A un lado estaban las figuras de acción que su tío Arthur le compraba todos los días para que algún día terminara su colección, y aquel pequeño librero repleto de comics de todos los superhéroes que solía ver en televisión.

Colin mordió sus labios y después sonrió a su tía, quien estaba tras de él.

—Te dije que nada había cambiado.

—Ya veo.

—Puedes dejar tus cosas aquí, si quieres báñate más tarde, y descansas un poco.

—Gracias, Agatha.

—De nada, mi niño.

Colin abrazó a la abandonó la habitación. mujer una vez más, y después ella

El hombre recorrió lentamente cada rincón del cuarto, apenas recordaba todo lo que había vivido allí; algunos recuerdos eran tan claros que parecían haber ocurrido días atrás, pero otros estaban tan borrosos que se veían lejos de su realidad.

Colin se sentó en la cama, y después cogió aquel álbum de fotografías que se encontraba a un lado. Lo abrió y comenzó a recorrerlas; su infancia se resumía allí.

Fotografías donde había ido de pesca con su tío Arthur, lo llevaban a aquel día en el que después de haber pescado, se había apresurado a bajar del pequeño barco por lo cual se había caído. Arthur lo había levantado y abrazado para que dejase de llorar.

Otra fotografía marcaba una de las tantas navidades con sus tíos, en especial aquella en la que había recibido la bicicleta que tanto quería, bicicleta que Arthur le enseñaría a montar días después.

Cada una de las fotografías contaba una historia diferente; por ellas y por sus recuerdos, Colin siempre había estado agradecido con sus tíos.

Una de las primeras peleas con su tío Arthur posiblemente había ocurrido el verano que Colin le había dicho que dejaría la ciudad para estudiar psicología; su tío no estuvo del todo de acuerdo para dejarle ir, mas había terminado por aceptar las decisiones de su sobrino, porque ante todo lo amaba como a un hijo. No tenía que ser perfecto, pues para Arthur Colin ya era un triunfador.

Colin Sandman suspiró y dejó el álbum de lado.

Las horas transcurrieron, el tejado comenzó a emitir ruidos al contacto de la lluvia, los relámpagos se hicieron presentes y más sonoros que durante su viaje.

Colin se levantó de la cama y bajó las escaleras; tras ver a Agatha en el sillón sentada frente al televisor, no dudó en acercarse.

—Hola, ¿sigues despierta?

—Sí, y por lo que veo tú también. ¿Qué sucede? —preguntó con su apacible voz.

—No podía dormir... La lluvia es bastante incómoda.

—Todavía recuerdo cuando te asustaban las tormentas. Siempre ibas a la habitación de nosotros y te metías entre las sábanas, y no te dormías hasta que Arthur te cantaba una canción.

—Creo que eso no ha cambiado mucho, aún le temo a las tormentas —bromeó.

—Ven aquí —señaló haciéndole un espacio en el sillón.

Colin se recostó y colocó su cabeza sobre el regazo de la anciana.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —dijo mirándola.

—Claro —continuó, y siguió acariciando el cabello de su sobrino.

—¿Cómo eran mis padres?

—Pues... —pausó—. Tu madre era sumamente hermosa, tu nariz es como la de ella... Siempre la vi sonreír. Es más, creo que jamás te reprendía; ella siempre hablaba contigo para hacerte entender las cosas. Solía cantarte por las noches, y cuando supo que estaba embarazada de ti, fue a comprar muchos libros infantiles para leerte, ella decía que podías escucharla.

—¿Y mi padre? —indagó.

—Un hombre trabajador, algo serio... pero te amaba muchísimo. La primera navidad que pasaste con ellos, tú eras tan sólo un bebé, y recuerdo que toda la noche te tuvo entre sus brazos. Siempre pensó que llegarías lejos... —su voz se cortó un poco, pareció ahogarse, pero siguió—. Mi hermano te amaba, Colin, para él eras su luz, su único hijo. No creo que haya amado a nadie más que a ti.

Los ojos de Colin se cristalizaron, sus labios se presionaron, la saliva recorrió su garganta; y la tristeza se hizo presente como nunca antes.

—Ni siquiera los recuerdo —soltó con dolor.

La anciana movió la boca tratando de no llorar, su nariz sudó, mientras sus pestañas se llenaban de lágrimas.

—Sólo debes saber que, donde quiera que ellos estén, te seguirán cuidando. Tuviste unos padres maravillosos, y yo creo que estarían orgullosos de ti.

—Tú has sido una gran madre.

—Gracias, amor. —Se inclinó a besarle la frente mientras la primera gota de tristeza bajaba por su rostro.

—Y Arthur fue un padre maravilloso... todavía lo extraño... —dejó salir apenas pudo.

—Yo también lo extraño mucho.

—No entiendo... —empezó sin saber continuar—. No entiendo cómo existen personas capaces de dañar lo que tanto juraron proteger. Jamás me sentí tan inseguro de algo, y ahora le temo al mundo que nos rodea... No sé si algún día quiera tener hijos, tengo miedo de herirlos.

—No tendrías por qué, eres un gran hombre y creo que como padre serías igual de bueno.

Colin dejó que sus parpados se cerraran mientras sus pestañas dejaban las gotas humedecer su rostro. Respiró profundo, mientras Agatha continuaba

acariciando su cabello.

—No tengas miedo, aquí estoy yo... —dijo la mujer.

Colin cayó en un profundo sueño, la noche transcurrió sin más lluvia, y los recuerdos fueron lentamente alejándose; mientras las manos de la anciana borraban todo rastro de temor en aquel hombre.

10

Springfield, Illinois

Colin Sandman subió las escaleras de la residencia Toussaint, caminó a paso lento en dirección a la habitación de Odette, una vez frente a ésta la abrió y se dirigió a la cama.

Aquel oso blanco se encontraba sentado en una esquina, era como si mirase a todo aquel que entrase a esa recámara.

Colin se aproximó al peluche y después lo cogió con una mano, le dio vuelta y de la espalda abrió al oso; un objeto sólido pudo sentirse entre el relleno del peluche, parecía un pequeño casete. Colin lo extrajo y después lo contempló durante unos segundos; allí estaban los vídeos y de eso no había duda.

Sandman dejó el oso en su lugar de siempre, guardó el casete dentro su bolsillo, y después abandonó la residencia.

Durante el camino a casa, sólo podía pensar en lo que el casete tendría en la cinta, tenía miedo y no podía negarse a ello. Pero también una curiosidad se despertaba constantemente en saber qué había ocurrido. ¿Cómo era el inicio de todo? Entender a Odette no iba a ser fácil, pero podría ver lo que ella había visto.

Colin Sandman llegó a su apartamento, se retiró el abrigo, y después colocó el casete dentro de un reproductor que por suerte tenía y aún funcionaba. Cerró los ojos, llenó de aire sus pulmones, luego lo dejó salir; el vídeo dio inicio.

La cinta empezó a reproducirse, era un formato un tanto antiguo, como si hubiese sido filmada en los 90's. Colin observó en la pantalla una habitación ya conocida por él, se veía limpia y con sábanas blancas (la recámara de los Toussaint). Había un enorme reloj de cuco que colgaba de la pared, el cual Colin no recordaba haber visto con anterioridad.

La cámara aparentaba enfocar un sólo ángulo, con lo cual Colin dedujo que

estaría situada en una especie de base o tripié.

La primera figura que apareció captó de inmediato la atención del hombre, pues a pesar de la corta edad que aparentaba en ese vídeo, sus rasgos eran inconfundibles ya para él. Se trataba de Odette, quien se encontraba vestida con un traje azul y un delantal blanco rodeándole la cintura. Estaba peinada con una diadema en la cabeza; sus medias igual eran blancas, y sus zapatillas de color negro. Lentamente la niña iba acercándose a la cama, para terminar frente a ésta con una mirada que podía determinarse inquietante, sus grandes y hermosos ojos verdes lo decían todo.

El sonido de aquel vídeo se escuchaba tan claro que fácilmente podía definirse la apagada voz de la niña, quien débilmente protestaba.

—No me gusta esto, no quiero hacerlo.

El timbre de una voz masculina con acento francés se hizo escuchar enseguida.

—Mi pequeña princesa, tú sabes que papi no te hará daño, sólo quiere jugar contigo. Además las niñas buenas siempre obedecen, y tú eres una niña buena, ¿verdad? —cuestionó acercándose a Odette.

La figura del hombre se vio ante la videocámara, estaba únicamente en ropa interior, con una especie de tanga negra hecha de cuero. En su torso se le marcaban los músculos bien definidos por el ejercicio, su cuerpo se cubría con un vello que recorría su pecho, brazos y piernas. Y de su rostro sólo se dejaba ver su boca, pues a manera de antifaz llevaba puesta una máscara con forma de conejo, acompañada de unas grandes orejas.

Haciendo un puchero con los labios, el sujeto simuló hablar como un conejo, y se dirigió hacia Odette llamándola por el nombre de Alice.

Colin intuyó que se refería a la niña del cuento de *Lewis Carroll*.

—Alice, el señor conejo te quiere enseñar unas cositas. ¿Ves ese reloj? —preguntó el sujeto señalando la pared (quien para ese momento no había duda de que fuese André).

Odette lo miró confundida, sabía lo que diría, pero estaba temerosa de hacerlo.

—El tiempo es corto, y debemos darnos prisa para llegar a la fiesta de la reina de corazones.

Odette pasó saliva, y con un tono distinto a su voz natural, continuó el juego.

—Sí, señor conejo, haré lo que usted diga.

Acto seguido, apareció una bellísima mujer vestida con un traje al estilo victoriano de color rojo; Colin no necesitó de mucho para percibir que aquella mujer era Florencia, la madre de Odette.

Florescia se meneó al caminar, y con voz imperiosa se dirigió a Odette.

—Alice, yo soy la reina de corazones y os ordeno quitaros la ropa. Si no obedecéis, os cortaré la cabeza a ti y al señor conejo.

—Sí, reina de corazones. Obedeceré, su real majestad — respondió la chiquilla.

André saltó sobre la cama y empezó a brincar, algo que a Colin le pareció grotesco, pues se imaginaba lo que vendría a continuación.

—Démonos prisa, Alice, debemos obedecer a la reina —dijo André.

Odette se despojó de sus ropas sin otra alternativa más. En su cuerpo desnudo no se podía apreciar forma alguna de mujer; Colin por un momento cerró los ojos, y después continuó observando el vídeo.

Odette subió a la cama, André hizo que apoyara sus manos y rodillas, y sin más se quitó la tanga negra que llevaba.

El hombre sujetó con la mano su miembro erecto, y sin delicadeza alguna se puso de rodillas detrás de Odette, después lo introdujo en la estrecha vagina de la niña. Odette gimió con un gesto de dolor; su rostro se enrojeció, sus dientes se apretaron, y sus pequeñas manos se aferraron a las sábanas mientras sus ojos lagrimaban pidiendo ayuda a gritos.

André empezó a penetrarla una y otra vez. Florescia, quien ya se había despojado de su ropa, portaba en la mano un dildo de color negro; y usándolo a manera de látigo empezó azotar los glúteos de André, mientras éste se movía frenéticamente entrando y saliendo del cuerpo de Odette.

—Así, mi pequeña Alice —soltó el hombre con un sonido de placer que acompañó su voz, después continuó diciendo—: Así, castígueme su majestad.

Florescia llenó de gel lubricante aquel dildo que tenía en la mano, luego lo introdujo en el recto de André, el hombre se retorció de placer.

La mujer prosiguió a introducirse sus propios dedos dentro su vagina, haciendo movimientos rápidos sin dejar de penetrar a André con el dildo.

Colin se movió hacia adelante y se pasó las manos por el rostro, el vídeo siguió transcurriendo, pero ahora habían cambiado de posición.

André penetraba a Florescia analmente, mientras Odette se encontraba recostada en la cama boca arriba con las piernas levantadas y entrelazadas en los hombros de Florescia; ésta a su vez introducía a la niña un dildo de color azul, y mientras hacía eso deslizaba sus manos sobre el cuerpo de su hija.

No pasó más tiempo para que André saliera de Florencia; y sujetando su miembro con una mano, eyaculara en el rostro de su esposa e hija.

Florencia saboreó las gotas de semen, al mismo tiempo Odette apretó los ojos con fuerza mientras el líquido blanco la golpeaba.

Después de unos minutos, Florencia se aproximó al rostro de su hija, deslizó su lengua por cada parte de la cara de Odette, y se llevó con ella el semen que André había dejado caer en la niña, consiguiendo de esa manera un orgasmo prominente.

El vídeo finalizó burdamente, de la misma forma en la que había comenzado.

La mirada de Colin era de sobresalto, en ese momento se había dado cuenta de que desde temprana edad Odette había sido participe de ese tipo de situaciones, pues no le calculaba más de nueve años en aquel vídeo.

Se dirigió a la cocina, y de una de las repisas cogió una botella de whisky, de la cual sin más bebió un gran trago directamente. El sabor del alcohol le quemó la garganta, los ojos le lagrimaron, respiró profundamente, y un sudor frío le recorrió el rostro. Haló aliento, cerró la botella, la llevó con él y regresó hacia la pantalla.

Aunque se encontraba asqueado, necesitaba saber que más había en esa maldita cinta.

El segundo vídeo abría inicio con André recostado sobre la cama y Florencia practicándole una felación. A diferencia del anterior vídeo, éste carecía de sonido alguno; sin embargo la presencia de un joven que rondaba los veinte años o quizá menos, pronto llamó la atención de Colin.

El muchacho desconocido se acercó a Florencia por detrás; y mientras ella se encargaba de satisfacer a André, él la penetró analmente. En el momento que aquellas tres personas se encontraban manteniendo relaciones sexuales, una hermosa joven apareció en escena, tenía aproximadamente quince o dieciséis años; era Odette, y Colin lo sabía.

No quedaba nada de aquella niña vestida de Alice, ahora era la perversión hecha mujer; vestía con un torsolette rojo y unas medias que se sujetaban de

unas ligas (todo del mismo color), unas zapatillas de tacón rojas la hacían ver más alta y segura de sí.

El maquillaje en su rostro la hacía lucir mayor, su mirada era perversa y su sonrisa expresaba que disfrutaba de la escena.

Colin sintió una sensación extraña, como si ante él se revelara la verdad y la oscuridad de la personalidad de aquella joven.

El chico desconocido se detuvo a notar extasiado la presencia de Odette, la miró sin dejar de penetrar a Florencia; André por su parte disfrutaba de cada acción mientras se relamía los labios.

En la mano de Odette se perfiló un pequeño látigo de tres colas, el cual sin más levantó y estrelló con fuerza sobre la espalda de aquel muchacho sin nombre; éste enseguida mostró un gesto de molestia, mas continuó introduciéndose en Florencia.

El látigo recorrió la espalda del chico, y después se azotó en sus glúteos. El joven se separó repentinamente de Florencia, y se llevó las manos a los genitales como si algo le doliera.

Una idea maliciosa cruzó por la mente de Colin, entonces pensó: «Ojalá hayas quedado eunuco, gilipollas».

Una de las colas del látigo al parecer había golpeado los testículos del chico. Odette soltó una carcajada inaudible ante la situación, el joven la sujetó con fuerza del cabello, y seguido la obligó a colocarse de rodillas. La boca de Odette llegó al miembro de él, y sin más se lo introdujo dentro.

El rostro de Odette denotaba una satisfacción insana. Florencia se detuvo de lo que hacía con André, y poniéndose a espaldas de Odette empezó a desnudarla acariciando con sus manos los senos de su hija, acompañando cada caricia con mordisqueos en la espalda y cuello de ésta.

La mujer deslizó rápidamente su lengua por la columna de Odette, tenía la piel blanca y seguramente podía sentirse suave al tacto.

Florencia se recostó en la alfombra de la habitación, de manera que quedó con el rostro debajo de los glúteos de Odette. Pronto introdujo su lengua en el orificio anal de su hija, Odette gimió de placer ante tal acto, y continuó con la felación a aquel joven invitado que se encontraba de pie frente a ella.

André se levantó de la cama y, poniéndose a espaldas del chico, lo penetró con fuerza arrancando un posible gemido de dolor, puesto que la mueca de éste lo demostraba claramente.

Colin parpadeó varias veces sin poder terminar de asimilar lo que veía.

El vídeo continuó y las posiciones cambiaron. Odette se levantó y se situó en la cama con las rodillas y las manos presionando las sábanas. André se apresuró a penetrarla, los gestos de la chica eran de absoluto placer (algo que a Colin le asqueó).

André entraba y salía de su hija, mientras el otro chico se colocaba detrás de él con intenciones de introducirle su miembro en el recto. André siguió entrando y saliendo de Odette, mientras el placer le recorría por todo el cuerpo al momento que el joven se introducía analmente en él.

Florencia cogió entre sus manos unas bolas chinas de color negro, y sin más empezó a meter una por una en el recto del muchacho. Sin demora alguna, cogió el pequeño látigo entre sus manos y empezó a autoflagelarse; se golpeaba los glúteos y la espalda, y ocasionalmente golpeaba la espalda de André y después la del muchacho.

Todos cambiaron de posición después de unos minutos, ahora era Florencia quien era penetrada por el chico, y André se encargaba de penetrarlo a él. Las bolas chinas entraron con la mano de Odette al recto de su padre, y el látigo Odette lo utilizaba para azotar de la misma forma a André.

Con cada azote podía notarse la mirada perversa que desprendía Odette, lo gozaba, pero también ocultaba una ira muy marcada.

Colin delimitó el rostro de Odette, la frente de ella perlaba en sudor, sus ojos se marcaban de algo que jamás había visto en alguien; y ahora podía comprender la relación insana que ella sentía por su padre. Todo se había transformado lentamente, y ahora su alma ardía en el infierno incluso estando en la tierra.

Florencia hizo un gesto de satisfacción abriendo la boca, lo que parecía indicar que llegaba a un orgasmo. André enredó sus dedos firmemente en el cabello de aquel chico, y entonces se convulsionó eyaculando dentro de él. El joven a su vez lo hizo en Florencia. Odette tembló por un momento demostrando que también tenía un orgasmo que se hacía presente arrasando con cada rincón de su cuerpo.

Odette subió a la cama y, de pie con las piernas abiertas, se posó por encima de los tres cuerpos que yacían desfallecidos, entonces defecó encima de ellos; un chorro de orina escapó también de ella.

André cogió con la mano el excremento y empezó a embadurnarlo en Florencia

y luego al muchacho. Con la misma mano llena de materia fecal, metió sus dedos dentro la boca de su esposa para que ésta lo ingiriera, de igual forma el chico probó de aquel desecho. Por último André prosiguió a lamerse toda la mano barriendo el excremento con su lengua.

El vídeo siguió corriendo, pero Colin no soportó más y devolvió el estómago a un lado.

Durante el transcurso de toda la cinta, Colin Sandman se había bebido sin darse cuenta más de media botella de aquel whisky. El hombre se encontraba mareado, la cabeza le dolía tanto como si alguien pareciera estarlo golpeando dentro de sí. Los oídos le zumbaban, los ojos le lloraban, y un acceso de tos lo convulsionó mientras su estómago se vació una vez más sobre la alfombra de su apartamento.

Estiró la mano y detuvo la cinta, después empezó a llorar como un niño asustado; la pantalla se oscureció dejando un fantasma.

11

Hospital Psiquiátrico St. James Illinois, Villa de Buffalo

Los pasillos del hospital estaban casi vacíos, el sol entraba por los ventanales de la sala, únicamente dos pacientes se encontraban mirando el televisor (aquel programa de música de los 60's, que solían poner las enfermeras todo el tiempo).

Colin avanzó con las manos dentro los bolsillos, su mente estaba ausente; se había quedado frente a los vídeos mientras veía la realidad escaparse. Sus ojos se mostraban melancólicos, incrédulos y temerosos del mundo que le rodeaba.

Continuó su camino por el pasillo que conducía a la habitación de Odette, una vez frente a ésta, suspiró y abrió la puerta.

Odette Toussaint estaba sentada sobre la cama, entre sus manos sujetaba un libro donde podía leerse «Los hermanos Grimm». Sus manos deslizaban mientras leía concentrada.

cuentos de los hoja por hoja

Colin humedeció sus labios mirándola desconcertado, ni siquiera sabía cómo hablar ante ella.

—Hola, Odette... —empezó con la voz queda.

—Hola, Colin... —continuó, dejó el libro de lado y le miró—. ¿Has visto los vídeos?

—Sí... —acortó desviando la mirada.

—¿Qué tal? ¿Te han gustado? —externó con burla. Colin movió la cabeza con incompreensión y dijo ofendido: —¿Deberían haberme gustado?

—No lo sé... —siguió—. ¿Te excitó? ¿Te pareció interesante lo que viste? Muchos hubiesen deseado estar allí.

—Yo no, no sé por qué razón me haces este tipo de preguntas —alegó.

—Sólo quiero saber tu opinión. Saber si te gustan esa clase de vídeos.

—No, Odette —negó enseguida, repudiando lo que ella decía—. No me gustan esa clase de vídeos. Hablemos claro. ¿Por qué no hiciste nada al respecto? —indagó con molestia.

—Aún no lo entiendes, Colin... Esa era mi vida, llegó un momento en el que yo simplemente me convertí en uno de ellos. Lo disfrutaba al igual que ellos —declaró con un rastro de ira que comenzó a incendiar su alma como un pergamino.

—Eran tus padres, Odette.

—¿Y eso qué? André fue el primer hombre en mi vida, yo no lo veía como a un padre... él era mi amante. Florencia me estorbaba, a ella la odiaba... llegué a pensar que todo hubiese sido diferente sin ella.

—¿Me estás diciendo que te gustaba lo que hacía tu padre contigo?

Ni siquiera Colin podía sentirse capaz de entenderla, la confusión era tan grande que le revolvía el estómago.

—No debería extrañarte, esa es la vida que yo conocí.

—Entonces... —empezó, mojó sus labios y siguió—. ¿Por qué los asesinaste? Odette suspiró, una sonrisa maliciosa se dibujó en sus labios, asintió como si hablara consigo misma; entonces dijo:

—Supongo que siempre has querido saberlo, ¿no es así?

—Quiero toda la verdad. Ambos sabemos que Markus nunca existió, ¿por qué lo inventaste? —indagó.

—Bien... te lo diré todo.

Colin movió una de las sillas y la llevó hacia Odette, luego se sentó frente a ella.

—Estaba harta de Florencia, como te dije, pensé que podría hacer una vida al

lado de André; pero me di cuenta que él siempre la prefirió a ella... yo sólo era el juguete de ambos. A él le gustaban las chicas jóvenes, casi niñas... por eso siempre contrataba prostitutas. En algunas ocasiones llevó chicos. — Presionó sus labios con sus dientes, y lentamente los apartó—. Yo siempre participé en todo, los vídeos eran filmados... los que escogí para ti sólo fueron unos cuantos, de muchos que fueron desapareciendo.

Odette inclinó la cabeza, después miró por la ventana que daba vista al jardín. Colin siguió escuchándola, pero Odette por un momento se había detenido sin poder seguir.

—Fue un año antes... regresaba de la escuela y vi salir a un hombre de mi casa. No era del tipo de personas con las que mis padres solían tratar; él era de otra clase social... una muy baja seguramente. Le pregunté qué hacía en mi casa, él se rio y con cinismo me dijo que yo era la estrella de los vídeos. Estaba confundida, no sabía qué vídeos... —Lamió sus labios, empezaba a tener dificultad a la hora de continuar—. Él dijo que... mi padre le daba a vender unos vídeos, en ese momento entendí todo. Aquellos vídeos le producían ganancias a André, yo era simplemente un producto más de ellos. Estaba enojada, pero el hombre siguió hablando, y entonces me dijo un nombre... —pausó, Colin la observaba sin perder detalle alguno—. Lapin Touss... me dijo que lo buscara en la *Deep Web*.

Colin se colocó una mano sobre la boca, se estrujó el mentón y habló.

—Conozco al sujeto, he visto la página.

—¿Viste la cantidad de vídeos que hay allí?

Colin no respondió, sólo afirmó con la cabeza.

—En la mayoría aparecen yo, están editados para que los rostros no se vean. Pero hay uno en especial... se llama Baby Cake.

La voz de Odette tembló, la saliva pasó por su garganta, Colin sintió un golpe inmediato en su corazón.

—Lo he visto —afirmó Sandman.

—El bebé del vídeo es Giselle. Allí supe que la habían utilizado antes de que sucediera todo... Había borrado de mi memoria el suceso, pero esa vez todo regresó a mí con más intensidad... —Sus manos se hicieron puños y se apretaron contra sus rodillas—. Decidí acabar con todo, por meses lo pensé bien. Analicé todas las posibles formas para asesinarlos, ellos debían pagar lo que le habían hecho a Giselle... pero no podía dejar que me atraparan y condenaran a muerte. Entonces me inventé la historia de Markus, hice que todos la creyeran... el padre Julian fue el más convencido. Después estuvo

Lewis, él pensaba que estaba loca... A veces siento lástima por él, pero era parte de lo mismo... —las palabras pausaron dejando a Colin pensativo, Odette miró sus manos enrojecidas y prosiguió—. Agnes me vio ese día, ella sabía la verdad... y mintió por mí, esa verdad se la llevó consigo.

Colin sintió sus ojos anegarse de lágrimas, y Odette se contuvo de siquiera soltar una.

—Estaba muy consciente de lo que hice aquella noche, y lo estuve durante todo el proceso que el jurado me juzgó. Esa es la verdad, Colin. Ahora lo sabes.

El hombre sintió como la habitación se convirtió en una especie de congelador, Odette estaba fría como un tempano de hielo, y sus palabras dolían demasiado.

12

15 Febrero del año 2008 (2:00 a.m.) Springfield, Illinois

La fiesta había finalizado ya, Odette se encontraba en su habitación sentada sobre la cama, era como si esperase pacientemente que todo el silencio se hiciera presente.

La chica se levantó y caminó hacia la puerta, se quedó unos segundos recargada a ella tratando de escuchar todo ruido que fuese producido desde el pasillo. Recordaba claramente que sus padres se habían embriagado tanto en su aniversario que, a sólo segundos de haberse marchado los invitados, habían bebido otra botella de champagne en el dormitorio de ambos.

Odette salió de su recámara y caminó por el corredor hasta llegar a la habitación de sus padres, abrió la puerta y se asomó sigilosamente; ante ella pudo verlos dormir sobre la enorme cama donde siempre solían realizar sus actos perversos con su propia hija.

Odette humedeció sus labios, su mirada era inexpresiva, y delineaba los cuerpos que habían caído ante el dominio del alcohol.

Aquella opera que André tanto amaba se reproducía creando un eco en la habitación; Odette siempre la recordaría como *Vesti la giubba* de *Pagliacci*.

Si el alma era capaz de representarse en un color, quizás el alma de Odette

hubiese sido roja; prendía en ira y se hundía en el infierno.

Odette cerró la puerta de sus padres, cuidando hasta el más mínimo detalle como el de ser silenciosa y no despertar a nadie. Caminó por las escaleras con los pies descalzos tocando la suave alfombra, se dirigió al garaje, y de las herramientas obtuvo un hacha de leñador.

Regresó nuevamente al interior de la casa, subió los escalones hasta llegar a la planta alta, y entonces dejó descansar la cabeza del hacha sobre el suelo, delineando un camino mientras la iba arrastrando. Cada movimiento era perfectamente estudiado, debía dejar una marca para hacer pensar a todos que lo que iba a ocurrir en ese momento sólo podía ser producto de una mente desquiciada.

La mirada de Odette no mostraba sentimiento alguno, sus labios no temblaban y sus manos no dudaban.

Abrió la puerta mientras *Vesti la giubba* seguía reproduciéndose, contempló a Florencia y a André fijamente. El pecho de los dos se elevaba al momento que halaban aire y lo dejaban salir, un pequeño ronquido se emitía de la garganta de André; Florencia simplemente movía por momentos los ojos, de sus parpados parecía estar a punto de salirse algo.

La botella de champagne se encontraba a un lado de la cama, acompañada de dos copas que previamente habían utilizado ambos.

Odette elevó el hacha con ambas manos haciendo un equilibrio perfecto para evitar lastimarse, inhaló, y después descargó el primer golpe contra el rostro de su madre. El filo de la hoja hizo de inmediato que el rostro se cortara por la mitad, apenas un leve gemido escapó de la mujer, y después un charco de sangre se formó.

La cara de Odette se salpicó con gotas que pareció beberlas como agua.

André abrió los ojos adormilado, todavía estaba bajo los efectos del alcohol y sus sentidos eran nulos. Sin perder tiempo Odette dejó caer el hacha sobre su padre, éste no pudo hacer más que ver los últimos segundos pasarle encima.

Los ojos de André quedaron abiertos ante el golpe del filo, como si con ello capturara la última escena. El hacha penetró limpiamente el cráneo del hombre, haciendo que su cuerpo convulsionase sólo por un instante.

Odette levantó el hacha una vez más, y repetidas veces descargó todo su odio en el cuerpo de Florencia. Su alma se liberó, como si con cada golpe salieran

sus demonios desapareciendo por completo de todo su ser.

Los ojos de Odette se cerraron como si fuese un orgasmo a punto de explotar dentro de sí. Su rostro se bañó en sangre, sus manos estaban heladas, y su cuerpo por momentos temblaba.

El líquido hemático salpicó las paredes, empapó la cama, y recorrió con su olor cada punto existente en ese lugar.

Odette dejó el hacha de lado, se dirigió a la cabeza de Florencia, la cual estaba a nada de desprenderse de su cuerpo. Odette tiró con fuerza arrancándola del tronco (pues simplemente la sostenía un pedazo de piel).

La chica examinó la cabeza unos segundos, y murmuró:

—Te ves mejor así, perra.

La puerta se abrió a las espaldas de Odette, y un grito se ahogó de la garganta de Agnes.

—¿Qué... qué has hecho? Mi niña... ¿qué has hecho? — tartajeó.

La respiración de Odette descendió, caminó un poco y miró a Agnes con frialdad.

El cuarto mantenía un escenario Dantesco, el hedor se sentía desde los pasillos. La imagen de Odette parecía ser sacada de una pesadilla; su mirada desquiciante, su cuerpo bañado en sangre, su cabello enmarañado, y la cabeza de Florencia en una de sus manos.

—Quédate allí, Agnes. No entres, no te muevas, no toques nada. Escúchame con atención —advirtió.

—¿Qué hiciste, mi niña? —continuaba preguntando entre sollozos que estaban a punto de convertirse en gritos desgarradores.

—Agnes, la policía vendrá y me arrestarán, después me condenarán a muerte por lo que he hecho. Tú no quieres eso, ¿verdad?

—No.

—Entonces ten calma, escucha lo que harás. Irás a tu habitación, esperarás una hora y después llamarás a la policía. Dirás que no escuchaste nada de lo que ocurrió, no viste nada... dirás que estoy loca. Si me llevan a juicio tendrás que decir que hace tiempo que yo no estaba bien. ¿Me entiendes lo que digo?

—Sí, mi niña —respondió en automático.

—No mencionarás nada de lo que ellos hacían, eso que tú sabes. No dirás una sola palabra. La policía creerá que estoy loca y no podrán declararme culpable, si acaso unos cuantos años en un hospital psiquiátrico —pausó,

humedeció sus labios y prosiguió—. Regresaré, iré por ti y nos marcharemos lejos de todo.

—Sí, mi niña.

—Busca en los cajones de mi recámara, allí hay un sobre... Hay un número de cuenta bancaria que hace tiempo abrí a tu nombre. Le he depositado dinero, podrás sobrevivir mientras me reúno contigo. Recuerda que no podrás decir nada, si lo haces me condenarán a muerte. Lo único que repetirás es un nombre... Markus, recuérdalo bien.

—¿Quién... quién es Markus? —tartamudeó.

—Él me obligó a hacer esto. ¿Te podrás acordar?

—Dios mío... —externó con miedo.

—Agnes, sólo dime, ¿lo recordarás? —insistió.

—Con mi vida te protegeré, mi niña —dejó salir con los ojos cristalizados.

—Ahora vete.

Agnes asintió sin decir más, salió de la recámara de los Toussaint, y después se dirigió a su habitación.

Mientras Odette continuaba, Agnes sólo pudo encerrarse en su dormitorio a rezar, dejando cada oración en las paredes de aquella habitación.

Odette desprendió la cabeza de André, la contempló a su altura; y después unió sus labios con los de él. La depositó sobre el vientre del hombre, de manera que sujetara su propia cabeza. Lo mismo hizo con Florencia.

Los observó por unos minutos, cogió una silla y la colocó frente a la cama. Se quitó la ropa y la arrojó a un lado, se sentó en la silla frente a ellos; las cabezas parecían observarla, mientras el sudor le escurría por el rostro y el aire golpeaba la desnudez de su cuerpo.

Odette respiró profundamente y esperó, sólo eso quedaba, esperar.

13

Hospital Psiquiátrico St. James Illinois, Villa de Buffalo

—Los policías creyeron mi historia. El jurado me declaró inimputable, me diagnosticaron esquizofrenia. Entonces llegué aquí. Mi historial era bueno, no existían conductas delictivas, y el dinero era tanto. Al salir de aquí tendré mi herencia, seré millonaria, con una nueva identidad... otra vida —dijo Odette.

Las palabras de Odette tocaban el alma de Colin con un frío que lo congelaba.

Colin Sandman pudo darse cuenta que esa era la verdadera Odette, una asesina fría y calculadora; una sociópata llena de resentimiento y odio.

—¿También lo hiciste por dinero? —inquirió el hombre.

—No, Colin, lo hice por Giselle y por mí. El dinero me pertenece, de alguna manera tenían que pagarme esos hijos de puta.

—¿Sientes remordimiento?

—Lo único que lamento es no haberlos asesinado antes, y que Agnes no pueda estar conmigo. Esa es la verdad, Colin... —se detuvo y miró al hombre directamente como si tratara de explicarle su sentir, algo que con palabras jamás terminaría de ser posible—. Esa es la historia de todo, no hay nada más. ¿Le dirás esto a la policía?

—No, Odette, lo que me has contado es confidencial.

—Bien, de cualquier forma no importa, no podrán juzgarme dos veces por lo mismo. En unas semanas saldré libre y me iré lejos de aquí... —algo cambió en su voz, la melancolía que parecía inusual en ella se hizo notoria al hablar una vez más—. Aunque no me lo creas la pasé bien contigo, nunca podré terminar de agradecerte todo lo que hiciste por mí... Pudiste escuchar algo que nadie había sabía, y que nadie sabrá nunca.

Colin mordió sus labios, la tristeza capturó su esencia y se reflejó en sus ojos, no sabía que decir; no sabía si tocarla porque todo era tan difícil. Ella era un alma en pena que jamás podría salvar.

—No tienes nada que agradecerme, no sé qué decirte... Quisiera poder ayudarte para que dejaras todo eso atrás.

—Colin, no puedes hacerlo... ya es demasiado tarde para mí. No hay nada que hacer. El mundo es asqueroso y mi vida fue parte de eso.

—Te deseo lo mejor, Odette... —Frunció la nariz—. Espero puedas encontrar paz.

—No lo creo... pero yo en verdad deseo que tú encuentres a alguien que te haga feliz como te lo mereces. Una familia hermosa, una gran mujer... —Sus ojos enrojecieron, su voz tembló un poco, pero no se detuvo—. Eres un gran hombre, Colin. En verdad siento que no pueda verte más después de este día.

—¿Quieres que me marche ahora? —En el fondo anhelaba que ella dijera que no.

—Sí. Ha sido un placer conocerte, Colin Sandman.

Colin se levantó de la silla y la apartó, caminó hacia la puerta y Odette le llamó.

—Quiero darte algo antes de que te vayas.

—¿Qué cosa? —Se volteó a mirarla.

Bajo la almohada se encontraba un pequeño colgante de oro con una medalla de San Miguel, Odette lo cogió y después se lo entregó a Colin.

—Espero te cuide.

Colin pasó saliva, sus ojos estaban a nada de llorar, por un momento cruzó por su mente la idea de abrazar a la chica con todas sus fuerzas; quería robarle todos aquellos miedos que pudiesen torturarla y eclipsar el dolor por unos segundos. Pero no lo hizo, se contuvo de cualquier acción; guardó la medalla en su bolsillo y la miró con compasión.

—Gracias... —apenas pudo pronunciar antes que las palabras se amarraran a su garganta.

Odette le regaló una sonrisa sincera, algo que Colin preservó como último recuerdo de ella.

El psicólogo se dio vuelta, abrió la puerta y con la cabeza inclinada salió de la habitación. La chica lo miró partir, y las lágrimas acumuladas en sus ojos comenzaron a salir cuando el hombre cerró la puerta tras de sí.

Por primera vez, aquellas lágrimas parecieron reales, tan reales como cuando era una niña. Los recuerdos almacenados dejaron su mente por unos minutos, mientras el último abrazo de Colin se quedaba resguardado en su memoria.

EPÍLOGO

Mientras para él representaba un lago escondiendo cientos de secretos, para ella era una historia del tamaño del océano.

Olivia Ortiz

1

Otoño del 2013

Lago Springfield, Illinois

The End Of The World de *Skeeter Davis* podía escucharse provenir de la radio del vehículo de Colin Sandman.

Su mano dio vuelta al volante y después se aparcó a un costado de aquel hermoso lago, llevó una mano a la radio y la apagó. Unos minutos se quedó dentro pensativo, abrió la puerta y descendió del auto.

Se dirigió a la parte trasera del vehículo, y del maletero obtuvo una pequeña

caja de pesca de color verde. Caminó por todo el tramo que le llevaba al lago hasta quedar justamente frente a la belleza de éste.

Las ramas de los árboles que le rodeaban se agitaban con cada soplo del viento (desprendiéndose de éstas, cientos de hojas de varios tonos naranjas y amarillentos, las cuales creaban algunas capas sobre el agua). Su cabello se movía hacia una sola dirección, su mirada contemplaba el agua cristalina y el sol reflejándose en ella.

El hombre se inclinó para abrir la pequeña caja, y después hizo a un lado los anzuelos, plomos y señuelos que llevaba, descubriendo así una libreta y un casete.

Levantó el casete con una mano y lo observó por unos minutos, era el mismo que Odette le había dado un año atrás, y el cual contenía todos aquellos vídeos que jamás nadie llegaría a conocer.

Enredó los dedos alrededor de la cinta, y después la arrancó del casete; se detuvo a amarrar dos plomos grandes que se encontraban dentro la caja de pesca, para así asegurarse de que la cinta estuviese lista para irse.

Sus ojos azulados brillaron ante la presencia del sol ocultándose, el lago continuó moviéndose suavemente, y por último pudo sentir la brisa haciéndose cada vez más intensa. Entonces cogió impulso y arrojó a lo más lejos que pudo la cinta con los plomos atados.

El vídeo se perdió en la profundidad del lago, se hundió hasta el abismo de éste. Colin cerró lentamente los párpados, quedándose de esa forma unos segundos.

Sujetó su libreta que se encontraba dentro la caja de pesca, la abrió y leyó la primera página, donde claramente el encabezado decía: «Paciente femenino de 23 años, recluida en Hospital Psiquiátrico Saint James por doble homicidio».

No leyó más, arrancó las hojas una por una, recordando con cada tacto del papel las conversaciones que había escrito de Odette.

En pedazos la dejó caer al lago, un cardumen de pececillos se arremolinó ante

los trocitos de papel, y entonces comenzaron a engullirlos como si se tratara de alimento.

Colin apreció el acto de los animalillos por unos instantes; su mirada era melancólica, su semblante lo hacía lucir agotado, y sus recuerdos todavía le herían por dentro.

Cuando el último trozo de papel desapareció, Colin cerró la caja de pesca y regresó al auto; finalmente se marchó del lugar.

2

Año 2013

Océano Atlántico

El viento soplaba arrastrando el aroma a sal mientras el enorme crucero surcaba las olas del Atlántico. Odette se encontraba recargada en el barandal, a través de sus gafas oscuras miraba distraída hacia el mar.

Pensaba en tantas cosas, comparaba la inmensidad del océano con la cantidad de secretos que ella poseía, nunca terminaría de contarlos y de olvidarlos.

Una niña de seis años correteaba en la cubierta con un oso blanco entre sus pequeñas manos, no tardó mucho para que la pequeña decidiese acercarse a Odette.

—Hola, ¿qué miras? —preguntó con curiosidad.

Odette giró el rostro hacia la niña, con una sonrisa acercó su mano al oso de ésta para acariciarlo, y luego dijo:

—Es muy bonito.

—Mi papi me lo regaló —señaló con inocencia y entonces apretujó el peluche.

—Yo tengo uno igual —comentó.

—¿Dónde está? —curioseó.

—En mi camarote.

—¿Tu papi también te lo dio?

Odette suspiró y respondió:

—No, me lo obsequió un buen amigo.

La sonrisa de la niña se mostró amplia. Odette se inclinó hacia ella y deslizó su mano por los cabellos rubios de la pequeña.

—¿Sabes? —empezó la joven—. Eres muy hermosa.

Los enormes ojos azules de la niña se abrieron, y mostró agrado ante el cumplido.

—Cuando seas mayor, seguramente serás una mujer muy bella —continuó Odette.

La chiquilla dejó escapar una risita que pareció un canto para Odette, a lo que la chica siguió hablando.

—Tu papi seguramente te quiere mucho, ¿verdad?

—Sí —respondió con timidez.

La voz de una mujer se escuchó en alto, tanto que algunos de los que miraban por el barandal voltearon en dirección a ella.

—¡Annie! ¿Dónde te has metido?

—Creo que me llaman —indicó la niña a Odette.

—Bien, ve con ella.

—Es mami.

—¡Annie! —se escuchó nuevamente.

—Tengo que irme —reiteradamente habló la pequeña.

—Claro, cariño, ve con mamá. —Sonrió.

La niña pronto se dio vuelta y se reunió con la mujer, quien cogiéndola de la mano se la llevó al interior del barco.

Odette la vio fijamente alejarse, pero nuevamente se recargó en el barandal y su mirada volvió a perderse en el infinito.

Agradecimientos

Si has llegado hasta aquí, permítame agradecerte tu compañía durante este viaje, espero lo hayas disfrutado.

Este libro lo quiero dedicar a mi padre, quien durante largas noches de desvelo me ayudo a estructurar una historia que para mí ha resultado entrañable. A mi madre, la encargada de enseñarme el verdadero valor de las cosas. Y finalmente, para aquella personita que esté leyendo justamente este texto, pues considérate pieza fundamental de todos mis logros.